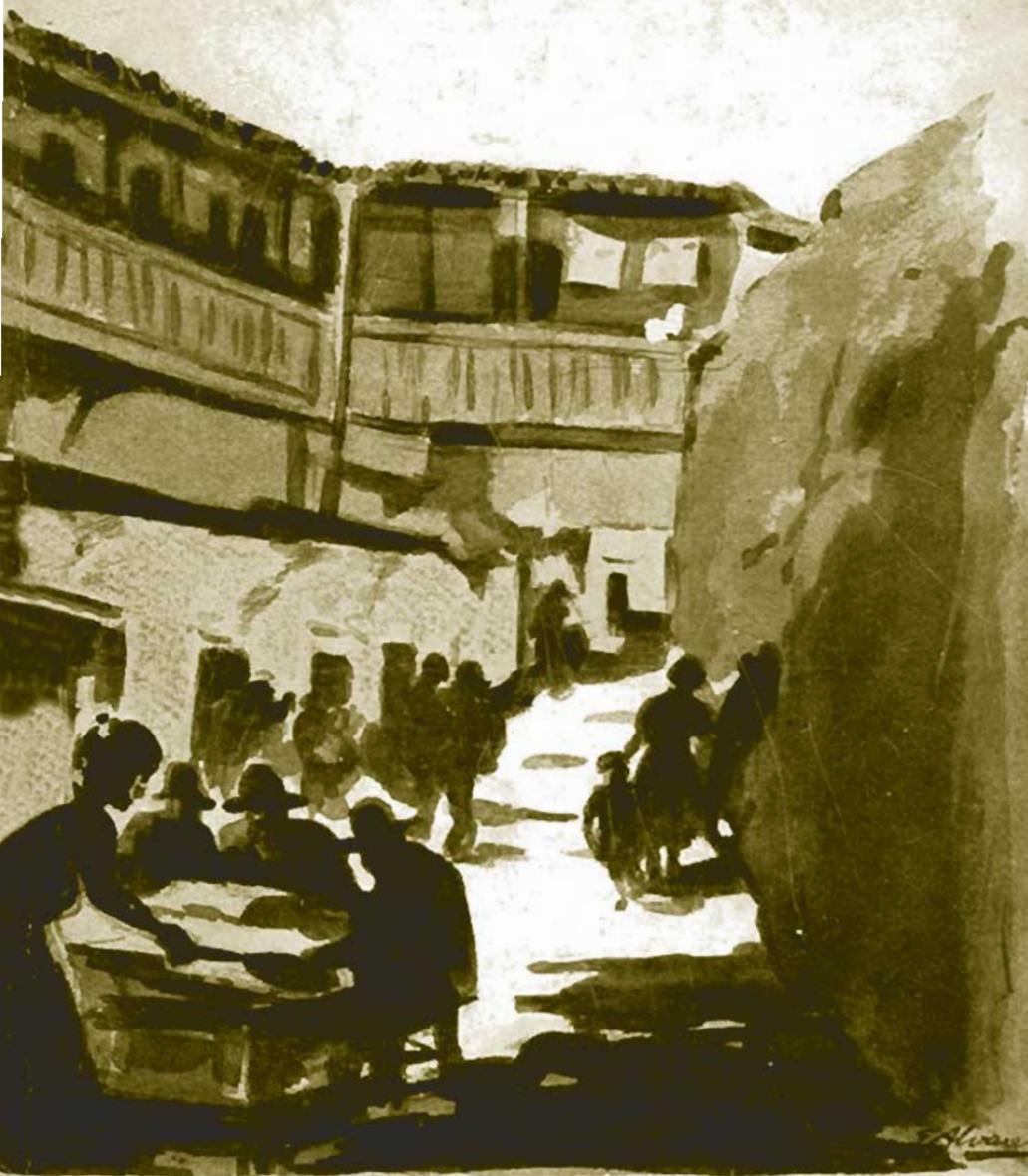


ALBERTO ROMERO

# LA VIUDA DEL CONVENTILLO



BIBLOS EDITORIAL  
BUENOS AIRES

LA VIUDA DEL CONVENTILLO

## OBRAS DEL AUTOR

<i>Memorias de un Amargado</i> .....	1918
<i>Buenos Aires Espiritual. (Crónicas)</i> .....	1921
<i>Soliloquios de un Hombre Extraviado</i> .....	1925
<i>Un Infeliz. (Ediciones "Lecturas Selectas")</i> .....	1927
<i>La Tragedia de Miguel Orozco</i> .....	1929

ALBERTO ROMERO

# LA VIUDA DEL CONVENTILLO



BIBLOS EDITORIAL

SARMIENTO 2157 - BUENOS AIRES

-- 1930 --

LA VIUDA DEL  
CONVENTILLO

---

INSUA Y REY, impresores — *Sarmiento 2157* — *Buenos Aires*

## PREFACION

*Conocí a Alberto Romero cuando él, muy joven, recién llegado de su Chile natal y peregrino en Buenos Aires, ciudad que se hallaba en trance de descubrir espiritualmente, sólo poseía el acerbo de un libro sugestivo (MEMORIAS DE UN AMARGADO) y el de su entusiasmo inacabable, ilimitado. Es decir, cuando sólo era un manojo de proyectos. Parecía despreocupado y alegre. Como que pasara sin ver. El amor acababa de encenderse en su pecho juvenil y le iluminaba la vida.*

*Luego, cuando nos llegó su segundo libro, BUENOS AIRES ESPIRITUAL, entendimos que el muchacho risueño y parlero, no pasaba sin ver, sin observar, sin comprender, sin examinar los acontecimientos y los hombres. Sus ojos, regocijados con el descubrimiento de la Mujer en una mujer, no sólo se habían abierto para ella toda, sino también para la vida, para el tumulto de la metrópoli en la cual supo hallar hombres y acontecimientos espirituales, como el experto que sabe encontrar flores entre la hojarasca de la selva.*

*Después: SOLILOQUIOS DE UN HOMBRE EXTRAVIADO, libro fuerte, libro áspero. La amargura de un alma haciéndose meditaciones. Y LA TRAGEDIA DE MIGUEL OROZCO: más fuerte, más áspero, más amargo aún.*

*Uno se pregunta: ¿Por qué este joven ve la vida como la*

ve: en su faceta triste, turbia, dolorosa? Pero no se lo reprocha. Cada cual ha venido a ver lo que es apto de ver en la vida. Apenémonos por el hombre sensible que, como Alberto Romero, llegó destinado a ver y hacernos ver lo que ella tiene de ingrato. ¡Pero no lo compadezcamos! El, quizás es feliz dándonos el dolor, la angustia, la miseria; como otros lo serán exhibiendo alegría, satisfacción y lujo.

Alberto Romero, el joven escritor que hace diez años conocí en Buenos Aires, hoy es un hombre, un escritor de notoriedad allí donde lo son un Pedro Prado o un Joaquín Edwards Bello. Y ahora que va a trasponer la Cordillera y ser editado en Buenos Aires, tal vez por exceso de sensibilidad quiere que yo, su amigo de Buenos Aires, le prologue el libro. ¡Cargue él con toda la culpa que este exceso de sensibilidad pueda aportarle! Porque no soy yo quien ha de hacer la presentación del escritor chileno al Buenos Aires intelectual — que lo conoce — ni al de Chile — que lo sabrá de memoria — Y con justicia.

Mariano Latorre, otro noble espíritu y vigoroso escritor, ha definido tan exactamente el arte del Alberto Romero, su compatriota, que no puedo dejar de reproducir un párrafo esencial:

“Romero es un escritor moderno, formado en el análisis, minucioso hasta la angustia, de todas esas sensaciones vagas, indeterminadas que se incuban en el mundo de lo subconsciente y que se escapan a la percepción objetiva. Es de esos soñadores realistas que buscan la felicidad atómicamente, sin tocarla nunca, pues su propia inquietud investigadora lo corroe como un óxido a medida que va germinando”.

“Parece un alma nacida, sin influjos perniciosos, en

“plena vida moderna: vibrante, emotiva, sincera. No hay fin preconcebido alguno, no hay siquiera pretensión de hacer bonitas frases: hay vida simplemente, hay verdad, hay dolor”.

“HAY VIDA SIMPLEMENTE” (Subrayemos estas tres palabras). Constatar que en el libro de un escritor hay vida, es constatar que ese escritor es un artista.

Lo es Alberto Romero: Un artista sutil hasta lo minucioso cuando se da a la “amielana”, torturante tarea de analizar la psiquis de sus más raros personajes. Y lo es también cuando en dos plumadas, con visión sintética, nos pone en presencia de un ambiente o nos hace oír, por boca misma de sus personajes, un breve diálogo con el que estos personajes quedan grabados como con buril.

Se le ha llamado pesimista. No creo que lo sea. Es un escritor vital, por eso lo parece. La vida es dolorosa, aparentemente mala y sin destino; Alberto Romero que sabe verla y pintarla, debe aparecer con los caracteres propios de lo que ve y pinta: ¡Cabal intérprete! Pero un soñador, un ideólogo tan evidente, no puede ser un pesimista. Son irreconciliables la actitud del poeta y la del negador. El poeta es una afirmación hecha verbo lírico. Es la vida expresándose. Y la Vida creadora siempre afirma.

Alberto Romero, si bien se le lee, si se le lee con amor, con ansia de comprenderle, aún en sus páginas más turbias, más dolorosas, deja fluir, recóndito, casi avergonzado, su canto de idealista, su ensueño de poeta. Pruébalo el libro que el lector tiene entre las manos y en cuyas páginas rudas, ásperas, fuertes, va a hundir su espíritu curioso.

LA VIUDA DEL CONVENTILLO es la mejor novela de Alberto Romero. Este escritor que ha jaloneado su ruta de superación

*en superación, lo cual prueba su conciencia, se da en ella de cuerpo entero, demostrando lo erguido de su talla y lo robusto de su voz viril.*

*Esto sobre todo: Romero es un escritor viril. No lo asustan las palabras mal sonantes ni las escenas crudas ni los personajes repulsivos. Sin buscarlos, no los rehuye. Se le presentan y los admite. Les da libre entrada en sus páginas. Ellos hablan y actúan. Y, necesariamente, han de hablar y actuar como lo hacen en este libro.*

*El autor ha ido hacia el suburbio a buscar inspiración. Y el suburbio le ha dado lo que en él se cosecha: Dolor.*

*Vidas opacas, sucias; horas amargas por las que, lento como un arroyo cenagoso, corre la angustia del diario vivir: Eso es lo que hallaréis, lector, en las fuertes páginas de LA VIUDA DEL CONVENTILLO.*

*Todo presentado con modernidad. Alberto Romero es un hombre de su hora. Ha sabido ver lo que en las modernas corrientes estéticas e ideológicas de renovación hay de aprovechable, de bello, sin olvidar que lo esencial es siempre la vida. Por ello su novela no es un engendro cerebral de esa literatura sin alma y sin fe que ha invadido el mundo contemporáneo.*

*Aquí la tenéis, lector: Arrancadle la gruesa cáscara de las palabras y hallaréis tierno, dulce y sabroso, el blando meollo de su corazón humano. El nutrirá, vigorizará vuestro espíritu hambriento de arte, de verdad y de vida.*

E R N E S T O M O R A L E S

B U E N O S A I R E S , S E P T I E M B R E D E 1 9 3 0

## I

Pintor, albañil, gañán al día. Hizo de todo, y cuando el maletín de las vocaciones se quedó vacío, el pobre hombre se arrimó al conventillo, despacito, y fumando, fumando, pensó una porción de cosas, la vista perdida en el cielo alto y azul.

Fidel Astudillo se daba cuenta de que no hacer nada es un trabajo duro, difícil, abrumador, máxime cuando el agraciado tiene sus debilidades, sus gustos, sus vicios.

—Suerte perra la de uno — gruñía el maestro Fidel, dejando correr las horas que, turbias como el agua de la acequia, pasaban por delante de su silla sin dejar ni el más leve rastro...

Las vecinas, desde el lavadero, lo interrogaban, mirándolo de alto a abajo, con lástima:

—¿Qué le sucede, don Fide?

Y don Fide, relegado a la condición de mujer poco más o menos, arqueaba los hombros, y, como única respuesta, escupía al suelo...

Desde su sillón de mimbre, al alba, él veía cruzar la caravana de trabajadores, nerviosa, interminable, y experimentaba vergüenza y pena cuando la noche devolvía al conventillo, como fruto de la jornada, un rebaño de hombres sudorosos, agotados, taciturnos.

Alguna vez don Fide debió pensar que entre el cansancio

de esos seres y el diámetro de su barriga existía una relación condenable y vergonzosa...

—Usted, amigo Canales, que mayordomea un taller, ¿no sabe de algún trabajito que me convenga?

Don Fide, después de esa insinuación tímida y en diminutivo, que no tuvo eco ni trascendencia, se arrellenó entre los brazos de la silla siestera, cerró los ojos y se hundió para siempre en una inmovilidad confundible con el éxtasis de un contemplativo...

—¿Por qué ha de ser uno igual que los demás? — reflexionó don Fide muy consolado, mientras quemaba un cigarrillo.

Desvanecida toda posibilidad de reacción, el “maestro Astudillo”, como irónicamente lo llamaban en la cité, acabó por aceptar ese régimen de la haraganería perpetua como una ley inapelable en cuyo mandato intervenían, Dios en primer término, y la suerte, el Destino, en seguida.

Aguachado en la ociosidad, las manos de Buda plebeyo cruzadas sobre el vientre voluminoso, don Fide participaba en calidad de espectador de las pequeñas emociones que ofrece a diario la vida del suburbio.

Anecdótico, infatigable lector de periódicos, Astudillo, de informante oficial y consultor del inquilinaje, pasó a ser una especie de cura laico, al que el mujerío acudía en procesión en demanda de luces...

—Los ricos sufren igual que los pobres, señora Micaela — afirmó una vez el maestro, adoptando un aire indiferentón como hacen los confesores para demostrar que nada los escandaliza, que nada los sorprende.

Sí, don Fide — catarreó la consultante, con el pecho inflado de admiración...

Con una cultura adquirida en revistas viejas, gordo, feliz, ¡qué raro contraste ofrecía este hombre en medio de la multitud viciosa y embrutecida por el trabajo que habita en el conventillo!

—Oiga, don Fide: qué me aconseja — consultaban las comadres que, atraídas por su aspecto venerable y la macizez de sus palabras, iban hacia el rincón donde oficiaba Astudillo en demanda de consuelo, de ayuda en las aflicciones del hogar, de un poco de ese bálsamo que aplaca los dolores.

Y don Fide, grave, tranquilo, bondadoso, las abría su corazón de par en par...

—Este hombre es un santo... Don Fide sabe mucho — oíselas decir, después, en tanto que él, echado en su sillón, como desde lo alto de una peana, se dejaba querer del inquietante que, descubriendo un signo de santidad, una fuerza en sus costumbres parasitarias, lo asistía en las necesidades de la vida diaria con prodigalidad.

Uncido a la palabra milagrera como buey al arado, don Fide fué arrastrando su existencia un mes, dos.

Pero llegó el tiempo de la chicha sabrosa, y don Fide, con el pañuelo de seda de los domingos atado al cuello, una noche se largó a la calle.

Había que correrla alguna vez ¡qué diablos!... — se dijo.

Como zorro en libertad que busca el camino del monte, don Fide, Avenida Latorre arriba, vagó su borrachera entre los bares que alegra la música de los ciegos.

¡Y borrachera en grande, estrepitosa, triunfal!

Después, cuando se rehizo, era demasiado tarde. Después fué otro día, y como "El Palomar" de San Pablo, su vivienda, estaba demasiado lejos, buscó albergue en una fonda de la calle de San Alfonso.

Hacia la medianoche, quemadas las energías de dos meses de continencia, el buen Fide se despertó con el ruido de un fonógrafo que canturreaba en el piso bajo del hotel.

Estaba vestido y salió, sacudiéndose el malestar.

Sin precisar una razón concreta, el maestro pensó que no debía volver al conventillo.

En una casita de por ahí, cuando él ensayaba sus aptitudes de trabajador, conoció a una mujer; una negra industriosa, ahorrativa, sufrida.

Para hacer hora, anduvo por la Alameda hasta la altura de la Pila del Ganso, y luego se orientó en sentido contrario.

—Un hombre inútil como yo necesita mujer — reflexionaba don Fide, respirando el aire fresco del alba en capullo.

Y caminando, pensando, adquirió la seguridad en sí mismo que requerían las circunstancias.

En la calle de la querencia torció a la derecha, sin prisa. En la semiobscuridad, con el humo denso que despedía el fogón delante del cual la negra freía las sopaipillas para el desayuno de los trabajadores, don Fide no alcanzó a distinguir una sonrisa acogedora que se pintó en el rostro ancho y moreno de la Eufrasia Morales.

—Cómo está, mi negra — saludó Astudillo con una frialdad premeditada de conquistador.

La Eufrasia — querendona por naturaleza y simple y sufrida por temperamento — y don Fide — ladino, trapalón, mañoso — después de un breve silencio preliminar se dijeron sus confidencias con esa familiaridad desprovista de calor con que hablan las personas para quienes la vida no encierra sorpresas ni halagos, ni paisajes interesantes ni relieve.

—¿Y dónde te habís diligenciado tanto lujo? — observó la negra — ¿alguna mujer, no?

Al trasluz de la llama que lamía la sartén repleta de grasa chisporroteante, don Fide vió relampaguear las pupilas de la Morales con una vivacidad de gata en celos, halagüeña y propicia.

—Dále con la misma... como si uno no tuviera sus dos manos pa trabajar y fuerzas y pana que lo habiliten en los apuros — barulló don Fide, allegándose con maña hacia la negra, a la que abrazó con un abrazo sorpresivo, largo y violento.

Cogida de improviso, ésta se dobló entre los brazos fuertes y ásperos. Con habilidad, el hombre acarició los pechos, soltándola en seguida.

—Oiga, mi linda — exclamó, suavemente, con una suavidad de chico infortunado. ¡Sabe que he pensado una cosa, así e'repente?...

La Eufrasia — después de lo que pasó — ¡qué le iba a hacer! — se acurrucó contra el pecho de don Fide, y ardiente, impetuosa, mordió sus labios húmedos con rabia...

Y como el matrimonio no es más que una formalidad, un biombo para los curiosos, don Fide, pachorriente, calmado, se plantó en el cuarto de ella y ahí se quedó.

¿Qué más?

Para celebrar el suceso, la negra apagó el hornillo donde al alba comenzaban a freírse las sopaipillas, el pescado apetitoso, los picarones...

—Unas ganas de descansar y darse gusto que una tiene — comentó la Ufrasia.

—Sí, claro — asintió Fide, echando grandes bocanadas de humo hacia el techo...

Bueno; al principio, durante una semana o dos, la cosa anduvo bien. Mucho dengue, promesas, caricias.

—Yo lo decía: mujeres güenas hay a montones, pero como mi negra, nadie — exclamaba don Fide con un tonito adulón, meloso, humilde.

Ella, escuchándolo, se mordía los labios. Después empezaron las indirectas, los rezongos, y como no estaba dispuesta a quemarse las pestañas toda la vida, al fin dijo lo que tenía que decir, a gritos y en su cara:

—¡Un vago sinvergüenza; inútil... ladrón!

Don Fide, como ante una fatalidad inevitable, se quedó silencioso, impasible, fuma que te fuma.

Y se dió a hacer lo que él llamaba su vida.

En las cantinas del barrio a veces se estaba hasta el amanecer escuchando las tonadas de los ciegos o haciéndole el amor a las niñas que atendían el servicio de las mesas.

Era su destino.

—¡Qué hombre éste! — suspiraba la Morales, viéndolo tambalearse como un animal sucio, mientras ella soportaba las salpicaduras de la grasa caliente en pleno rostro...

Pero como don Fide — según propia confesión — no estaba para soportar sermones, un buen día decidió tirar a la mitad de la calle los últimos restos de su vergüenza precaria.

—¡Así no más tenía que suceder! — dijo a los amigos, alzando la copa con la despaciosidad de un oficiante para celebrar ese acto de emancipación.

—¡Por don Fide, por don Fide! — salmodiaron los del corrillo en un extenso amén litúrgico...

Ocho años duró la borrachera de don Fide, y así, borracho, una madrugada, al cruzar la línea férrea, se desplomó.

¡Pobre don Fide!

En recuerdo del finado, la gente levantó un pequeño túmulo de madera delante de la vía, y alrededor del túmulo empezaron a arder los cirios de la superstición como fuegos fatuos perdidos entre las tinieblas que desbordaban la charca de la noche.

—Un paquete enterito si mejora a mi hombre, don Fide — ofrecía una.

—Tres velas y un Padrenuestro si hace que larguen al “pelao” — suplicaba otra.

Y el nombre de don Fide, predestinado a la santidad milagrera, corrió de boca en boca, a la largo del barrio...

La Eufrasia, víctima de uno de esos extraños minutos de lúcida impetuosidad que solía tener don Fide, en los días en que ocurrió la desgracia estaba en el hospital.

Allí nació la Filomenita, apéndice póstumo que el malogrado maestro donó al mundo antes de marcharse...

La Morales recordaba su viaje en la ambulancia como algo lejano, fantástico. ¡Iba tan mal la pobrecita, tan estropeada! Y tuvo fiebre, en seguida; una fiebre loca, entontecedora. Los médicos le arrancaron a la niña antes de conocerla. Durante muchos días no pensó en nada, ni abrió los párpados. Una mujer, una campesina robusta que ocupaba una cama cerca de la suya, se encargó de la crianza.

Más humano — pensó, después — más humano y más dulce habría sido quedarse soñando para siempre. En esos establecimientos de caridad donde nunca faltan mujeres que pierden a sus hijos, alguna pudo reemplazarla, después de todo.

Tras largos días de inconsciencia, empezó a abrir los ojos, poquito a poco. Poquito a poco la enseñaron a la chica, y fué viviendo, a sorbitos, con harta dificultad.

Cuando la dieron de alta, la Ufra hizo venir un coche de alquiler y se largó con su nena, calladita.

Al descender del victoria, frente a la casa, la Ufra supo la muerte de don Fide, de sopetón.

—Y ustedes no me avisaron nada, ¿por qué? — dijo, sintiendo correr por sus espaldas un friecito angustioso.

Y claro: como ahora tenía una niña de él, lloró.

En el cuarto estuvo largo rato sin saber qué hacer; vagó de un lado para el otro, torpe, aturdida. El polvo del abandono, la suciedad, cubrían las paredes, el techo. Al borde de la mesa, junto al cabo de vela que sostenía una botella vacía, una colilla de cigarro que don Fide se olvidó de arrojar a la calle, le trajo mil recuerdos a la imaginación.

—Si él la viera — suspiró. — Es igualita a Fide.

Y con mucho cuidado recorrió el pañuelo de rebozo hasta descubrir la carita amoratada de la recién nacida.

—I...gua...li...ta.

Pero los pobres no pueden detenerse mucho tiempo para pensar, y ella menos que nadie.

Agil, rápida, tirando a un lado la silla sobre la cual Astudillo durmió sus borracheras tantas veces, la Ufra se dió a asear el cuarto.

Al anochecer encendió unos carbones, cogió a la niña, y al reparo del viento, junto al fogón, la entregó el pecho donde florecía el pezón duro y generoso como una corola oscura.

*Duérmete, niñita,  
Duérmete, por Dios.*

En la tetera, el agua, como un eco de la buena canción, borboteó quedamente.

Por la calle, a lo largo de la acera aportillada, vacilantes, sombríos, hoscos, los hombres del arrabal iban desenvolviendo

el bramante de sus tristezas, arrastrando sus pequeñas preocupaciones y sus vicios oscuros.

La Ufra pensó que Fidel andaría mezclado en la compar-sa... Sí; era él. Había sentido sus pasos. Como siempre, vendría borracho, sucio, y se tropezaría en la puerta, y se echaría sobre la cama sin quitarse la ropa, y gruñiría antes de atrapar el sueño.

Toc...toc...toc...

¡Qué estrépito, Señor!

Al resplandor del fuego, cansada, débil, con su nenita entre los brazos, la pobre Eufrasia se escapó de la realidad para juntarse con su hombre un momento.

Pero don Fide no dió la cara, y la Morales, desalentada, abrió los ojos, acarició a la chica que dormía en el regazo un sueño incomprensivo y tranquilo, y después, en silencio, recogió las ideas y siguió adelante por el camino.

## II

De todos los cuartos acudió gente, cuando la Eufrasia, al alba, instaló su cocinilla en la puerta de la habitación, junto a la acera.

Los amigos de Fide, las mujeres de la vecindad, los parroquianos del boliche, los conocidos — todo ese pequeño mundo que la Ufra vió desfilar en las madrugadas grises delante del hornillo — iban hacia ella para darle el pésame, temprano; para infiltrarle un poco de calor, para alentarla con una frase de consuelo en la desgracia.

—Una barbaridad, ¡pobre Fide!... ¡Pero qué se le va a hacer, Ufra, paciencia! ¡A todos nos llega la hora: es inútil!

—Mala pata la de Fide, señora: miren que morirse cuando usted estaba en el hospital, sufriendo las de Dios es grande por su culpa.

—Consuélate, niña... Las criaturas traen una marraqueta debajo del brazo, ¿no es así, maestro Mellado?...

Un cabo de policía, hombre rígido, formal, hecho a los rigorismos de la disciplina, exclamó:

—Y quién sabe si todo no ha sido para mejor, Ufrasia... Ya ve: a la Tere, mi hermana, le mataron el marido en una pelea, y ahora que la rucia no tiene necesidad de mirarle la cara a nadie, con el puestecito de verduras que abrió en Barracas, vive que da gusto y le lueven los pesos.

Las tufaradas de grasa caliente, con su olorcillo peculiar,

se distendían de puerta en puerta, empujadas por la brisa de la mañana, anunciando al barrio la llegada de la "viuda".

—La acompañamos de todo corazón en sus aflicciones, señora.

—Ayudándola a sentir, m'hijita.

Con los brazos morenos desnudos, la buena Eufrasia hizo prodigios de agilidad, estirándose, multiplicándose para atender las fritadas entre cuyo chisporroteo irónico morían las palabras de conmiseración, campanudas y graves. Sola, tenía que hacer el servicio de la mesa, lavar los platos, y luego el amasijo demandaba un cuidado especial, y había que velar porque la chancaca estuviera a punto.

—¡Gracias por su fineza, don Custodio!... Aquí estamos, ¡ya ve! — suspiraba, distendiendo con el ulero una bola de masa amarillenta.

Quienes por cariño, quienes por fórmula, quienes por simple curiosidad, todos manifestaron deseos de conocer a la Filomenita, ese apéndice póstumo que ligaba a la actualidad cotidiana el recuerdo de don Fide.

—No es fea mi pobre guacha — comentaba la Morales, enseñando a los concurrentes la carita rugosa y congestionada de la recién nacida para que verificasen el parecido con el maestro, su malogrado esposo.

—El finado en pintura, misia Ufrasia — subrayaban los hombres, deseosos de halagar la vanidad de hembra fiel de que hacía alarde la viuda...

—Cuando me la trajeron a la cama, tuve un gustazo muy grande — insistía —. Bueno, dije: tantito que él la vea, va a dejar de tomar. ¡Pero el pobre no halla nunca ~~acomodo~~ pal bienestar...

El sufrimiento, esa fuerza que atrae a las almas oscuras, proyectó sobre la viuda un halo de simpatía.

—Estamos a sus órdenes pa lo que quiera mandar, señora... Disponga de los amigos.

Y la Ufra, que en vida del santurrón de don Fide soportó en silencio sus bestialidades, ahora, frente a la actitud cordial del vecindario, en ese desparramamiento de frases amables, presentía la mano de su hombre, la obra reparadora de su hombre...

¿Pero su hombre?... ¡Dios mío!

Ella en el hospital, no pudo asistirlo ni alcanzó a defender su cuerpo, ni lo vió después...

—Usted, mi cabo, que tiene cómo noticiarse, pregunte en la Comisaría.

La viuda, con una idea muy rudimentaria, muy simple del más allá, como todo el pobrerío, frente a la muerte, experimentaba un respeto supersticioso por las piltrafas de carne, por el despojo humano.

—De estar yo con salú, mi pobre Fide no se va sin velorio... ¡Qué se habrán figurado estos pícaros! El no era un tiñoso para botármelo a la basura, mi cabo. ¿No le parece?

En su dolor, la Ufra veía a Astudillo andando por un camino largo y oscuro, el traje hecho una compasión, descalzo, triste.

El cabo insinuó vagamente la posibilidad de que Fide hubiese ido a parar a la fosa común.

—No mediando reclamo, usted sabe, Eufrasia... Esta noche, por las resultas, indagaré en el cuartel y si hay novedá paso a verla tempranito.

Como la muerte carecía de espiritualidad, la Morales

pensó en comprarse con las primeras chauchitas disponibles un pedazo de tierra en el Católico. Enterraría a su hombre ahí. Rodearía el cuadrado con una reja de madera; le pondría una cruz a la cabecera y en los brazos de la cruz, para que la gente pudiese leerlo, haría grabar el nombre del difunto. Sobre la cruz colocaría también una corona de flores artificiales, y los domingos se iría con su chiquilla a visitar al finado.

—¿No le parece bien, mi guacha? — interrogó, dirigiéndose a la nenita con la voz trizada de dolor.

Un buen ataúd, un velorio sonado y la sepulturita son en el cielo, como el traje nuevo, el pañuelo de seda y los zapatos flamantes, una credencial de decencia.

—La autosisa... a él, ¡un hombre honrao! — divagó.

—Es la ley, señora — dijo el cabo, al marcharse.

Mientras se resolvía en la Comisaría la situación de Fide, su paradero, la viuda, al toque de la oración, metió la chiquilla en la cama, apagó el fuego y se lanzó con una mujer que habitaba en un cuarto vecino al suyo a visitar el sitio donde cayó su hombre.

La noche, perforada de puntos luminosos, agrandábase a medida que las amigas salían de la ciudad.

La Ufra iba silenciosa. Grupos de borrachos merodeaban alrededor de las casas de mal vivir que infectaban las callejuelas. Una mujer, encucillada al borde de la acera, enseñaba tranquilamente sus desnudeces a los hombres que pasaban rumiando palabrotas feas.

La Ufra sintió oprimírsele el corazón de angustia, de rabia. Veía a su Fide rodando a lo largo del callejón del brazo de una hembra, como hacen todos, mientras ella, con el alma hecha pedazos, aguardaba en casa...

—Del árbol pa allasito — indicó la señora Rosa, cuando salieron del callejón al despoblado, apuntando con el índice a lo largo de los rieles del ferrocarril que trazaban una doble línea fosforescente en la obscuridad de la calzada.

La Ufra, siguiendo la trayectoria imaginaria que trazó en el aire la mano de la amiga, vió un resplandor, a lo lejos.

—Vamos — exclamó secamente, y se adentró en la obscuridad.

En el silencio borboteaba la oración de las mujeres como un croar de ranas, lento y melancólico.

La Morales sintió como una flojedad en las piernas al aproximarse al rincón donde Fide, ebrio, halló la muerte.

—La viuda del difunto... su mujer — balbucearon bajito, las orantes.

Al borde del estanque misterioso de la noche se heló el rezo.

—Mírenla: ella no más tiene que ser.

Y las pobres mujeres, como amantes sorprendidas, se miraron las caras.

—Buenas noches — saludó la Ufra arrodillándose a la cabeza del grupo.

Cuando la viuda abrió los brazos en cruz, ellas la siguieron...

—... y hágase, Señor, tu voluntad así en la tierra como en el cielo...

La Ufra se persignó rápidamente, después.

—¿Nos vamos?

—Cuando quiera no más — asintió la señora Rosa.

Muda, absorta, la Morales observó a las mujeres de reojo. Se encogió de hombros y con las pupilas perdidas en las espesas tinieblas, se alejó, luego.

—Oiga, Rosita; ahora que estamos solas, cuénteme cómo pasó la desgracia — interrogó la Morales con aire preocupado, deteniéndose junto a un cerco de alambres de púa que resguardaba la vía en el cruce de la calle.

—Un mal repentino, creo... el corazón! — explicó la compañera de peregrinaje. — Luchó anduvo rondando por estos laos para averiguar la cosa, pero como jué e repente y los pacos, usted sabe, no largan nunca la verdá...

—De repente... y andaba solo, ¿no?

—Al menos así dijeron los vecinos: qui andaba solo.

La Ufra caminó un largo trecho, callada. A lo largo del callejón, en la penumbra, una línea de casas sórdidas comenzó a estrechar el paisaje.

—El se enojaba cuando se lo decía, señora Rosa — habló de pronto — pero en tocante a mujeres, su debilidad, no he conocido un hombre más afortunado que Fidel.

Pero la señora Rosa no prestó ninguna atención a las palabras de la Ufra, y siguió tranqueando, callada.

En la bocacalle donde comienza la planta urbana de la ciudad, un farol desparramaba desde lo alto un resplandor helado y sin matices.

Las mujeres miraron hacia atrás, un segundo, y despacito, silenciosas, con un no sé qué de angustioso que les apretaba la garganta, echaron a caminar en seguida.

### III

—Ma... si e un osequio, señora Ofrasia! — protestó don Guido, el almacenero en cuya casa ella solía hacer las compras — rechazando con una mano el pago de la mercadería, mientras con los dedos espatulados de la otra se atusaba el bigote de guías largas y espesas.

La viuda, ante el gesto magnánimo del italiano, no supo si darle las gracias y aceptar el cajón vacío, materia de tan inesperado desprendimiento, o si marcharse después de soltarle una claridad para que aprendiera a ser más respetuoso con las mujeres.

—De balde no, don Guido — dijo la Eufrasia, disponiéndose a salir.

Pero el almacenero se obstinó en imponer su voluntad, y dejando de un lado los bigotes, muy serio, insistió:

—Non tiene que ofenderse, señora... lleváse el cacón pa tu bambina... e la llapa de la bambina, ¿me intiende?

La Ufra, desarmada, con un “Dios se lo pague” clavado entre los labios, se quedó mirando a don Guido, el viejo carcamán de bigotes flácidos y cráneo tonsurado a quien el barrio odiaba como a bicho repugnante por su avaricia, por sus maulas despacheriles, por su sequedad, por su carácter irascible.

Enjaulado entre el mostrador y la estantería repleta de tarros y zarandajas, el bachicha hacía su América con absolu-

ta prescindencia de los conflictos pasionales y sentimentales. Al toque de medianoche, sin ninguna excepción, don Guido apagaba el mechero de gas cuya luz azulada emergía del extremo de un tubo forrado con papelitos de colores; cerraba la puerta y bostezando, los brazos enjutos en alto, se metía en la trastienda, sin que nadie volviera a tener noticias de su persona hasta la madrugada, cuando don Guido, con el primer pitazo de la sirena de la Estación, enfundado en su guardapolvo, quitaba los tableros del escaparate...

De codos sobre el mostrador, el italiano trataba con los agentes vendedores la compra de la mercadería, garrapateaba letras de crédito, giraba cheques, estampando al pie de los rubros que le escribía el dependiente, una firma convencional, complicada e infalsificable. En sus ratos de ocio fumaba en pipa y a veces entreteníase en deletrear en un diario viejo cualquiera las noticias del cable.

Sin sentimientos humanitarios ni sentido de sociabilidad de ningún género, don Guido Lambertuci asistía impassible al desarrollo de la comedia cotidiana.

—¿Una puñalada?... Dó, tré e nada, ¡sinvergüenza! — vociferaba, escuchando las quejumbres de una cliente cuyo marido salió a mal traer en una riña de cantina.

Implacable, rígido, con su aire de viejo loro, grotesco, Lambertuci, por espacio de diez años fué testigo presencial de un sinnúmero de hechos punibles que tuvieron por escenario — como diría un redactor de crónica roja — el pedazo de calle accesible a su mirada: robos, violaciones, desafíos, gresca de mujeres en celo, y hasta vió sacar el cadáver de una jovencita empleada de tienda que se pegó un tiro en un cuarto de la cité de enfrente.

—Ma qué gente esta... tanto barullo por tan poco — ex-

clamó el inalterable don Guido cuando los camilleros de la Morgue tiraron el cuerpo de la suicida al fondo del carro...

La viuda, blanco algunas veces de las crueldades de don Guido, conservaba frescas en la memoria las ofensas que éste le infirió a su Fide.

—¡Borracho, haragán! Usted por qué vive con un tipo así, Ofra. Mándelo a la calle, sabe; io en su lugar hacía eso.

Tampoco podía olvidar que una noche, encontrándose sin dinero a causa de las exigencias de Fide, acudió a don Guido para que le fiasé un poco de harina, de sal y graña de hoja, la indispensable para hacer marchar el negocio al otro día.

—Il hombre tomando e usté, claro, muy buenas tanas, echando il bofe... Lea lo que dice este aviso — rugió. impertinente, el gringo, señalando un cartel seboso que colgaba de la pared; el eterno cartelucho inútil de los almaceneros del tres al cuarto: "No se fía ni se cambian cheques"...

Un cajón vacío no es, seguramente, un artículo suntuario. Ella lo necesitaba para su guacha: con cuatro ruedecitas de palo y dos listones, el trasto podía convertise en una cuna-coche de primer orden, y pensó en el napolitano...

La Filomenita, tragona insaciable, iba creciendo con demasiada rapidez. Esa misma mañana, mientras ella atendía el negocio, la infeliz se dió una voltereta y rodó catre abajo.

Pero don Guido, su dignidad de mujer, la viudez...

El gringo, un mal bicho, no era hombre capaz de hacer regalos así porque sí: "Avaricioso", calculador, medio loco, medio estrafalario, él pensaba, medía mucho antes de soltar prenda.

Hembra joven y nada mal parecida, con la muerte de Fide, comenzaron las acechanzas, las insinuaciones. Y es na-

tural, por su guacha, por no comprometer la estabilidad del boliche, tenía a veces que hacerse la desentendida y a veces que soportar una confianza, algún manotón, una caricia.

¡Pero el gringo — un gringo mugriento y sin corazón — era otra cosa!

Estrujó el delantal con los dedos crispados, sin quitar la vista de encima del musú que la observaba, de pie, con sus bigotazos fieros, con su guardapolvo, con su jockey, con su pipa hedionda metida entre los labios.

—Yo, donde usted ma ve, señora Ofrasia, quiero a lo niño más que toda estas muqueres que se llaman mamá, sabe — balbuceó el inefable Lambertuci, virtiendo una mirada de soslayo para cerciorarse de que nadie lo oía.

El reloj de pared, suspenso en lo alto de la estantería, lanzó una campanada al aire, y el tic-tac del péndulo, como un latido arterial, abrió en el silencio un breve paréntesis de emoción.

—Siendo un obsequio pa la guacha, aceto, don Guido — refunfuñó la Ufra, alzando el armatoste para marcharse.

Una sonrisa lejana, una sonrisa de animal domesticado, inundó el rostro del almacenero.

—¿Qué va a hacer, señora Ofrasia?... El mochacho lo llevará a su casita in seguida — dijo, tejiendo en el aire amplias guedejas de humo.

También eso: no faltaba más. Como si ella, una mujer sufrida y vigorosa no fuera capaz de echarse al hombro al mismísimo gringo.

—No, don Guido; tengo fuerzas que me sobran, con el favor de Dios.

Una carcajada desarrugó el rostro de loro humanizado de

Lambertuci, haciendo temblar la cristalería y los papelitos de color que decoraban la lámpara.

—Esta sí que e una muquer — exclamó el napolitano, desorbitadas las pupilas, cuando la Ufra, alta, aguerrida, valerosa, cruzó la calle.

Y con los dedos espatulados se retorció el largo bigote rebelde a la erección.

#### IV

Quiltros con la panza hinchada, hediondos, rígidos. Pedazos de trapo, cacerolas desfondadas; chancletas boquiabiertas, risibles, irónicas; corchos, trozos de madera, huesos y tarros vacíos señalaban el camino por donde el "Cequion Grande" hizo la jornada asoladora de todos los inviernos, ese año.

Hacía frío. Unos nubarrones pesados y grandotes como elefantes saltaron la valla del horizonte, y sin prisa, bamboleando el vientre, cruzaron el cielo desteñido, amenazando lluvia.

La Eufrasia Morales quiso internarse por el barrizal y no pudo.

Con las manos ahuecadas en forma de visera delante de los ojos miró a la distancia, hasta fijar en el paisaje arado por las aguas el sitio donde murió Fide.

Como un náufrago, los brazos desnudos caídos, el viejo árbol, testigo de la desgracia, erguía solitario en medio del fangal, junto a los rieles. Un poco más allá, dos trenzas de humo, desde lo alto de dos chimeneas gemelas, hacían con las nubes la parodia del jugador de volantín.

A un paso de la Morales, el río, como una huincha sin fin, deslizábase a lo largo de la caja de cemento, camino al mar. Techos de totora, arbustos, leños robados a los pacíficos campesinos, cruzaban flotando sobre la superficie del agua crepa y mugidora.

Ella tenía la vaga intuición de un mar limitado por las altas montañas que, allá lejos, empenachadas de blanco, como grandes navíos inmóviles, enseñaban su casco azul, dormido entre las brumas.

De codos sobre el barandal, siguió la ruta alucinante de la corriente.

—Ta bién, ¡qué hacerle!, lloriqueó, oteando con la vista el trozo de tierra sobre el cual su hombre vivió los últimos instantes de su vida.

La “autosia”, el pudridero. ¡Bah! era la ley. El agua, ahora, era Dios. Dos cosas — así: dos cosas — muy fuertes, terriblemente fuertes y contra las cuales ella no podía nada.

Un poco aturdida por el fracaso, se volvió a casa.

—Me lo echan de todas partes, pero yo sigo queriéndolo, m'hijito — balbuceó la pobre.

Con un concepto esquemático de la eternidad, la viuda refugió su cariño de hembra dócil dentro de la casuchita techada de zinc donde su hombre dormía un sueño reparador, cómodamente recostado en la almohada del recuerdo.

—Una injusticia, chinito; una maldad... Güeno, pero me tiene a mí; tiene a su china que lo quiere y lo comprende — monologó.

Despojada de toda idea representativa, buscó en el fondo de la imaginación un símbolo para enraizar en él el recuerdo de su hombre.

—Una fatalidá, Señor...

Los borrachos que en invierno cogen la borrachera tempranito y se la llevan a casa a rastras, la dijeron tonterías, suciedades desde la puerta de los sucuchos, desde las encruceijadas.

—No ve, chino: si estuviera usted nadie ofendería a su negra.

La viuda comenzaba a sentir ahora el peso de su viudez más en serio, más en trágico; era su viudez, la viudez irreparable, fría y tremenda en que sumen a sus mujeres los maridos que se van sin dejar nada tras de sí.

Hostigada, apuró el paso. Corrió.

En el cuartito, al trasluz de la vela, la silueta de un Corazón de Jesús de bulto proyectábase bendicidora sobre la superficie del muro.

—¡Hay novedá, Rosa? — gritó desde el umbral.

Misia Rosa, sin quitarse el pucho de cigarro de entre la comisura de los labios, respondió, bajito:

—Lindurita de ángel; ni ha chistao de ende que te fuiste, mujer.

La Ufrasia se echó sobre la cama, dura, crujiente; miró al angelito dormido, a doña Rosa.

—Pobre, Fide: el agua me lo corrió de allá, como si fuera un difunto malo — dijo.

La vieja la sintió estremecerse. El catre de hierro amplió el temblor del cuerpo fatigado con un chirrido seco y cortante.

—Y di hay, qué — respondió doña Rosa, revolviendo el magín para coger una palabra de consuelo.

Desdoblándose como una pelota de goma de infinitos pliegues desde el fondo de la silla, la veterana se puso en pie. Sus brazos bastos, anelando en el vacío, removieron el aire. El pavilo quemado se desprendió de la vela, esparciendo un chisporroteo multicolor.

—Dónde dejai al angelito, mujer mal agradecía — re-funfuñó doña Rosa.

La llama, en un impulso de renovación, volcó en la alcoba una claridad retozona y alegre.

—Cierto: la criatura, el angelito — repitió la Ufra.

Encima de las dos mujeres, arriba, quebrada en el ángulo de unión del muro con el envigado del techo, se deslizó fugaz la sombra de la divina imagen.

Misia Rosa salmodió:

—Fide dejó de sufrir, y vos, como si Dios no supiera lo que hace, taí ofendiendo al muerto, mujer... Lloriqueos, ¿pa qué? Cuida que no se te seque la leche y deja en paz a los que no son de este mundo, será mejor.

Frente a la viuda, sus enormes pechos de madre fracasada temblaquearon con ritmo acelerado y nostálgico.

—Tan güena esta doña Rosa — dijo la Ufra, irguiéndose con lentitud de gata recién parida junto a la cama.

El mosaico de los cuerpos bailó una danza arbitraria en la pared. La veterana, para ahuyentar la "pensión", quemó un cigarro y sus ojitos lacrimosos acariciaron el humo que inflaba los mofletes entre las vigas.

En la calle, el aguacero cantaba en los charcos.

—Tamos lucidos con el agua este año — observó la viuda — ante de ayer, ayer, lluvia, ¡ni el diluvio!, y lo peor es que don Onofre — claro: como nadie se anima a levantarle la voz — no quiere que arreglen el tejado.

Con el mentón hundido casi entre los pechos, doña Rosa fumaba tranquila.

—El cuento de toítos los años — gilimoteó.

Encima de las cabezas, el humo del cigarrillo prendía un halo gris, espeso. Un silencio equívoco rodeó a las mujeres. Molida de cansancio, la Morales apenas podía tenerse en pie.

—Le cebo un mate pal frío, Rosita!

La veterana, como si persiguiera una idea difícil de expresar, arqueó los hombros.

—Ufrasia — soltó entre dientes — Vos sabís que la mujer quiere hombre. Fide, que en tocante a polleras no era ningún leso, no va a protestar si te buscai un arrimo pa salir del pantano de lágrimas en que estai metiéndote.

—Ta gozando de Dios, señora — atajó la Morales.

—Un consejo de amiga, no más que un consejo; las viejas que hemos padeció pueden dártelo pa tu conveniencia.

—¿Un hombre? ¡Qué veterana!

—La veterana te lo dice: con el querer no se peca ni venial.

En la cara grasienta de la anciana floreció la alegría. Sus grandes pechos vacíos de inquietud, rugosos, colgantes, agitáronse de nuevo.

—No lo tomis a mal ni pongai esa cara de mujer emperada, niña.

—Oiga, Rosita.

La viuda, que de oídas conocía la historia de la vieja, su pasado turbio, sus enredos, sintió un malestar, miedo.

—Tai que se te cierran los ojos, mujer — interrumpió doña Rosa, prevenida. — Mañana, si Dios quiere y mi hombre no hace una barbaridá con unas platas que anda cobrando, me vengo tempranito a tu lao pa que hablemos.

Con la colilla del cigarro sujeta entre los labios, doña Rosa cruzó la calzada, a brincos.

—El agua: no ve que tenía razón — gritó la Eufrasia desde la puerta.

Desde la distancia, doña Rosa echó una mirada de obser-

vación, sacudió la cabeza y se largó, calle abajo, al comadreo, como ella solía decir para justificar sus andanzas.

Con los ojos fijos en la vela, la Morales se entretuvo mirando el penachito negro que despedía la llama. Tenía los pies helados. Por la chica, de un sorbo y sin ganas se echó al cuerpo una taza de ulpo.

En la cama, algo desvelada, se puso a pensar.

—Un hombre...

Para no gastar luz, apagó la vela.

—Un hombre, ¿ha visto?

Con el ruidito del agua metido en el oído, cerró los ojos, y no supo más, después.

La gente del barrio la llamaba la Ufra, a secas.

Su madre, desde que ella tuvo uso de razón, vivía sola en un cuarto situado a la entrada de un pasaje, al centro del cual corría una acequia pestilente. Durante el día, la mujer se quedaba en cama, y ella, para no incomodar, se iba a la calle donde con los chiquillos organizaba toda clase de juegos. Después de comer solían venir unos jóvenes a charlar con mamá. Bebían cerveza o guindado, y en el entusiasmo, ella y ellos concertaban algún paseo, abandonándola noches enteras a la pobrecita.

Esa vida precaria, incierta, misteriosa; esa sensación de inquietud que rodeaba su sueño de chica dejada de la mano de Dios, no era una cosa divertida.

Pero en honor de la verdad hay que decir que su madre, al revés de las demás mujeres, que maltratan a los niños por nada, con ella fué lo que se llama una mamá condescendiente, indiferentona.

Si desobedecía, la señora amenazaba, sin dar mayores muestras de enfado:

—Incomódame nomás, Ufrasia. Cuando venga don Ricardo te voy a acusar para que él te apriete las clavijas.

Don Ricardo, del que ella hablaba frecuentemente, no se presentó jamás en casa, a pesar de todo. Era una especie de

“cuco”, y la Ufra jamás logró entender por qué don Ricardo compartía de un modo tan extraño las responsabilidades que incumbían a mamá, y nada más que a ella.

Un vaso roto, una travesura, y la Rosalía invocaba el nombre de don Ricardo, *in continenti*.

Como no era curiosa, no se preocupó de indagar la razón por la cual don Ricardo tenía que participar en sus cosas, ni dijo nada, tampoco, cuando su madre prescindió de él.

En la escuela primaria se inscribió, o mejor dicho se dejó inscribir, con el apellido de su madre. Pero eso a ella la tenía sin cuidado.

Una mañana la chica halló vacío el lecho en el que dormía mamá. Las mujeres de los cuartos vecinos acudieron a la oración, después del trabajo y la rodearon, como se hace con los accidentados, dispensándole todo género de caricias. Una de ellas, la más anciana, explicó que la Rosalía estaba en el hospital, muy grave la pobre. Y diciendo ésto distendió una sábana en el suelo e hizo un lío con los cacharros y la ropa que halló a mano.

Más tarde, uno de los amigos de mamá comunicó que la Lía acababa de morir.

—Guillermo y yo costeamos el entierro — dijo el muchacho, dirigiéndose al grupo.

La Eufrosia escuchó la noticia con absoluta tranquilidad, como si se tratara de un hecho en el cual ella no tenía por qué hacerse parte.

Habituada a no ser nadie, la pobrecita experimentó una sorpresa enorme cuando el ronceo le preguntó si quería irse a vivir con la señora Demofila.

«¡Gueno, si a usted le parece — exclamó, agradecida por el acto de reconocimiento de que acababa de ser objeto.

La Demofila era una mujer caritativa en cuya casa la Ufra aprendió a trabajar y a sufrir en dosis bien proporcionadas.

Antes de ceñirse las medias largas con que ella solía soñar, el hijo de su protectora, un bruto muy malo, se enamoró de sus exhuberancias de niña precoz, y cuando hizo su capricho, la dejó plantada sin más ni más.

Como el comienzo de todas las cosas es siempre importante, la chica, cuando reparó en la barbaridad, se largó a llorar a lágrima viva, y hasta se puso pálida e inapetente. Luego, con el tiempo, vió que no valía la pena hacer tanta alharaca alrededor de algo tan simple, y el fenómeno se repitió de nuevo...

Pero no se crea que ella procedía como una mujerzuela del tres al cuarto, como una viciosa. Tuvo sus enredos con aquellos hombres que lograron interesarla; enredos llenos de pasión, con prólogo sentimental y un desenlace lento, lo que no es ningún pecado — pensaba.

Chica buena, en el pebetero del corazón ilusionado quemó sus esperanzas resignada, humildemente: matrimonio, hogar. Ella no podía aspirar a tanto.

Una vez le propusieron casorio, con intención aviesa, de mala fe.

—Como vos tenís sangre de rica, despreciáis al pobre.

Sí. El pretendiente se lo dijo, cuando lo despachó.

Era un decir; la obra del despecho, seguramente.

En medio de la brutalidad que la rodeaba, ella obraba con delicadeza, siempre. Amor por amor; nada de escándalos

ni de manoseos, nada de andarse exhibiendo en actitudes indecorosas delante de los demás — alegaba, cuando algún atrevido intentaba sobrepasar los límites de la amistad.

Este equilibrio, estos rasgos de pudor, inexplicables en su medio, enfurecían a los hombres.

Un pintorcito que andaba olfateando el rastro, en otra ocasión la dijo:

—¿Usted no conoció al viejo, su padre?

Ella no se acordaba, es claro, y su madre nunca le habló del viejo, ni de si era casada siquiera.

Con el tiempo, cansada de vivir de caridad, con un asco terrible a doña Demofila, decidió marcharse de la casa. Un amiguito, cobrador de tranvías, la indujo a tomar esta determinación, y como el hombre guardaba algún dinero en la Caja de Ahorros, ella resolvió seguirlo.

Arrendaron dos cuartos con puerta a la calle, en el barrio ultra Estación; compraron sus chirpes y lo necesario para instalar la fritanguería.

Juan de Dios en persona tomó la dirección del negocio, al comienzo. Vivaracho, amable, desprendido y buen cantor de tonadas, el guaina se hizo de clientela con suma rapidez. Sus condiciones pugilísticas las empleaba en los casos de desorden, para despedir a algún borracho impertinente o a los majaderos que iban a entretener a la dueña del establecimiento.

—Vida de príncipe — suspiraba la Ufra, rebotando alegría.

Pero el muchacho no nació para vivir entre cuatro paredes, junto al fogón. Espíritu aventurero, bien pronto comenzó a no saber qué hacer con sus energías. Desbordante de

vitalidad, el hombre necesitaba afrontar un trabajo duro, agotante para limar sus ímpetus. Pensó en ir a ofrecerse a una fábrica; pero desistió.

—Tu andai tramando algo — observó una tarde la Eufrasia, viéndole llegar después de una prolongada ausencia.

Juan de Dios se quedó callado, y al otro día, sin decir agua va, emprendió viaje al Norte, en un enganche de obreros destinado a la Compañía Chilena de Salitre. Desde Coquimbo la escribió unas líneas de despedida; después una carta fechada en Antofagasta; y después dejó de escribir, como si entre ella y él no hubiese pasado nada.

Con su cocinita la pobre siguió trabajando, defendiéndose, solita y a la buena de Dios.

Juntó sus chauchas, se hizo querer del vecindario, y como era empeñosa, alcanzó a vivir sus días de prosperidad.

Una noche, en un bautizo al que fué invitada, conoció a Fide. El hombre conversaba unas cosas lindas; lucía unos bigotes seductores y tenía un modo de mirar, un aire tan varonil, que ella perdió la cabeza.

Cuando Fide abandonó el conventillo en el que eran casi vecinos, la Eufrasia sufrió intensamente. Pero el “maestro” — según propia confesión — la tenía entre ojos no más, pa conservar la, y como no era ningún mal agradecido, se vino en busca de su querer.

¡Pobre Fide! Ella no se olvidaba de cuando lo vió acercarse a casa, con su ropita flamante, humilde, y de las vueltas que dió para después entregarse como pajarito aguachado entre sus brazos.

—El casorio pa después — soltó la Morales, muy com-

padecida; y Fide, con mirada de asombro recorrió el cuartito y no dijo ni esta boca es mía, de la pura impresión.

Por delicadeza, tratándose de una amistad que no era de las de "primeras aguas", ella no mentó más lo del matrimonio, y como él tampoco dijo nada, la unión se consumó sin ritos, a la pata a la llana.

Sus amigos, al olor de la plata que ella le daba para tenerlo contento, empezaron a buscarlo y como el hombre carecía de voluntad, se echó de cabeza.

—Párala, Fide — suplicó. Pero Fide no hizo caso del consejo y siguió rodando.

Borracho perdido, no se oreaba el pobrecito.

Cuando los de la Asistencia vinieron a buscarla, ya en la camilla, sus últimas palabras fueron de súplica:

—Cúideme a Fide... Usté, Rosales, vea que no ande en malos pasos.

Ella pensaba redimirlo con el dolor de la maternidad, y ya ve...

Con el cuerpecillo de la chica pegado al suyo, la Morales revolvió la caja de los recuerdos. Por el tragaluz, el farol de la calle asomaba su pupila curiosa dentro del cuarto.

¿Las tres? ¿las cuatro?

El tamborileo de la lluvia, tedioso, lento, oscilaba como un péndulo de reloj en el vacío. Raspó un fósforo. Encendió la vela.

—¿Ta llena, mi guacha, ahora?

La criatura, con los ojitos encandilados, con unos ojitos que parecían inteligentes, observó la llama. A la pobre madre le dolían las espaldas, las sienes. Perdida en el tiempo, a media voz, rezó una casa del Rosario por el alma del finado.

La peregrinación de aquella tarde, la conversación con doña Rosa, la dejaron molida.

Se levantó, y de la cama se fué a la silleta, donde se quedó largo tiempo acurrucada, escuchando el toc-toc del agua.

—Me corretean a Fide; doña Rosa, pa colmo, sale con que hay que hacer esto y aquello.

Un gallo noctámbulo la distrajo con su trompeta extemporánea.

—Es inútil que una pobre quiera ser buena en esta vida, Señor — suspiró, cuando se apagaron las notas claras, a lo lejos.

Y estiró los brazos dejando escapar un bostezo prolongado que rodó pesadamente a sus pies.

—Inútil, inútil.

## VI

Al mediodía, un sol tímido y ruboroso como un seminarista envuelto en nubes de incienso, desgranó sobre la calle una sonrisita pálida de buen chico que ha salido a divertirse con las postales pecaminosas que se exhiben en los escaparates del mundo.

Una brisa templada runruneó entre los árboles de la calle. En los patios, las piezas de ropa puesta a secar, curvaban las cuerdas, balanceándose como globos cautivos en una danza de color, ceremoniosa, quedamente.

Las nubes, ennegrecidas, rotas, cruzaron el cielo a gran velocidad. De acera a acera, con sus rostros variolosos bañados de luz, las casas se miraron alegres, rebosando cada cual un poco de ese optimismo fugaz e ingenuo que experimentan las niñas de mal vivir cuando lucen una prenda nueva.

Por entre las tejas de un rojo vivo asomaban manchones de musgo, y aquí y allá, el pasto, con sus tallos relucientes, ponían una nota pintoresca en lo alto de los edificios.

—¡Ha visto, un tiempo caprichoso!

—Así no más es, vecina.

La gente charlaba de un lado al otro de la calle sin acritud. Las sillas de paja, los amplios sillones de mimbre, los pisos de totora salían a lucir su vetustez, alineados en filas interminables junto a los murallones todavía húmedos a consecuencia del aguacero.

El calor de la digestión iluminaba las caras. Los hombres, en mangas de camisa, y las mujeres vestidas de limpio, reposaban su alborozo o leían el periódico dominguero en alta voz.

Los fonógrafos de los bares echaban al viento unas canciones frenéticas, conminatorias, terribles, llamando a los bebedores, que, como buenos padres de familia, fumaban despaciosamente, mientras la chiquillería, exaltada, loca, correteaba por entre los charcos a lo largo de la calle.

¡Domingo de sol, la fiesta del domingo invernal, tibio, hermoso!

Las familias más pudientes iban en grupos a dar un paseo por el centro de la ciudad. Otras se lanzaban a la Quinta, al Parque, donde el pasto recién lavado, oloroso, fresco, da una impresión de libertad y amplitud.

Los derrochadores, los arribistas de la cité, como quien dice, alquilaban un auto o una victoria del servicio público y salían a causear bajo los árboles de alguna de esas quintitas de recreo que hay en los alrededores de Santiago.

Pasarse en coche los domingos es como el veraneo en Viña del Mar, una diversión cara, un lujo.

Con un día de anticipación, la señora comunica el suceso:

—La plata se ha hecho pa gastarla y si no se aprovecha la juventud se pasa de tonta — dice.

—Bien pensado, señora: hay que disfrutar.

Una amiga de buena voluntad facilita la cuchillería; otra, un jarro, un azafate; ésta se ofrece para aliñar la ensalada, y aquélla, como a su chica no puede proporcionarle

ninguna alegría, dice que no estaría de más que se la llevaran para ayudar al servicio.

Alrededor del coche se forma un corrillo de gente curiosa, como en las bodas. El jefe de la familia sale el primero, cargando los canastos.

Don Celpa, en tren de dilapidar todo el jornal de la semana, esa tarde fué de los primeros en romper el fuego. Para satisfacer la vanidad — un capricho de nuevo rico, ni más ni menos — se diligenció el Ford de un compadre, que andaba loquito por relacionarse con la Verónica, su cuñada.

Cuando asomó en la puerta, los amigos se le fueron encima.

—¡Pucha con el gallo qui anda orgulloso!

—Oye: si es Celpa, no vis!

En medio de un chivateo atroz, dió orden de partir.

Muy digno, muy formal, don Celpa se mantuvo inalterable en su puesto de dueño de casa hasta que el coche llegó a la bocacalle. El cuello de goma le incomodaba horriblemente. Para que los “niños” no pensarán que trataba de dárselas de oligarca, don Celpa, desde lejos, hizo un saludo amplio, agitando los brazos fuera del coche y desapareció...

Más tarde pasaron otros vehículos por delante del cuarterío. Mujeres alegres, obreros, soldados, jóvenes que el domingo, de tapadita, pasean a sus queridas por los barrios apartados de la ciudad, aturdieron la calle.

Hasta la fritanguería de la Ufra alcanzaba el estrépito de la fiesta.

—Arrímese a este lao pa que goce de la calor — gritó una veterana, sumergiendo sus gruesas piernas reumáticas en un charquito de luz caliente que empezaba a evaporarse.

Pero la Morales hizo un gesto negativo. Cerca del fogón, alrededor de una mesa cubierta de hule, una media docena de hombres mal trajeados y algunas mujeres comían tranquilamente casi en silencio, las sopaipillas de pulpa blanda y sabrosa que la dueña de casa racionaba en grandes platos de fierro enlozado.

Los días de fiesta, en invierno, aquello era una loquería: las mujeres de las casas de prostitución, al alba, enviaban a buscar su fuentada de picarones pasados para reponerse de la mala noche; los trabajadores componían el cuerpo apurando un bocado caliente antes de acostarse; los chicos dejaban sus centavos íntegramente en el boliche. Sirvientitas de casa pobre, muchachas insignificantes, con el pretexto de satisfacer un antojo, venían a reunirse con sus galanes, y las señoras casadas, como a una oficina informativa donde se cuenta la vida y milagros de medio mundo, venían para indagar el paradero del marido que andaba tomando, y de paso soltaban y recogían pequeños chismes para sazonar la conversación...

Al atardecer, los arbolillos agitaron su copete.

—Se va el agua y cae la helada — comentó la anciana gotosa.

—Ciertito, vecina, y uno sin sobretó ni fresá e repuesto con que taparse.

En pequeños grupos, los hombres fueron desbandándose a derecha e izquierda.

—Un trago de fuerte, ¿vamos?

La calle se quedó solitaria, sombría. Unas estrellas paliduchas titilaron en la bóveda tersa.

Con sus caritas fatigadas, caminando sin entusiasmo, los niños regresaban del paseo; y los papás daban voces, em-

pujándolos, y las mamás cerraban la marcha, con andar vacilante.

Entre los árboles del paseo público, la pobre gente piensa cosas buenas, se aturde, canta, bebe un vaso de vino, olvida. Cuando anochece, el vino y la obscuridad los pone algo turbios. Se vienen a casa; miran la calle humilde, fea, sucia, y entonces una angustia, un malestar, una ira sorda y terrible estropea la alegría...

En la distancia, a ratos, óyese un rumor de pelea. Pitan los guardianes, ¿qué? Los curiosos corren a imponerse de la novedad y agitan sus brazos oscuros y parlotean...

A medida que la noche avanzaba, el éxodo de los coches iba haciéndose más lento, más intermitente. Muchos se quedaron reventados a la vera de algún camino comunal; otros volvían cojeando.

El de don Celpa, con la Verónica y el compadre, apareció a eso de las ocho en el barrio. Por la nariz del motor escapábase una densa columna de vapor de agua.

Don Celpa venía ebrio. El cuello de goma y el sombrero debieron quedar tirados, Dios sabe dónde.

La Verónica y el chofer se besuquearon en plena calle.

—Por Dios, compadre — protestó la esposa de don Celpa.

—Alegría y nada más — explicó él.

Un momento discutieron lo que convenía hacer con don Celpa.

—Da no sé qué espantarle el sueño ¿no le parece?

Excitada, alegrona, la comadre pellizcó al mecánico, y los tres del brazo, se adentraron por el zaguán de la cité, abandonando a don Celpa ignominiosamente...

La Ufra, que no había levantado la cabeza en todo el día,

despidió a su gente y salió afuera, a respirar un poco de aire, a distraerse. A inmediaciones del cuarto, en una casa ruinoso, húmeda, el chino Antonio tenía instalado un burdel al que acudían vagos y rateros y uno que otro campesino conchabado en la estación, a la que el canaca nunca dejó de mandar un par de niñas para que pilotearan gente.

—Véngase conmigo y alojamos juntos, pa cuidarlo — era la frase de mayor éxito en estos casos.

Los pobres primerizos no conocían ni un hotel, ni aun las calles. Con sus pesitos y unas ganas locas de divertirse “pa tener que contar” a la vuelta, aceptaban la invitación. Cogidos en la ratonera, echaban sus copas con las mujeres y los amantes de las mujeres, y cuando estaban ebrios se iban a la cama. De madrugada notaban que la compañera había desaparecido y también los pesos, y a veces la ropa. El chino, impuesto del suceso, lloraba de indignación. ¿En su casa, una casa sería? ¡Imposible! El hurto debió verificarse en otro sitio: a la bajada del tren, por ejemplo. En resumen, nada.

Y eso se repetía semana a semana, siempre.

La Ufra sentía una repulsión invencible, mezcla de miedo y desprecio, por el canaca. Pero se saludan con mucha cortesía, como vecinos, y también por no exponerse a una mala jugada.

—Salú, don Antonio, qué tal!

Con sus ojitos de almendra amarga, con su aire de señorita fea, contradictorio, el chino oteaba en la obscuridad los pequeños accidentes del paisaje, sentado junto a la puerta. Una camiseta de lana azul ceñía su cuerpo enjuto.

En el fondo de aquel hombre de aire inofensivo, apacible, había un demonio.

—Bien, y uté — contestó, deslizando de soslayo una mirada a la viuda, alta, joven, opulenta.

Las niñas de la casa — como decía el canaca —, miraban las estrellas, con ojos vinosos.

Fumando cigarrillos, silenciosas, contemplaban la calle, los charcos de agua, los árboles.

Para engañar el malestar, algunas veces llevaban un parche de cáscara de papa pegado en las sienes.

—Salió la Ufra ¡ohhh! gritaron a un tiempo, con una algarabía de cotorras borrachas.

La Delfina, una gorda fofa y pechugona, dijo en voz alta, dirigiéndose a la recién llegada:

—Alléguese para acá pa contarle una cosa linda, vecina...

El chino, temeroso de que la cosa linda resultara una indiscreción, miró a la parlanchina con una mirada fría, dura, poderosa. Las asiladas guardaron silencio.

—Mu lindo el tiempo, mu lindo — comentó don Antonio, y elogió la bondad de los guardianes que hacían la vista gorda a fin de que sus niñas pudieran divertirse un ratito y respiraran aire puro alguna vez.

—No molestan a mí; no molestan magueles ¡no, no!...

Con su vocecita de laucha, el canaca repetía siempre lo que iba diciendo.

—Buen hombre, gualdian; buen hombre, gualdian... mile, mile...

La Eufrasia se echó a reír. Pobre en el conocimiento del idioma, el chino hacía juegos malabares con las palabras, y hablaba sin ton ni son para evitar que las asiladas dijeran alguna inconveniencia o contaran cosas, sus cosas, y claro: esto podía ser perjudicial para la casa.

Sin que mediara una amistad íntima, ella conocía a las

asiladas, quienes, muy de mañana, solían acudir al negocio con los hombres quedados del día anterior o con sus queridos. Algunas veces le contaban sus penas, sus canalladas; lo que hizo éste o aquél, lo que le pasó al otro.

En esa casa, como en las de más allá, el personal se renovaba con suma frecuencia. El chino era un individuo perverso, duro, bestial: tenían que robar, que soportar a cuanto peón inmundo caía durante la noche, y el dinero se les iba íntegro en pagar la comida mugrienta y las chucherías que les suministraba el patrón.

El licor, producto de infames combinaciones químicas, las enloquecía y estropeaba el estómago: una de las asiladas se mató en el salón barbaramente; a una jovencita que recién se iniciaba en el oficio, una compañera, en un acceso de demencia, le saltó un ojo.

Hasta la más mala de todas — una tísica amargada que recogió el chino en un apuro, seguramente — tenía un fondo de bondad.

La Delfina, en un descuido del canaca, vino a colocarse junto a la viuda, y le deslizó al oído:

—No le dé entrada al chino, Ufrita. Usted sabe que pa planear una maldad es como tirar con honda...

¡Una maldad! ¡A dónde quería llegar la Delfina con tanto misterio? ¡Sabría algo?

Ella era una mujer libre, honrada — pensó — y se echó a reír. Los escrúpulos de la Delfina, sus temores, el chino, todo, la daban risa.

—¿Quién le está haciendo cosquillas a la vecina? — preguntó la Delfina, que comenzaba a aburrirse en su inmovilidad de mona fea.

Un resplandor de altivez brilló en las pupilas de la viuda.

—A mí no me hace cosquillas nadie, m'hija. Para eso tengo el cuero más duro que ustedes... ¡oyó, chinito?

La Delfina abrió tamaños ojos.

¡Qué Eufrasia más original! En su mente estrecha no ajustaba ningún concepto incompatible con el de sumisión, y luego, atreverse, en presencia del canaca...

Con sus ojitos apagados de viciosa miró a la Morales.

Cuando ella lo dice, será así — reflexionó — no todas las mujeres han de ser como una.

Admiradora incondicional de los amantes que estrujan a sus queridas, de los macrós, la pobre ante este rasgo de independencia se quedó muda. Una sensación de ridiculez, un malestar, una vergüenza enturbiaron su alma.

Las mujeres, que desconocían la razón que indujo a la viuda a dirigirle al canaca un reto así, miráronse una a otra, esbozando una risita solapada, risita vengativa, risita de liberación.

Don Antonio recibió la alusión con un leve parpadeo.

Y como en toda reunión en que se produce una salida inesperada, la gente, después, se quedó sin saber qué hacer, sumida en un silencio espeso, desagradable.

Los hilos del teléfono zumbaron con un runrun despacioso y monótono.

—Yo creo que es la electricidad que se derrama — comentó una de las niñas para disipar el malestar.

Pero la tentativa no tuvo éxito.

Cuando algún curioso acertaba a pasar por delante del grupo, ellas lo observan largamente.

—Domingo: no cae ni uno, está visto — observó la Delfina con desconsuelo.

Una vieja, arrebujaada en un pañolón de lana, anunció

que las niñas podían pasar al comedor. Antigua mujer de "la vida", amaba el prostíbulo como las mujeres de teatro aman la escena, con un fervor inalterable. Cuando joven, triunfó en los salones de la calle Eleuterio Ramírez, Cónдор, Aldunate. Enferma del mal de todas, cayó en las casa de tres al cuarto que hay en San Pablo, Meiggs. Quisieron despedirla por inútil, por vieja. Pero ella se obstinó en hacer el papel de característica, un papelito cualquiera con tal de no irse a la calle a mendigar.

Las mujeres la querían. Era servicial, compasiva, bondadosa. Cuando se producía algún conflicto en los momentos de apuro, de desconsuelo, acudían a ella para que las auxiliase. El chino intentó mandarla a paseo más de una vez por su espíritu de solidaridad, porque echaba a perder al personal.

—No se dilaten chiquillas — gritó la vieja con su voz ronca de fumadora.

En el zaguán ancho y sombrío resonaron los pasos de mula de las mujeres.

—Señor, qué vecindario — monologó la Ufra, respirando con amplitud cuando se quedó sola.

La casa del chino, famosa en el barrio por su tradición siniestra, quedaba al lado del cuarto. Una reja alta, blindada con planchas de zinc, limitaba la vista del transeúnte.

En las noches de invierno, la casa despedía por el zaguán una humareda fétida de carbón de espino mal quemado. Los goznes de la puerta, enmohecidos por la humedad, chirriaban con acritud cuando salían o entraban los visitantes, descubriendo furtivamente unas matas de bambú que adornaban el patio con su varillaje polvoriento.

En verano, el burdel olía a cerveza agria, a vino, a sudor rancio.

Durante el día, las puertas permanecían cerradas. Los amigos íntimos de las niñas hacían su visita a la hora de la siesta, produciéndose frecuentes altercados, palizas y riñas que don Antonio, el ídolo del establecimiento, resolvía a su modo...

La Morales que sabía lo que el hombre era capaz de hacer, volvió sobre sus pasos.

¡No le dé entrada al chino!... Ciertamente, la Delfina había dicho eso, y por algo tenía que ser para que la infeliz se atreviera.

Una cosa le preocupaba insistentemente: su guacha. En los diarios ella había leído relatos espantosos de madres que acuden a denunciar el robo de un hijo.

—¿Si fuera verdad? — suspiró, resucitando *in mente*, las historias anacrónicas en las que actúan bandas de gitanos, empresarios de circo, tratantes de mujeres.

El eco de unos pasos la distrajerón de su lucubración novelera.

Un hombre alto, enjuto, avanzó por la acera. Vestía gabán; un gabán amplio cuyas solapas oscilaban como dos orejas de burro en la abertura del cuello alzado sobre los hombros. El caminante se apoyaba sobre un bastón.

Por asociación de ideas, pensó que ese hombre de aspecto un tanto misterioso podía ser un detective, un agente secreto que anduviese rondando la casa del vecino, para pesquisar algún delito.

Despaciosamente el personaje caminó hasta la mitad de la cuadra, se detuvo, y después de encender un cigarrillo, reanudó la marcha, apegándose hasta casi rozar los muros.

—Comisionado había de ser, chino inmundo, explotador

de mujeres! — exclamó la viuda, en alta voz, con resolución temeraria.

Por las infelices asiladas, por su chica, por la tranquilidad del vecindario, estaba dispuesta a afrontar la situación, denunciando al canaca que tenía en su casa menores de edad y recibía ladrones y amparaba los perseguidos y desvalijaba a medio mundo.

El toc-toc que hacía el bastón al chocar con el suelo se apagó de pronto. Como si anduviera sobre la punta de los pies, con paso algodonoso, leve, el personaje recorrió unos metros e hizo un alto, que debía ser el alto de reconocimiento del terreno que efectúa todo buen policía antes de operar.

Transcurrió todavía un largo espacio de tiempo sin que se resolviera el hombre a tomar una actitud. La Morales, enterada por el cabo Soto de lo que son las pesquisas, no se impacientó por ello.

—Hombre prevenido nunca es vencido — se dijo, y recordó el allanamiento de un fumadero de opio de la calle Franklin, en el que la policía encontró unos huevos en estado de descomposición, un plato con colas de rata y un chino dormido.

A ella la idea del allanamiento le erizaba la piel, porque el canaca podía jugársela feo al pobre agente.

—Habrá que prevenirlo, por las resultas, es claro...

Y cuando el hombre tomó una decisión de la que era imposible dudar, su excitabilidad no tuvo límites. Sintió dilatarse el corazón como una bola de azogue, y tembló de pies a cabeza y se escalofrió.

¿Sería capaz? Hizo un esfuerzo poderoso, y con la voz estrangulada, casi suplicante, dirigióse a él:

—Señor...

El interpelado se detuvo, saludó. A la luz friolenta del farol, brilló el cráneo risible, mondo como una bola de marfil viejo...

¡Don Guido, el italiano de "El Vesubio"!

Eufrasia abrió tamaña boca, desconcertada, titubeante. Con el abrigo repolludo, y ese sombrero de niño lacho que le caía sobre los ojos, y el bastón, parecía otro hombre.

—¿Usté por estos lados?, ¿cómo? — preguntó, agregando en seguida:

—Su canita al aire que andará echando, su amistad caída...

En la punta de la nariz picuda oscilaba una gotita cristalina.

—Nada de malo, Ofrasia, ¡crédamelo! — protestó don Guido, sorbiendo con la nariz ruidosamente.

Durante un minuto, ella y él guardaron silencio, esquivándose las miradas.

¿Casualidad, o es que el bachicha?...

Miró a un lado y otro, por si alguien los observaba. La calle estaba desierta, muda. Don Celpa, metido en el Ford, dormía su sueño de borracho, lejos de toda noción de dignidad.

Con el relente, la nariz del imperturbable don Guido exudaba toda suerte de materias líquidas.

—Abríguese, don Guido pa que no lo agarre la helada — advirtió la Morales.

Don Guido solicitó permiso para quedarse charlando un instante. El frío no lo acobardaba. Debajo del paletó y del saco un espeso chaleco de lana acorazaba su tórax.

—Vede, Ofrasia — dijo, enseñando por una abertura que practicó en la ropa perfectamente abotonada, las prendas de vestir flamantes.

—Si no tiene miedo a la gripe, quédese: es cosa suya.

De un bolsillo sacó un cucurucho de calugas, guillotinado coquetamente con una cintita de seda.

—¡Pa que se incomoda! — exclamó, azorada la Morales.

Una sombra huidiza entenebreció el rostro de Lambertuci.

—Osté se enocó conmigo, Ofrasia, y no tiene razón, ¿sabe?

—Yo...

—Non viene al almacén, non saluda y ¡que diantre!

—Son aprensiones, no más; don Guido ta viendo cuco.

Cuando se dispararon sus dudas, respiró con amplitud, y su rostro se coloreó ligeramente, fugazmente.

Locuaz, casi elocuente, narró sus correrías por el mundo; contó sus sueños de muchacho ambicioso; cómo llegó al Brasil y luego a Buenos Aires. Como en todas partes se cuecen habas, conoció un montón de mujeres en todos los sitios que le tocó recorrer. Pero era un gringo, un aventurero, un cualquier cosa, y se burlaron de él.

En la lucha diaria, perdió su juventud y con ella, la ilusión, la fe. Así fué incubándose aquel odio, esa acritud, ese desprecio que hacían de él un ser estrambótico, repulsivo. Se metió detrás del mostrador, cerró los ojos. Algún día, rico, la nave volvería a surcar el mar.

—Usté ma comprende, Ofrasia.

La cogió una mano, suave, tímidamente. Ella no era una mujer como tantas: haragana, viciosa, puerea, y él necesitaba una mujer.

Solo, la vida seguía siendo la cosa tonta y desagradable que lo abrumaba.

—Suelte, don Guido...

—A osté no... vea.

Las palabras se rompieron en su garganta. Esa mujer

podía ser la raíz que ata la existencia desorbitada y sosa a un medio más humano.

En el dorso de la mano estampó un beso húmedo, febril.

—A la mala no, grin...

Se contuvo. ¡Pobre hombre!

Don Guido, con sus ojitos suplicantes clavados en ella, humilde, ridículo, jadeaba de emoción.

—Quiérame, Ofrasia.

Y encorvándose recogió el sombrero, el bastón que, en la locura de la castidad perturbada, rodaron por el pavimento, con el saquito de calugas, despanzurrado.

En esa actitud simiesca y trágica, el napolitano infundía compasión.

—Váyase, don Guido... pueden vernos y aunque no haga nada malo, se expone al pelambre, usted sabe.

—El pelambre.

—Nunca faltan chismosos, gente calumniadora que hable mal de una porque tarde de la noche conversa con un hombre.

Lambertuci se irguió violentamente, como presionado por una fuerza extraña.

—Esas son estopidece, Ofrasia: no haga caso de la mormuración... ¡Ah, la mormuración! De io han dicho que soy un estafador, un bandido, un bachicha miserable... ¿ma qué importa?

—Usté es hombre, casero.

—Un hombre honrado, como usté e una muquer honrada.

—Los pobres tenemos que cuidarnos mucho para que nos respeten, don Guido — objetó melancólica la viuda.

—Cierto — reconoció el musió — usté dice una gran verdad... por eso, sabe, es que le ofrezco de ajuntarnos. Conmigo no necesita estarse quemando la pestañas con esa porquería

de la sopaipilla: se viene al almacén, despedimo al impleado, nos casamos e después de un tiempo vendimo la tienda y con la Filomenita nos vamos a descansar a Uropa.

—¡Ta gozando de Dios, don Guido!

—Piénsalo, Ofrasia, e serio.

Como ella insistiera en sus evasivas, don Lambertuci se encolerizó.

—Confiese que le gusta la cochinada, muquer — vociferó, temblando sus largos bigotes engomados con un tic persistente.

—¡Por Dios, don Guido!

Dócil como todos los individuos de carácter violento, reaccionó con rapidez.

—La indignación no e por usté ¡palabre, Ofrasia! Osté e buena, educada...

—Gracias por el cumplido.

Don Guido recobró su serenidad. Unos hombres que entraron a la casa del chino, saludaron a la viuda.

—Un lindo ejemplo para la bambina: prostíbulo, bares, y encima lo conventillo ¡qué inmundicia! No ve Ofrasia. Mira...

Con el índice en alto fué señalando las casas sórdidas, una por una.

—Borracho, ladrones, chinas de mal vivir — exclamó, herida su sensibilidad.

A la Ufra le produjo un malestar grande el que un gringo se permitiera criticar así a los de su tierra.

—Como en su país los pobres viven en palacios, al casero le llama la atención todo lo que ve — dijo.

—Yo non hablo de palacio... In Italia, Mussolini que es un gran estadístico ¡ecco! un gran estadístico, barrió la pocilga para construir casita limpia, cité higiénico.

—¿Y las chinas de mal vivir, casero?

—Bah! qué sé yo: in todo lo paises existe plaga.

El fervor patriotero torció impensadamente el giro de la conversación. Don Guido, en su exaltación ítalo-mussoliniana, avanzó unos conceptos nada galantes, y hablando, hablando, se fueron tan lejos, que se desorientaron la una y el otro...

¿Mussolini, Europa, las babuchas del Santo Padre?

A él, que en el fondo no le interesaban los problemas sociales ni los de la política, esta actitud suya, tonta, absurda, lo incomodó.

Quiso volver sobre lo andado, pero no halló el camino. Habló de vaguedades; del tiempo, de la carestía de la vida.

—Prométame que olvidará lo que le dije, Ofrasia.

—De todo, don Guido ¿por qué no? Los agravios a mí no me hacen mella.

—Bravo, muquer.

Por la calle el toc-toc del bastón resonó de nuevo...

El canaca, don Guido ¡bututú!

Una mujer pobre y mal trajeada y con una chiquilla ¿qué podía tener de atrayente para que los hombres la persiguieran de ese modo?...

En el molinillo del cerebro desmenuzó una porción de ideas estrafalarias que la inquietaban.

—Por algo ha de ser cuando el don Guido, que no tiene pelo de lesa, anda a las vueltas y hasta quiere llevarme a Uropa.

¿Ha visto? A U...ro...pa.

Y pensativa, miró las estrellas y suspiró.

## VII

Por entre los hoteluchos de mala muerte del barrio Estación pululaban las parejas de obreros y muchachas que el domingo, con el embuste del biógrafo, salen a caprichosear.

Delante de la puerta de esos cafetines, mitad albergue, mitad burdel, los hombres observaban a su compañera, a veces una chica tímida, seria, honesta; a veces una profesional.

Un farolillo de color, con letras grandotas pintadas en el fanal, indicaba la índole del establecimiento; "Piezas para pasajeros", "Camas para matrimonio".

En el rostro de las parejas se iluminaba una sonrisa: — Es aquí — decían por señas, codeándose, mirándose con las pupilas encandiladas.

La compañera se quedaba unos segundos inmóvil, con la vista perdida en la calle. Quería exhibirse con su amor, excitar la envidia de los transeúntes.

—¿Vamos?

—Vamos

Y trepaban las escaleras, pisándose los talones, con lentitud...

Por la calle de San Alfonso afuera, en los rincones oscuros, otras parejas — chicas acomodadas, empleaditas — charlaban quedamente y a cada dos por tres se besuqueaban, sin reparar en el qué dirán.

Don Guido Lambertuci, a paso de "bersaglieri" anduvo calle tras calle, sin rumbo. Una angustia le oprimía el pecho. Para aliviarse expectoró una maldición con voz ronca, asmática, cansada.

No tenía sueño. En su mente, la visión del ridículo alcanzaba proyecciones absurdas.

Pensó que después de lo ocurrido no podría volver nunca más donde su Ofrasia —. ¡Qué idiotez! — nunca más.

Esos imbéciles que manosean a las mujeres en la vía pública; los soldados, los gañanes que las arrastran hasta el lecho de un hotel; esas actitudes arrogantes y desvergonzadas, el exhibicionismo, le revolvían la bilis.

—¡El dinero! una porquería.

Con la mirada febril hurgó en todas direcciones.

Una mujer... ¡Ah! si daba con una hembra, fea, pobre...

Como los vagabundos, la derribaría en cualquier rincón, o se marcharía con ella en busca de una de esas fondas infectas donde las camas crugen, se desarman y hieden a chinche e intimidad desaseada.

Los policías, por debajo del cucalón, lo miraban con extrañeza.

¡Una mujer!

Prendidas del brazo de sus hombres, las mujeres no reparaban en la existencia de don Guido, ni en sus bigotazos inverosímiles, ni en nada. Derrengadas, soñolientas, deteníanse en el hueco de las puertas o en mitad de la calle para afianzar alguna prenda de esas que al vestirse quedan a medio abrochar, siempre.

Una gordita de pechos exhuberantes, lo observó por enci-

ma del hombro de su compañero con unos ojos de hembra insaciable.

—¡Qué mujeres! — masculló don Guido...

Un hombre que no fuera él — viejo, gruñón — un hombre, liquidaba a puñetazos al tipo infeliz para que la gorda supiera lo que es bueno. Pero él no pasaba de ser un gringo ridículo, un desgraciado.

Con rabia mordió el tubo de la pipa, después de lo cual experimentó un ligero bienestar.

En la Alameda, el aire frío y áspero lijó sus nervios. En el reloj de la garita de los tranvías dieron las tres. Unos tortilleros charlaban con los guardianes, zapateando para desentumecerse. Después uniéronse al grupo algunos individuos que aguardaban el paso de la góndola San Pablo. Con lengua estropajosa, haciendo pininos para tenerse en pie, hablaban sin ton ni son.

Don Guido se echó sobre uno de los escaños de la plazoleta a fumar su pipa. El techo del andén de la Estación, como un esqueleto fabuloso, abría sus piernas bajo las nubes. En el sitio del sexo, la caja del reloj despedía un poco de luz. Los borrachos, con un dejo triste, bondadoso, trataban de confraternizar con los tortilleros, abriéndoles su corazón de par en par.

El napolitano empezaba a fatigarse. Un dolorcillo clavado en el frontal amodorraban los malos pensamientos, la inquietud, los recuerdos, poco a poco.

—Otro día será — dijo de mala gana al cruzar la vía.

Por el centro de la Alameda caminó hasta la altura de Dolores.

Un emponchado saludó al almacenero:

—¿Aguaitando la laucha, don Guido?

—¿Qué laucha? Io no aguaita ni caza laucha, guardián — confesó, estrechando la mano del vigilante nocturno que hacía su ronda en traje de civil.

En la puerta de "El Vesubio" invitó a su acompañante a probar una copita de pisco, de lindo pisco.

—Con su amigo, musiú Lambertuci — exclamó el emponchado sin vacilar.

En la trastienda, don Guido y el agente brindaron unas copas.

—A su salud, caballero.

—A la suya, guardián...

Cuando estuvo solo, se quitó el sobretodo, el saco y se tumbó en la cama, a oscuras.

El cuartucho olía a bacalao, a petróleo, a humedad.

Recostado del lado del corazón, sintió palpitations y una horrible sensación de asfixia; se cargó al derecho, y la raya de luz que filtraba el postigo, partiendo las tinieblas en dos mitades, hirió su sensibilidad con violencia.

—Noche bárbara — gimió Lambertuci.

Rumiando frases incoherentes, de espaldas, con las manos enlazadas por debajo de la nuca, un sopor lo arrancó de la realidad,

Pero el pisco y la postura algo forzada, manipulando en la cámara oscura del subconsciente, avivaron ese como dejo de mujer que los sucesos de la noche adhirieron a su espíritu, a su carne disciplinada en la abstinencia.

Sobresaltado, abrió los ojos. En la obscuridad se deslizaba una visión perturbadoramente erótica.

—¡Noche bárbara!

Saltó de la cama y anduvo como un desesperado, en todas direcciones.

La entrevista con la viuda, el calor de su cuerpo, aquel beso, y luego el encuentro con tanta hembra perdida tenían la culpa...

En el hueco de la mano palpitaba aún la redondez de ese pecho sólido que él rozó, acarició, comprimió rabiosamente con sus dedos de enloquecido.

—¡China brava esta Ofrasia! — aulló, tenso el pulso.

A don Guido, cincuentón, casto, maniático, le resultaba ridículo confesar que lo que él imaginó una simple “unión de conveniencia” tuviera otro alcance.

—¡El amor, ecco!...

Lambertuci, que apenas podía tenerse en pie, escuchó la sirena de la Maestranza:

—¡Llama, grita no más! — exclamó, bostezando.

Los obreros, al pasar frente a “El Vesubio” acertaban el paso.

—Arriesgao es que se haya muerto el gringo: no vis — comentó uno.

—Bachicha perro, me gusta.

El escuchaba sin pestañear desde el interior.

—Roto mala entraña — comentó, sombrío, y aproximando el rostro a la mirilla, observó hacia afuera.

—¡Cosé!

José, el dependiente, interrumpió su paseo para localizar el punto de donde partía la voz.

—¡No e usté, Cosé?

—Yo, don Guido.

Hizo un esfuerzo para hablar sin que José se percatara de las ojeras, de la indecorosa palidez de su rostro.

—Toma la llave y despacha tú no más. Lo que te falta escríbelo en un papel e dispué me lo dice ¿entiende?

—Güeno, don Guido, como no.

José atrapó en el aire el manojo de llaves, y empinándose, a la disimulada, echó un vistazo al interior.

Era tan extraña, tan sorprendente la actitud del gringo.

—¿Qué hubo, Cosé, te fuiste ya?

Una guía del bigote asomó por la mirilla.

—Que despache a la gente y anote si falta algún artículo: está bien claro — repitió el maula.

El bachicha descubrió el juego, y en un abrir y cerrar de ojos, con la mirilla, guillotiné ese afán de saber lo suyo y lo ajeno, de mezclarse en la vida íntima del prójimo que más de una vez le había reprochado al muchacho.

—Así, pa que aprenda, amigo.

Y como un cúplase, como un sello notarial, estampó en el tablero de la puerta un puñetazo formidable.

## VIII

A la una de la tarde, don Guido Lambertuci se dejó ver en el almacén. Como en los días en que iba al centro a cancelar cuentas con el Banco, vestía americana azul, chaleco gris perla, pantalón negro a rayas y zapatos de un rojo rabioso, crujidores, fuertes. En vez de la gorra habitual, llevaba un sombrero de paño con las alas ribeteadas. Del occipucio colgaba la calva en media luna.

Como si acabara de cometer un acto indigno, miró al muchacho de través; cogió luego una silla, atascó la pipa, y sentándose de codos contra el mesón, como era su costumbre, se puso a fumar silenciosamente. Entre chupada y chupada exhalaba unos ronquidos, como de gato al amor del fuego, y después inflando los carrillos, vaciaba el humo en dirección a la calle.

José, el dependiente, luchando con el hambre, oyó sonar la campana de la media...

—Gringo desconsiderado; cerca de las dos y dale con la cachimba. ¿Estará malo de la cabeza, alguna contrariedad, su monita caída? — pensó, rumiando una protesta enérgica, en sordina.

Una duda, un mal pensamiento lo indujo a aventurar una suposición peregrina:

—Esta ha sido encatrá, de fijo, y como no le tiene afición a la cama, se ha machucado.

Y lo observó de alto a bajo, con atención: con las pupilas

sin brillo, ojeroso como una bataclana, afilado el mentón, taciturno, hosco, ese hombre, temible por sus rabetas, por sus veleidades de carácter, ahora daba la impresión de una fiera vencida.

—Lo ha pescado una ñata, no hay más — continuó José, desechando toda otra posibilidad.

De la fiambarrera cogió una lonja de mortadela y se puso a engullir.

Don Guido advirtió la maniobra.

—¿Qué hace, Cosé? ¿No ha almorzado, Cosé?

—Como el patrón estaba fuera...

—¿Cosa bárbara! si me hubiese llamado, ma qué.

—Por no incomodarlo, patrón, es que preferí esperar...

Como una reparación, Lambertuci se aplicó una palmada en la mejilla.

—La dó, mira — dijo — e sin probar bocado. Con un gesto magnífico abrió el cajón de los dineros.

—Toma: uno, due, tres.

Tiró cinco monedas de a un peso sobre el mesón, cuidando de que sonaran para subrayar el acto generoso.

—¡Te las doy, sabe! Anda al hotel, almuerza y te viene a trabacar in seguida.

Cuando el muchacho se disponía a salir, don Guido lo detuvo:

—Tengo que pedirte uno favore — dijo.

Pero se arrepintió. en seguida:

—Váyase tranquilo: más tarde te lo diré... no importa.

Y dejó caer los brazos, lánguidamente.

José, en la calle, se llevó el índice a la sien, e hizo, como si atornillara, un movimiento giratorio.

—Loco ¡pobre don Guido!

... Con la frente arrugada, el bachicha se pasó la tarde escribe que te escribe, doblado delante de un escritorio alto que utilizaba el contador cuando iba a ordenar los libros.

Hasta el almacén alcanzaba el ruido de la pluma, manejada torpemente: rac - rac - rac.

Bañado en sudor, don Guido escribió una carilla, y otra, y otra. Las leía atentamente, y como poseído de un loco e insaciable anhelo de superación, las arrojaba al canasto de los papeles inútiles, luego.

—El gringo no está en sus cabales — afirmó José, oyéndole vociferar, quejarse.

La luz de una lamparita a petróleo daba al rostro de Lambertuci un tinte siniestro. Sobre el muro, como el negativo de un film, balanceábase su silueta de loro trascendental.

¿Qué contendría tanto garabateo, tanto suspiro, y ese despilfarro de papel, y ese no querer saber nada del negocio?

Los clientes entraban a "El Vesubio" andando en la punta de los pies, hacían sus compras y se largaban olisqueando un como presentimiento que los predisponía a la comiseración:

—Lástima de hombre, ¿ha visto?

Una pesadez de cámara mortuoria fué envolviendo al misterioso don Guido.

El muchacho, para evitar que llegaran a oídos del patrón los comentarios, los cuchicheos, señalaba hacia el final del mostrador una especie de trampa abierta en un paño del muro:

—Está en la oficina. ¡Chiiitt!

La oficina, como llamaba el retorzante bachicha al tabuco donde ocasionalmente encerraba al contador, quedaba separada del almacén por una cortina de cretona, floreada y

sucia. El quinqué proyectaba sobre la tela una mancha de luz, en medio de la cual, como la sombra de un pájaro, cruzaba a veces el amplio sombrero de don Guido...

Como los días lunes, por falta de compradores, "El Vesubio" cerraba sus puertas tempranito, Lambertuci, reinte-grándose un momento a la realidad, gritó desde el fondo de la covacha:

—¿Se fué la quente, Cosé?

—Montón de rato, patrón.

Con los ojos encandilados, saltones, don Guido pasó a la tienda.

—Duharte, il poeta que tu conoce, vive siempre con la niña González? — preguntó.

—Siempre, don Guido...

Como para restarle importancia a las palabras soltó un bostezo.

—Intonces anda a lo de las González y dile a lo poeta que Lambertuci necesita hablar con él.

José, que no simpatizaba con el poeta, aventuró una pregunta dilatoria:

—¿Corre apuro el mandado?

—En lo negocio, vos sabí, hay que andarse súbito, o no codimos...

Olegario Duharte, el pensionista de las González, era un negrito bilioso, petulante, leído. Hablaba una jerga "societaria", inflada de adjetivos de su invención, y de tarde en tarde escribía para los diarios pequeñas notas comentando los acontecimientos más significativos de la vida obrera.

Actor, campeón de baile, poeta laureado en juegos florales, el hombre figuraba siempre en primera línea.

José lo conoció en la intimidad, en los tiempos en que le

atracaba a la menor de las chiquillas González. Por ese entonces Olegario no presumía de "intelectual". Pobre, humilde, ocupaba un cuartito de los del último patio, en la pensión. Ahí se amistó con unos estudiantes de provincia, que en pago de pequeños servicios le facilitaron textos de estudio, revistas, novelas. Como el muchacho no era quedado, se trabajó a la niña mayor, la que hacía de dueña de casa, una solterona medio histérica, enamoradiza, con quien hizo después vida marital, como dicen los repórteres de policía.

La Charito recibía en su alcoba la visita de otros pensionistas o la de sus amigos de afuera, mientras Duharte, ansioso por conquistar notoriedad, rondaba los salones de las filarmónicas, organizando, en calidad de "mantenedor", torneos literarios.

Sin oficio conocido, amén del de atracársele a la solterona y escribir párrafos para los periódicos, José lo clasificó en la categoría de los logreros, de los sinvergüenzas, de los arrastrados.

¡Duharte, il poeta!

Se asió la cabeza a dos manos.

¡Duharte! un negro explotador, farsante, cornudo; un...

Por instinto de conservación le preocupaban la suerte de don Guido, sus rarezas, el cambio brusco que venía operándose en él.

—Ahora era Olegario...

En su rostro ancho y aindiado, la duda, el asombro pi-rograban unas arrugas fuertes como tendones.

—¿A qué negocio se referiría el musú?

Escarmenando en el espeso vellón de las suposiciones recorrió sin sentir, ni tampoco arribar a ninguna conclusión,

las quince cuadras que mediaban entre "El Vesubio" y la pensioncita de las González.

La casa de cal y ladrillo, feota, maciza, con los cristales de la mampara parchados con papel de diario, con las ventanas cubiertas de cartelitos en los que la Charo ofrecía cuartos para alquilar, huevos frescos, lana, comida a domicilio y otras menudencias, estaba igual que cuando él la dejó.

Duharte, el poeta, habitaba oficialmente, en calidad de marido, el cuarto de la Charo; un cuarto espacioso, con balcón a la calle.

La Charo experimentaba una especie de goce sensual exhibiendo el amplio lecho de matrimonio, las oleografías, el amoblado con "chifonier", las ampliaciones al bromuro.

Una luz bobalicona emergía de entre los abullonamientos complicados de una pantalla monumental. Bajo el ruedo de esa flor inclasificada e inodora reposaba la mesita cargada de papeles y de libros donde redactaba Duharte sus notas sociales, sus versos, sus discursos societarios.

Una presunción obturó la frente de José:

—Lo que faltaba es que al musiu le diera por los versos — se dijo — evocando los sucesos acaecidos en las últimas horas: la trasnochada, la encerrona en la oficina, el bloquecito de papel echado a la basura, los cinco pesos; más claro, échénle agua, ¿verdad? y lanzó un suspiro de alivio, profundo, jubiloso.

Había imaginado tanta cosa mala cuando el bachicha, con las trazas de enajenado que andaba trayendo, mentó el nombre de Olegario, vinculándolo a un negocio.

Con su claridad aguachienta, el cuarto de la Charo González resumaba vanidad, tontería, cinismo.

—Mucha cama pa una solterona fea — comentó José, mirando por detrás de los cristales, indeciso.

Duharte, ¡hablar con Duharte! se le hacía cuesta arriba sufrir la humillación, la vergüenza de presentarse ante él, y de que lo vieran las niñas, sobre todo.

¿Sí? ¿No?

El “chifonier”, el catre de bronce constituían un vejamen para él, miserable dependientito de despacho pobre.

Duharte poeta, ¡las cosas de la vida!

Hizo un esfuerzo, y pensando que por conducto de Olegario, su antiguo conocido, podría enterarse de lo que pasaba, entró.

... Sobadas de lomo, reverencias.

—Pase, amico.

—No: usted primero.

El “negro” — si te he visto no me acuerdo — entró adelante, tieso como un palo.

En la oficina echaron sus copas de vermú, los dos. El bachicha, entre copa y copa se paseaba de un lado al otro.

A ratos, con el viento, se entreabría la cortinilla y del fondo de la pieza, como gotas de agua por el orificio de una destiladera, caían palabras incoherentes y vagas.

José entrevió al negro, con las manos colgantes de las sisas del chaleco, recostado en un sillón, y de pie, junto a él, a don Guido. El humo del tabaco, ensortijado, denso, velaba la luz, las caras.

¿A cuenta de qué tanto misterio?

Menudeándole al vermú, a la pipa, a los cigarrillos — habla que te habla — llegó la hora de cerrar el negocio, y ellos nada.

Frío, malhumor, despecho.

—¡Cosé!

José se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—Baca la cortina — ordenó el patrón.

Después el poeta y don Guido salieron limpiándose los labios, medios achispados.

—Grracia, amico, e usté amabilísimo.

—No hay nada que agradecer, don Guido; y siga mi consejo, — habló Duharte.

¡El negro aconsejando al patrón, y para él ni un saludo, claro!

Siga mi consejo.

Olegario, el sinvergüenza, el cornudo de Olegario. ¡Bah!

Movió la cabeza a derecha e izquierda.

—En esto hay gato encerrado: a mí no me la pega nadie.

Y de reojo observó al gringo que se frotaba las manos y daba unos saltitos adelante y atrás, como un chiquillo juguetón.

... Los días pasaban, y el misterio que metió su basa en la vida del gringo continuaba igual.

Con el cuento de que el patrón no abría ya el negocio, José se vió forzado a levantarse con las diucas todas las mañanas.

¡Pero eso es nada al lado de las cosas que discurría Lambertuci; y de las que hacía, nada!

Alumbrado eléctrico, balanza automática, caja registradora. Siempre inventaba algo.

“El Vesubio”, pintadito de nuevo, limpio, con máquinas terriblemente complicadas y lucecitas de color, perdió su ca-

rácter y ese aire bonachón, sencillo, se volvió puro estiramiento.

No se podía bromear con las niñas, ni hacerlas, como antes, un tanteo.

La estética constituía la gran preocupación de don Guido. A cada seis palabras, viniera o no al caso, él salía con la nombrá.

Se raboneó el bigote, como Chaplín, lo que, naturalmente, no tenía nada de particular si bien se mira.

Pero no le bastó con meterse en lo suyo solamente, y un día que el hombre amaneció con el genio agriado, dijo a José:

—Hay que ponerse cuello y una corbatita decente, amico don Cosé, sabe!

Y como para todo sacaba a colación el cuento de la estética, había que aguantar.

Con la balanza automática, pagadera en mensualidades, y los créditos que comenzó a prodigar a troche y moche, la utilidad se redujo visiblemente.

—¡Pobre quente :la miserrria, lo vicio! — repetía a cada paso sin reparar en que la gallá se reía de él. . .

Otras de las invenciones de musió Lambertuci consistía en meter cachivaches en la vidriera de la calle. Algunas noches — la del sábado principalmente — daban las diez, las once, y él dále en acárrear descarozados, higos secos, fideos, tarros de conserva, ollas, para que el musió hiciera dibujos artísticos y novedosos que corregía, situándose en la acera de enfrente.

Ahora estaba estudiando un modelo de “rétulo” para reemplazar el de “El Vesubio”, con volcán y todo.

¿También la es-té-ti-ca?

Para él que las misas en que andaba metido el patrón iban a tener un fin desgraciado, tarde o temprano.

...Se lo advirtió:

—Patrón, a usted le va a pasar un chasco por porfiado y blando de corazón.

Pero él oía como si tal cosa.

—Decálo, io se lo que hago!

Como le halagaba que los compradores quisieran entenderse con él, protestaba por sí o por no, siempre:

—Tú no sabí tratar a lo cliente; non tienes modale ni educación, Cosé.

En un librito, por orden alfabético, anotaba el nombre de las personas que sacaban mercadería al fiado.

Sumiso, tímido, el pobre muchacho soportaba callado las humillaciones de que era víctima inocente.

—Dios bendiga a su merecé.

—Corazoncito di oro.

—Alma compasiva.

Al tonto del bachicha se le reía la cara cuando le prodigaban algún elogio.

—Vede que tengo razón — chillaba, sintiéndose popular, enormemente popular y querido.

Como los grandes pecadores en trance de enmendar rumbo, exageraba la nota del arrepentimiento, despilfarrando los artículos y el dinero.

—Lambertuci fía; Lambertuci osequia linda llapa; los precio de Lambertuci non admite competidor...

Pero llegó el final del mes, y el registro de los deudores sumaba la mar de pesos.

—¿Ha visto, don Guido?

—Naturale, ma...

Para no dar su brazo a torcer, el hombrecito le esquivaba el bulto a la conversación.

—Naturale, naturale...

Y ocurrió lo que él preveía: unos alegaron la falta de trabajo; otras, una enfermedad, el marido preso; aquella, un parto. La más encalillada de todas, misia Luminata, se largó a vivir a quién sabe dónde, sin decir ni esta boca es mía.

Un desastre.

Pero el gringo, terco como era, no quiso soltar prenda.

—E una desgracia, naturale — limitábase a decir, despidiendo el humo de la pipa por boca y narices...

Bueno, ¡qué hacerle! José no podía ser más papista que el Papa...

Desde que implantó don Lambertuci el sistema de ventas al crédito, "El Vesubio" entró en erupción: viejas, chiquillos gritaban atropelladamente.

—Cosé, atiende a la señora.

José, pasa aquí; José, cuenta allá.

Un infierno.

Y después que se iba la gente empezaba el arreglo de la ventana, interminable, complicado, odioso; y de alba, al otro día, Cosé barre la tienda, y friega, y sacude, lustra...

Tanto salto mortal, tanto pasarse de un lado para el otro, tanto meniqueteo, tanto cambio, tenían que obedecer a una razón, que llegar a su fin.

La gran preocupación de José era el fin: la quiebra, o el manicomio, quién sabe.

## IX

“Tarro de unto”, don Ruperto, Angelito Jeria y el viejo Pimentel que mayordomeaba las carretas abastecedoras de legumbres y otros productos de la tierra en el trayecto a la ciudad, se acurrucaron alrededor de la mesa de la fritanguería. Hacía frío. A la luz de la mariposa de gas acetileno, las motas de los ponchos de castilla, empapados con el relente de la noche, despedían fosforescencias extrañas.

—Venimos perdíos con l’hora — dijo don Pimentel, el jefe de la cuadrilla, extrayendo de debajo de la manta una bolsita de tabaco picado, que desató lenta y ceremoniosamente, haciéndola circular entre sus hombres, junto con el brillo de papel de fumar.

Angelito, un barbilampiño de toscas facciones tostadas, que guiaba la última carreta del convoy, en calidad de aprendiz, tranquilizó al viejo:

—Tanto apuro pa dirse a helar esperando que abran la Vega, don Pime!

Los cuatro hombres liaron sendos cigarros y se pusieron a fumar, mientras afuera los bueyes echados bajo el yugo lamían las piedras de la calle, babeando, el lomo vagoante de sudor.

La Eufrasia avivó el fuego. Una lluvia de chispas, como una constelación de pequeñas estrellas multicolor, rozó su cabellera negra, maciza, brillante. El pecho, abultado con el esfuerzo, agruesó la curva que velaba el delantal.

—Esta leña que venden en los despachos de por acá no sirve para nada, ¿no ve, chiquillo Jeria? — explicó, dirigiéndose al peón adolescente, al que admiraba, a despecho de sus cortejadores, incluso don Guido, por su entereza de carácter, su airecito de hombre hecho y derecho, y su seriedad.

El cuerpo de víbora en celos onduló entre los penachos de humo. Los carreteros, con la pupila exaltada, la vieron inclinarse delante del fogón hasta descubrir por debajo del ruedo del delantal el nacimiento de los muslos.

“Tarro de unto” y don Ruperto cambiaron una mirada llena de maldad, de cinismo.

—Aguaita, hermanito.

—Ejem...

Angelito, que comprendió la intención, hizo una mueca de asco.

—Pa otra vez que pase por estos laos l’ei de traer unos palos de espino — balbuceó, y encarándose con el mayordomo que fumaba callado en una punta de la mesa, como gato en acecho, agregó:

—Don Pime da el permiso, ¿no?

El capataz, viejo terco, irascible, arrugó la frente, debajo de la cual las cejas ásperas como zarzamoras escarchadas, dibujaban un cerco espeso. La piel de la cara, piel de enfermo cardíaco, transparente, salpicada de manchas amarillosas, adquirió un tinte mortecino, sombrío.

Con la uña del dedo meñique, afilada y larga, don Pime sacudió la ceniza del cigarro. “Tarro de unto” y su compañero vieron llamear sus ojos avellanados.

—¿Que está hablando el mocoso? — gruñó.

Duro de genio, hosco, mandón, esa familiaridad del chiquillo para tratar con sus mayores le resultaba insoportable,

y “pior delante de una mujer” a quien él, sin necesidad de que lo dijera, dispensaba una profunda simpatía; simpatía con segunda intención — según el decir.

En sus mocedades don Pime tuvo chinas a montones, y la mar de guachos por todos lados. A las mujeres las trataba desdeñosamente, “el gran remedio para que las tontas le agarren cariño al hombre” — decía, jactancioso, a los amigos que trataban con él el tema amoroso.

Desgraciadamente a don Pimentel se le acabó la semilla y con ella se puso fin a la siembra de guachos.

Viejo, gastado, de la juventud triunfal, al hombre le quedó la maña, como quien dice; la inclinación.

¿Envidia, despecho?

Miró a la Eufrasia, pechugona, joven, grandota; al chico de espaldas sólidas, como él a su edad. Al fondo del cuarto renegrido por el humo, se insinuaba la presencia del lecho. Don Pime, antaño atropellador, fiero, agresivo, se mordió el bigote con rabia.

A él — y de esto se dió cuenta en seguida — no se la pegaban: la negra le andaba haciendo la busca al mocosito. Cuando servía la mesa, sin fantasear sea dicho, la muy perra le refregaba los pechos por encima del hombro, al descuido. Para Angelito era la mejor ración; y Angelito para arriba y Angelito para abajo a cada momento.

Una desesperación de gato castrado, silenciosa e implacable, hizo presa en don Pime.

—La gallá va a tener que dirse sin desayuno — rezongó a modo de desahogo.

—¿Uté cree? No sea impaciente.

La grasa crepitó en la sartén, virtiendo un tufo apetitoso que se desparramó hasta la calle. Atraídos por el olorcillo

incitante, los perros que custodiaban las carretas entraron en tropel y arqueando el lomo, olisqueando en el aire la posibilidad de coger un bocado, comenzaron a brincar entre las piernas de la peonada.

—¡Pa juera, malditos! — gritó el capataz, revolviéndose en la silla, con furia.

Cardíaco crónico, el viejo se contuvo, pálido, jadeante por el esfuerzo. Sus manos temblaron al encender el pucho que apretaba entre los dedos con recitud.

Alelí, un quiltrito descastado, pero fiel, valiente y cariñoso, miró a don Pime con los ojos húmedos; ojillos suplicantes, tristes; ojos de hambre, llenos de bondad que ignoraban la tragedia que enturbiaba el corazón del viejo.

Don Pime se cruzó de brazos, enfurruñado. Torciendo el cuarto trasero, escurriéndose como un ovillo, Alelí vino hacia él, humilde y confiado. ¡Pobre bicho! El capataz lo dejó y cuando el cuerpo de la bestia rozó sus piernas ganchudas, dobló las rodillas en alto y ¡zas!

Un crujido de huesos repercutió en el aire ¡craace!

—¡Ta trastornado de la cabeza, don Pime? Acriminarse tan sin razón con el pobre animalito, que ni es suyo ni le hace mal ninguno — protestó la viuda, aludiendo a Angelito, el propietario del quitro.

Renqueando, con una mano levantada en el aire como perro maromero, Alelí se escapó a la calle. Una mancha de sangre enrojeció el piso.

—Con seguridad que fué la rodaja e la espuela — explicó el capataz salvaje, envolviendo a la Morales en una mirada amarga y fría de impotente.

“Tarro de unto” y don Ruperto celebraron al patrón.

—Güeno que se la den por confianzado.

En sus caras avinadas flotó una sonrisa servil.

Angelito se irguió, y con una actitud resuelta y varonil, apostrofó a los peones, e indirectamente al patrón:

—A ustedes podían dárselas para que aprendan a ser hombres alguna vez.

Don Pime saltó del asiento.

—Güelva a repetir lo que ijiste, hijo de una grandísima perra! Habla y te hago escupir tachuelas a guantás.

Temblaba como un madero a punto de derrumbarse.

—¡A usted no lei faltao en ni una cosa, don Pime! — dijo

—En ni una cosa ¡criatura e Dios!

En la boca sin dientes del capataz silbó una risa malévola.

—Es a ustedes, niños, a los que el guaina trata de poco hombres.

La Eufrasia intervino:

—Angelito, callesé, y usted, don Pime, ejese de andar buscándole tres pies al gato... no alardée con los que no le hacen ningún perjuicio.

Dominadora, enérgica, tranquila, la viuda logró calmar los ánimos. Le tenía su poco de cariño al chico, y ahora, más que nunca, no podía negarlo. El diablo era simpático, respetuoso, servicial, y harto hombrecito para sus años.

Su instinto de mujer le decía a las claras los peligros a que se exponía el muchacho yendo en compañía de esa gente cobarde; viajando de noche por malos caminos, sin armas ni nadie que lo defendiera del cuadrillazo.

—¿Cuánto se debe? — preguntó el mayordomo, apuntando al plato del que no probó bocado.

La viuda tuvo una inspiración.

—Nada, don Pime; no me debe nada. Para celebrar la amistad lo que siento es no tener una copa que ofertarle.

Pimentel comprendió a donde iba dirigido el tiro, y como no era hombre de los que se dejan comprar, objetó:

—Está bien; le ejaré unas verduritas, entonces.

La viuda, por Angelito, aceptó:

—Si quiere... para que no diga que soy orgullosa, despreciativa.

La gratitud floreció en la mirada de Angelito, a quien don Pime, pensando que así robustecía el principio de auto-  
ridad, ordenó:

—Descuelga el saco chico, Jeria y ejáselo a la señora. Vos, Ruperto, le ayudai pa que no se dilate.

Cuando vaciaron el saco, el veterano se marchó para dirigir los preparativos para la partida. La Cruz del Sur comenzaba a borrarse en la claridad del alba.

—Agora a picanearla duro, niños — ordenó, desmaneando el caballo.

Las articulaciones de las rodillas crujiéron como goznes mohosos al montar.

—¿Tamos listos?

Un chirrido de ejes, de correas, de palos en tensión respondió a don Pime.

Alelé, husmeando el rastro de los bueyes, anduvo unos metros.

—Asujetelo hasta que vorvamos, Ufrasia... en las carretas, no quea hueco ni pa meter un alfiler, ¡pobre animal! — voceó Jeria.

El quiltro, sucio, quebrado, se dobló sobre las patas traseras; estiró el hocico. Con sus ojitos vidriosos siguió la ruta del convoy que, como los pailebotes maulinos a lo largo del río, se deslizaba dando tumbos por la calle.

—No llore, mi perro.

El animalito aullaba con ese no se qué de ultratumba con que gimen los perros sufrientes. En el suburbio, de noche, los canes vagabundos confiesan sus miserias, sus tragedias de amor y sus fracasos con un aullido largo y exacerbante.

Auuu... auuu... auu.

Ella, de chica, cuando ladraban los perros, se sentaba a rezar por las benditas ánimas del Purgatorio.

—Alelí, entresé que hace frío.

Alelí se acurrucó a los pies de la viuda.

—Usted es bueno y entiende lo que le dicen para su bien, ricurita.

Lo alzó entre sus brazos, con mucho cuidado. Alelí, al contacto de la carne tibia, como un chico regalón, cogió el sueño.

—No ha de irse hasta que no lo vea bueno, ¿oye?

Para la Eufrasia, el perro era más que una realidad inmediata: el perro de Angelito — dijo — el deseo contenido — sí: el deseo — rozó su epidermis, su sensibilidad.

Apagó la luz.

La habitación olía a establo, a tela húmeda, a tabaco, a la hierba que los carreteros trajeron del camino, seguramente.

Con los dedos abiertos como un peine, acarició la piel de Alelí, costruda, hedionda.

—Tan lindo, mi negro — suspiró, sintiendo despertarse en ella la visión del campo, amplia, optimista, saludable.

Esos perros de alcoba que huelen a jabón perfumado la recordaban a las niñas del chino Antonio, con sus cosméticos, con su maquillaje ridículo y sus rosiolas empolvadas.

—Usted es hombre, claro.

Condujo a Alelí hasta el lecho. Un bastidor de madera empapelado con hojas de diario, separaba la alcoba de la

fritanguería. La Filomenita apuraba ese final de sueño que parece más pesado y reparador que el de comienzos de la noche.

En la penumbra, a ratos, fosforecían las pupilas de Alelí. La viuda, andando en la punta de los pies, empezó a vestirse para que la gente no la sorprendiera, como los carreteros, en delantal y camisa.

—Tése sosegado, viejo.

El perro, a causa de las pulgas, no podía estarse quieto. Con la palma de la mano, la Eufrasia acarició el lomo, el vientre del animal, cuya pelambreira quiseuda y áspera cosquilleaba como pinches.

—El perrito regalón, mi animalito querido.

Se inclinó al borde de la cama. Por la abertura del camisón cayeron sus pechos espléndidos. Cerró los ojos. El aliento de la bestia, cálido, humedecente, resbaló como una caricia a flor de piel.

—Cholito...

El perro, con una displicencia insultante, miró a la viuda.

—¿Le duele su patita al niño? — interrogó ésta.

Alelí, mudo como un idiota, o como un perro, no dijo nada.

—Cuando venga su papá le diré que usted es un animal muy mal educado, m'hijito, y muy tonto.

¿Su papá?

A la viuda le dolían los riñones atrocemente.

Mirándose en el cacho de espejo que colgaba encima de la palangana del lavabo, en la pared, se quedó largo tiempo pensativa.

—¡Angelito!

Después cogió el peine y de mala gana hendió sus dientes en la cabellera espesa y bravía.

Una voz temblorosa horadó el aire:

—¡Niña, niña!

Atareadísima con los menesteres caseros, la interpelada no reparó en la presencia de misiá Rosa hasta el momento en que ésta, interceptando la luz que lamía el piso, obscureció el cuarto con la proyección de sus adiposidades.

—Descanse un rato, mujer pata de perro y después habla — bromeó la viuda, aproximando el sillón de Fide para que la recién llegada depositara su cuerpo basto y gelatinoso.

La vieja hizo señas para que le dieran de beber. En su cara bobalicona, congestionada, circunferencial, sebosa, el cansancio secretaba un sudor copioso y lubricante.

A sorbos apuró un gran vaso de agua.

—¿Se repite?

—No, gracias.

Compensada la pérdida de líquido, la caldera comenzó a funcionar:

—Con que hay novedades y vos haciéndote la de las monjas, pícara!

Una risita maliciosa se perdió en el laberinto de las mejillas.

—Si usted lo dice, así será — atajó la Eufrasia, perfilando un gesto hosco, que la veterana parlanchina pretendió aclarar con aspavientos, en seguida:

—¿Yo? ¡Uy! Si fuera yo sola la que habla no tendría nada de particular, mujer.

En ese breve preámbulo de asechanza que se produce al iniciar una conversación inesperada, la viuda miró de alto a bajo a la enorme doña Rosa; pensó, suspicaz, en la última visita de Jeria, el peón de "Las Mariposas".

Para ella, como para muchas otras personas, la amistad de la Rosa no era lo que se llama una amistad recomendable: chismosa, doble, dada al licor, los dueños de conventillo la echaban de aquí para allá, ¡y de qué modo!

Un vecino, hombre de seriedad insospechable, a raíz del cambio de palabras que motivó el alejamiento de la "señora" de su casa, le aseguró que ésta se dedicaba a negociar con muchachitas bien parecidas, las presentaba en la calle y en otros sitios muy reservados como hijas suyas, para despertar así el interés brutalizante de los hombres que buscan lo trágico para acuñaer la almohada.

En estas andanzas la Rosa se disfrazaba de florista, y Lucho, su hombre, con el pretexto de comprar ropa usada, la observaba de lejos, por lo que pudiera ocurrir.

—Lárguese una tarde pal centro, y la ha de ver pegada al mesón de alguna cigarrería de por ahí, cuchicheándose con las vendedoras o con algún caballero — había dicho su informante...

Cierto o no lo que de ella hablaba la gente, esa visita la dió una impresión de emboscada...

Con sus dedos de jaiva, la Rosa cabeceó un cigarrillo que extrajo del seno con mucho aparato y lentitud, como para dar tiempo a que los gérmenes de la curiosidad y de la inquietud incubaran en el cerebro de la viuda.

—¿Vos no pitai, creo? — preguntó, soldando con saliva el borde del papel de fumar.

—No tengo vicios chicos — observó entre seria y risueña la Eufrasia.

Misiá Rosa, con el bichero de la perspicacia en ristre, cogió al vuelo la expresión:

—Las avestruces cuentan que son unos animalitos que pa esconderse del cazador meten la cabeza en un hoyo y dejan al aire lo demás del cuerpo — dijo, mordaz, irónicamente.

La viuda, expansiva y francota por naturaleza, se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—Hable claro, Rosa — dijo, paladeando con la punta de la lengua el dejo amargoso y salado de la sangre.

Encarnando el papel de la florista a que se refirió el vecino, doña Rosa se escurrió con habilidad.

—Esto es: se enoja porque una le hace una broma como si ella, la linda, no dijera sus güenas pesadeces cuando se le ocurre... ¿ha visto?

Por su rostro grasiento resbaló una tristeza conmovedora y fugaz.

—Dejese de enredos, mujer — aclaró la Morales — usted comprende que si una se indina no es por el gusto de pasar malos ratos, ni porque quiera faltarle, ni por nada.

Y agregó, arrastrando las palabras:

—Lo de la avestruz ha sido una indirecta, está claro ¡y yo, vea, no tengo porqué aguantar, ni a usted que es una señora mayor ni a nadie, que me salga con insultos!

El mentón tembló con un tic violento.

—¡Polvorita, polvorita! — atajó la señora mayor, observando con el rabillo del ojo a la viuda.

—Lo que dije no es pa reír, señora...

—Claro que no, niña — asintió la vieja, recogiendo la red, como araña cazadora, luego:

—Pa ser franca voy a decirte una cosa tocante a lo que hablábamos; pero si no se te sube la sangre a la cabeza, como sucede cuando una te dice alguna claridad pa tu bien.

—Diga, diga, sin miedo — balbuceó la Eufrasia.

Este “sin miedo” se quebró en su garganta con una vibración tan débil, tan fatigosa, tan tímida, que hizo reír a la Rosa.

—Le hacis asco al cigarro, que es vicio chico — observó con una suavidad desconcertante de víctima — y no te avergüenza tar echando a perder, ¿oís?, echando a perder a una criatura, a un chiquillo... En el barrio — siguió, después de emitir un suspiro doloroso — la gente no habla de otra cosa que de tus enredos con el peón. El propio mayordomo se lo cuenta a todo el que quiere oírle...

—¡Una criatura!... “Si la envidia fuera tiña” — cortó, resuelta, la Morales golpeando sobre la mesa con los puños, y se quedó pensativa, sin alcanzar a completar el dicho.

Doña Rosa, ante esta actitud un si es no es desfachatada, gilimoteó, alzando los brazos:

—¡Niña, Ufrasia, mujer por Dios!

Un adjetivo procaz traicionó la serenidad de la Eufrasia.

—...Pa que no hablen puede aconsejarles que se busquen un chiquillo como el mío — confesó, mirando con altivez de hembra fuerte a la vieja de los pechos obscenos, flácidos y lamentables que traficaba con las chicas pobres del barrio.

Misiá Rosa reaccionó ante la realidad con su calma escuarridiza e inveterada:

—Habladuría de mujeres; tiene razón, mi linda; en eso estoy con usted. Pero hay una cosa ¿sabe?... El chiquillo,

Angelito, no está en edad de apreciar lo que usted vale ni puede hacer por usted lo que se merece una mujer que ha sufrido privaciones...

—¡Rosa!

—Del difunto, ¡pobrecito! no digo ná.

Hozando en el campo sentimental, rastrojando en el amplio campo de la muerte, doña Rosa ganó su porción de terreno.

—Ufra: usted que sabe lo que yo y mi hombre apreciábamos a Fidel, comprenderá que no he querido inferirle ofensa ni una...

—Es cierto; sí.

El nombre de Fide, limpio del polvo del olvido, serenó los ánimos. La veterana habló de la primavera que se aproximaba; del sol, espléndido esa mañana; de las fiestas del dieciocho y de un sin fin de pequeñas cosas sin importancia, con una locuacidad desbordante, con un optimismo contagioso. Por momentos se detenía para humedecerse los labios amargosos de nicotina; contraía el ceño, complicando las arrugas de la piel de un modo inverosímil. Sus pupilas apagadas miraban hacia lo alto, como buceando en el vacío para descubrir un rastro, una inspiración.

Un ciego largurucho, rubio, con marcado acento de emigrante, declamó en la calle las estrofas del último suplemento:

—A diez el crimen de la niña deseuartizada; el terrible crimen de la niñita!... ¡Un padre que viola y mata a su hija! ¡Comprénle el suplemento al ciego! ¡A diez, a diez!

El ciego del tongo, como lo llamaban en el barrio, aludiendo al sombrero, abrió un paréntesis trágico y sombrío en la mañana clara, fresca, tersa.

—¡Un padre! Buen dar con la laya de padre — obser-

vó, melancólica la Morales, extendiendo con mano temblorosa de emoción la hoja embadurnada de tinta macabra y horripilante.

El ciego, después de vender unas docenas de ejemplares, se puso a cantar un tango, y al compás de esta música llorona, como en una melopea, sentenció doña Rosa, con énfasis:

—¡Las mujeres! Ellas tienen la culpa de que los hombres se acriminen; pero como son mujeres nadie dice ná. ¿Por qué — vos tenís que acordarte, niña — Gamboa, el amigo de Fide, le dió el bajo a la chiquilla del viejo Ruiz? Gamboita era un niño quitado de bulla, trabajador, serio; se ganaba su platita honradamente y con facilidad, nadie puede decir lo contrario.

—¿De cuál de los Gamboas habla usted, misia Rosa?

—De Manuel, no te hagai la olvidadiza — prosiguió la veterana. — Gamboa, como le consta a todo el mundo, se templó de la muchacha; ella le dió lao para que el niño se le dentrara, en un principio. Que sí, que no — güeno — el muchacho se creyó que lo quería y luego, cuando apretaron las cosas — mujer más perra no se ha visto. ¡Dios me perdone! — la linda se mandó a cambiar con un mugriento que vendía diarios en un kiosco de por ahí.

El tiestecito de hoja de lata donde languidecían las flores que daban a la mesa de la cocinería una simpática nota de color, interceptó las miradas. Con la frente, acarició la Morales el hule fresco y resbaladizo.

—Yo, Rosa, creo que no hay que echarle la culpa a nadie porque esto pasó así o porque no se hizo asá, como en el caso de Gamboa. El niño traía su sentencia escrita, como la traímos todas, y no hay más.

Al decir esto la película de su vida, simple y dolorosa, se

proyectó sobre el telón del recuerdo: Fide, el canaca de intenciones zafias; y éste y aquél: ¡qué hombres! Todos una cáfila de logreros, de explotadores. . . Ufra: usted trabaja demasiado; una mujer sola no puede vivir como es debido; está arruinándose, y usted sabe que yo podría ayudarla. Siempre el interés, el que usted es pobre y yo rico; el que usted trabaja y yo no! ¿Y para qué tanta historia, Señor?

—Vida asquerosa — sintetizó, después de larga meditación.

—Cuando una se entrega, sí.

—Y cuando no, es lo mismo — persistió la viuda.

Deslizándose por el plano de la especulación metafísica, llegaron al terreno del amor, y por ahí a don Guido, el representado de la veterana, según ella venía sospechándolo, desde largo rato.

—Bien claro le manifesté que se dejara de perseguirme, y de mandar cartitas y recados, Rosa. El hombre, yo sé muy bien que está agarrado de veras y a las buenas; pero es gringo, y un gringo viejo, feo. ¿Quiere que le diga más? No me gusta, y aunque Angelito no estuviera de por medio, tampoco aceptaría irme con él.

—Mujer loca. . .

—Así será, Rosa; soy rara, lo reconozco. Pero cada una sabe su cuento y asunto terminado.

Después, modorrosamente, agregó:

—Para el querer, por más que una sea pobre, no se piensa en las conveniencias. Caimos cuando nos llega la hora, y si está de Dios que haya que amolarse, güeno.

Frente a esta teoría escandalosamente fatalista, doña Rosa barajó la suya, utilitaria, celestinesca, razonable:

—Para el querer, como vos decís, hay también que te-

ner mollera y un poco de calma: vos podís templarte de un hombre si te gusta. Como mujer joven tai en tu derecho pa hacerlo; pero no se puede despreciar a otro hombre que le oferta casa elegante, un pasar cómodo y casorio, encima ¡un casorio formal, mujer taimada!

Hizo una pausa. Tiró la colilla pestilente, y hurgando en el techo con sus ojillos turbios, agregó:

—Si yo fuera una viuda joven y tuviera una hija, conforme a vos, me casaba, y como una no peca ni venial porque recibe a las amistades antiguas... ¿no te parece?

Por encima del tiesto de latón las dos mujeres cambiaron una mirada rápida.

—Arrima otro vasito de agua, niña — carraspeó la inalterable misiá Rosa. — Con la calor las gordas andamos como perros rabiosos detrás del agua.

Como para el corretaje amoroso ella tenía su experiencia, sus reglas, sus principios, dobló la página en el sitio que era menester hacerlo.

De entre las piedras de la calle comenzó a levantarse un vaho tibio y sutil que, distendiéndose como una gasa a lo largo de la tierra, empañó la claridad del mediodía.

—Este tiempo no va afirmarse nunca — suspiró la Ufra — mire. Y señaló hacia afuera.

Una brisa incipiente runruneaba en las copas de los árboles.

—Si no cae la neblina de las noches pasadas te vengo a ver un ratito después que le sirva la comida a Lucho — insinuó la veterana.

—Cierto que no me ha contado nada tocante a la novedad. Pero si es pa eso, casi no vale la pena que se incomode.

—Güelta a las andadas, ¡qué genio, Señor!

—Genio... Diga que cuando la zorra descubre las patas ladran los perros, señora.

Misiá Rosa escondió su ira bajo el abundoso pecho, y sin pestañear, gilimoteó:

—Con una vieja, ¡insultar así a una vieja porque te da un consejo! Es increíble, niña.

Se contuvo. Puso los ojos en blanco. Lloriqueó quien sabe.

—Oiga, señora.

—No oigo na; lo único que te digo es que estay cometiendo un disparate que no tiene perdón de Dios; el gringo, el pobre señor Lambertuci, te quiere; está loco ¡no sé! Es un hombre güeno a carta cabal. De ende que se templó de ti lo dá too; se ha puesto cariñoso, obsequia a la gente, tira la mercadería... si vieras!

—Ya lo sé. ¿Y de hay?

—Que vos te habis taimado, y eso no está bien.

—No me gusta el bachicha; usted sabe que no me gusta.

—Pero es que estai ignorante de la última que ha hecho don Guido.

—Hace tantas el viejo que es posible que la última no la sepa... Me persigue, fleta al canaca para que me embrome la paciencia, a José, a medio mundo.

—Es que está trastornao, y cuando los hombres pierden el seso por una mujer son capaces de todo. A mí me ha dicho que si vos lo despreciáis se mata. ¡Qué remordimiento! No, sería un crimen.

—Bravatas de italiano rabioso.

—¿Y vos te atrevís a hablar de bravatas, con el cambio que ha tenido el pobre musiú?

La Ufra la escuchaba tranquila.

—El almacén patas pa arriba, por tí... Agora lo del rótulo, ¿te parece que lo del rótulo no es nada?

—¿Lo del qué?

—Entonces no te han dicho nada de la cuestión?

Con mucho aparato contó doña Rosa que esa mañana los pintores habían descolgado el viejo letrero, con volcán y todo.

—Niña: fué una de levantar escaleras y amarrar cables que daba miedo. La gente se amontonó en la calle pa ver cómo levantaban el rótulo: un aviso lindo: las letras, como si estuvieran hechas de plata pura, brillaban con el sol... Cuando lo vide, de puro gusto, abracé al bachicha, que estaba pálido e impresionado más que no sé qué. Me dijo: "cointaselo a la Ofrasia", y claro, yo corrí para traerte la novedad. "El Vesubio", dáte cuenta, mujer, se llama ahora "La Chilenta"...

Se enjugó el sudor que a goterones se escurría por sus mejillas adiposas, y prosiguió:

—Tuve que hacer callar a las mujeres antes de venirme Vos te podís imaginar el pelambre que se armó.

—Cuando a una la ponen en ridículo, justo es que hablen — interrumpió la viuda, fastidiada.

—En ridículo, no, Ufrasia. Lo que falta es que vos, en lugar de agradecer el halago, cargarai contra don Guido.

Después de formular una serie de menudas consideraciones en favor del adulterio — triste presente ¡pobre Lamber-tuci! — se despidió:

—Hasta la noche, si hay tiempo, Ufra.

Un chiquitín raído, flacucho, descalzo, asomó en la puerta de la fritanguería.

—Hoy no puedo darle nada, niñito. No ve: nada.

Y la viuda señaló el hornillo repleto de ceniza y la sartén vacía, por culpa de doña Rosa.

La brisa, escurriéndose como hilito de agua sobre una plancha candente, barrió la calzada.

Shii... uuu... uu.

Un rato después el buen Dios se aburrió de tocar la ocarina, y la calle se quedó silenciosa.

## XI

Eufrasia, la “viuda” de Astudillo, con el oído atento, acechó el paso de las carretas.

Una garúa finita enjabonaba la ciudad, pinchaba la piel; tamborileaba al escurrirse por los caños del desagüe con un toc-toc seco y persistente. Cuando el aire estremecía el ramaje de los árboles, dejando al descubierto los faroles del alumbrado público cuyas luces se emboscaban entre la ramazón, los hilos telefónicos, como sartas de pedrería falsa, cimbrábanse en el vacío.

Angel Jeria, su amor, su debilidad de mujer madura, debía traerle esa mañana unas aves para la cazuela que pensaba armar para el día de su cumpleaños. Pero a decir verdad, lo que a ella le interesaba era ver, acariciar al “guaina”; retenerlo entre sus brazos tanto tiempo inactivos; sentirlo cerca, admirar sus hechuras de campesino robusto, y en un descuido...

Con noche, desafiando el frío, amontonó unas astillas en el fogón e hizo un lindo fuego a fin de calentar la chancaca y tener listas las raciones para cuando llegase la peonada que encabezaba el irascible, el odioso don Pime.

Cuando la llama surgió en todo su esplendor, delante del espejo se alisó el cabello que, partido en dos amplias cenefas sobre la frente, remataba por la nuca en un moño sólido y compacto.

No estaba mal así — pensó, mirándose de alto a bajo.

La piel exhalaba un olorcito a limpieza, agradable e incitante; un olorcillo fresco adquirido en el baño que acostumbraba a darse, utilizando para ello un tonel que descubrió en el mismo conventillo...

El ronquido de la lámpara de gas acetileno mordía el silencio como una sierra infatigable, produciendo un ruidito odioso, cansador. Del mechero escapábase una luz helada y antipática. Cuando acertaba a coger a alguno de esos bichos necios que giran por la noche alrededor de las lámparas, se malhumoraba, lanzando un chisporroteo, un gruñido hosco.

¿Las dos, las tres? En la ociosidad de la espera, los minutos se vaciaban con una lentitud exasperante.

A contra luz vió danzar su cuerpo sobre el muro enjalbejado. Las sombras, como en un absurdo desdoblamiento de sí misma, alcanzaban alturas inverosímiles, se inflaban, dividíanse al saltar por entre las vigas del techo; gesticulaban a cada movimiento con una agilidad asombrosa.

Esa misma noche, en la cama, soñó que Jeria la agredía con un arma extraña, indolora y de acción silenciosa. Luego, como el jinete duende de las películas, lo vió galopar a lo largo de un camino sin fin; de un camino angostísimo y terriente. El caballo que montaba desapareció ante su vista, y entonces el muchacho, tomando la forma de un pájaro grandote, comenzó a revolotear cerca de donde ella estaba. Con el ruido de las alas abrió los ojos...

—Así no más fué — terminó diciendo la Morales, presa de un terror supersticioso, de una angustia mortal...

La Filomenita, con los ojillos soñolientos fijos en los de su madre, escuchó la narración hasta el final.

—Pa que los sueños no resulten de verdad hay que con-

tarlos, mi guacha ¿no le parece? — dijo en seguida que concluyó la descripción de tan extraña pesadilla.

En el patio del burdel de al lado, dos mujeres ebrias se fueron a las manos a causa del “sifilítico”, el amante de una asilada que acababan de despedir. Intervino don Antonio y la disputa terminó con la expulsión del galán.

—Ni que fueran animales, pobre gente — comentó la Eufrasia cuando el hombrecito se marchó, dando traspies, borracho, sucio. Un brazo de la bufanda con que cubría las zurciduras de la cara, ondeó en la obscuridad. Lo oyó silbar desde muy lejos, después; silbar como los pájaros que interpretan los sentimientos a su modo.

Cuando la viuda volvió a situarse al reparo del fuego, pensó en Angelito.

—Dios no ha de permitir que sea como ese hombre, él...

Un toque de sirena, al que respondieron los pitos de las remolcadoras emboscadas en las afueras de la Estación, recorrió la calle.

—Y la gente de “Las Mariposas”, y Angelito ¿qué se habían hecho?

Aguzó el oído.

Por la Avenida Matucana, corriendo como mujeres embarazadas, las locomotoras empezaban a arrastrar los carros hacia los desvíos, y ¡puff, puff! dando marcha atrás, regresaban al andén para enganchar esas cajas trotadoras que cruzan los caminos, a escape...

El cerebro, como un molinillo loco, trituró las imágenes que la asaltaron entre sueño y sueño durante esa noche.

—Ha sido anuncio el que ha venido a darme. Pero, ¿anuncio de qué?

Las fábricas de la ciudad, con sus bocinazos, con sus campanas, pusieron en movimiento el suburbio.

—Ya no hay caso: a esta hora están en la Vega, o en mala parte, si han tenido que sufrir algún contratiempo.

Apoyada contra el marco de la puerta, miró el paisajito callejero. Entre los árboles, la niebla se desgarraba como un trapo sucio. Una claridad tamizada en esmeril substituía la del alumbrado municipal, deficiente y caprichoso en los barrios pobres.

Del cuarterío salían como fantasmas unos hombres silenciosos, encorvados. Caminaban de prisa, arrastrando los pies, sacudiendo los hombros, las manos en los bolsillos. Un olor a tabaco fuerte y ordinario saturó el ambiente. Con el hielo de la madrugada, los pobres tosían, carraspeaban sin cesar, sembrando escupitazos que, bajo la suela de los zapatos, estallaban como las cucarachas que revienta el transeúnte distraído.

—¿Tomando el fresco, vecina?

—No, vecino; estaba aguaitándolo a usted!

En un santiamén la calle se quedó desierta. Los postes del teléfono, ennegrecidos por la humedad, enfilábanse a un lado y otro de las aceras como los gigantes terroristas de un cuento de Calleja.

—Uno, dos, tres: ¡Cuántos postes, Dios mío! — suspiró la Ufra.

Esos mástiles larguiruchos a los que ella jamás había concedido ningún valor, le trajeron el recuerdo de las vidas que siega el Destino en pleno campo, o en las afueras de la ciudad. Una cruz escondida bajo un techito de zinc, una cruz que abre sus brazos apollillados a la vera de una pirea, en el cruce de la línea férrea, a la salida de un puente, simboliza una existencia malograda.

Y el campo está sembrado de cruces. El tren, el río han desparramado cruces a miles.

Con el tiempo se borran las huellas de los difuntos, y nadie recuerda nada.

—Usted sabe, Fide, lo ingrata que es la gente — suspiró.

La pobre, en sus aflicciones, resucitaba al finado, siempre, siempre.

—Le mando decir una misa por el eterno descanso de su alma, chinito, si permite que el niño vuelva con felicidad del viaje — imploró.

El chonchoncito de carburo, convencido de la absoluta inutilidad de su misión, dió un suspiro mal oliente y se apagó.

Tranvías, camiones, carretelas — el engranaje de la ciudad puesto en marcha — saludaron el día con un rugido múltiple y poderoso.

La Ufra sentía los martillazos de la faena cotidiana como la repercusión de un golpeteo íntimo, angustioso y entontecedor.

¿Aprensiones?

Ella no se daba cuenta casi de que el corazón, esa maquinilla enmohecida en la humedad del conventillo, funciona cuando menos se piensa.

Jeria, el adolescente peón de “Las Mariposas”, tenía la alegre virilidad del potro indócil y joven, y para ella, mujer ardorosa, era un amante, un hijo, un hermano, una reparación.

Para Angelito, la viuda fué la revelación del milagro carnal. ¡Pobre chiquillo! Gimió como un perrito faldero, de lo puro impresionado que estaba, y de susto. Ella, poseída de una atroz locura erótica, lo mordió debajo de la oreja hasta

hacerle daño. A flor de piel, como una caricia excitante, sintió el roce de sus músculos duros y convulsos... Cuando se miraron, después, él parecía un idiota; pero un idiota radiante, feliz.

—Váyase, Angelito; váyase!

Lo empujó con violencia. Las lágrimas le nublaron la vista. ¡Qué maldad, qué asco! Una criatura como él: como dijo doña Rosa, no tenía perdón de Dios.

Ella no olvidaría nunca esa noche de vesanía, de dolor, de goce con un muchacho que estaba por encima de todos los demás.

¿Y ahora iba a perderlo?

En sus divagaciones, un presentimiento desenvolvía su madeja endiablada: ¡Don Pime! Don Pime le tenía ojeriza desde que la vió inclinada para su lado. Era un viejo malo, vengativo; un hombre de quien podía esperarse todo.

Y ella había soñado unas cosas terribles.

Para tranquilizarse, pensó en vestir a la chica e ir con ella a indagar el paradero de los hombres: a la Vega, a la salida del camino, donde podría verse con los carrilanos, ¡qué sé yo!

—Pero con qué fin — reflexionó, en seguida — las malas noticias llegan sin que una salga a buscarlas... ¡Paciencia! No ha de ser ésta la primera vez que una tenga que sufrir por culpa de los hombres...

El cielo, como la barriga de un pez destripado, se tiñó con una luminosidad aguachienta, triste, fea.

¿Qué sorpresas la traería ese sol?

Un rato largo se estuvo mirando el paisajito callejero, los postes, las casas. El toc - toc del agua acumulada en los

tejados, arrítmico y despacioso como el pulso de un cardíaco, latía en las arterias de hoja de lata...

Quien sabe: a lo mejor eran los nervios, una mala digestión, el tiempo, los culpables de todo.

Las mujeres, de tanto en tanto, se ponen insufribles; padecen trastornos, dolores, malestar...

Un sueñecito hasta la hora en que empieza a menudear la gente, le haría bien.

—Filomenita, córrase pal lado de la pared para que su mamá pueda ganarse en la cama...

Con la falda puesta, descalza, se echó en el lecho blando y tibio. ¡Qué bien se estaba allí! Entre bostezo y bostezo cogió el sueño; un sueño apacible, reparador; un sueño desprovisto de imágenes y de sobresaltos.

...Día lindo, transparente, sereno. Pero nada más.

En el almacén, en la carnicería, en el bar del godó, donde se estuvo un largo rato con el pretexto de comprar una damajuana de chacolí, la gente no tenía conocimiento de que hubiese ocurrido ninguna desgracia.

—Yo vide una carreta — afirmó uno.

—Yo también...

¡Qué gente! Todos vieron una carreta; dos, tres carretas que llevaban uncidos al yugo bueyes negros, colorados, overos; pero nadie vió lo que ella buscaba.

A la caída de la tarde, cuando empieza el comadreo, fué a escuchar lo que se hablaba en esos corros que acapararan las puertas de las viviendas. Trabajadores esparcidos de un extremo al otro de la ciudad, llegaban, pletóricos de noticias; de pequeñas y grandes noticias cogidas en alguna conversación con los otros obreros, o al azar, en la calle, o en la cantina, en el taller, en la fábrica.

—¿Usted estaba presente, Indalicio?

—Yo, claro. Tiré a sujetarlo a tiempo que se desmoronó.

Un ¡ah, uu, oh! sibilante como una bomba aspiradora corrió por el grupo cuando Indalicio concluyó la narración.

—La paré ni chistó pa mandarse guarda abajo. Los que estábamos atrás vimos levantarse una polvaera e repente, y ahí no más queó pegao el compañero.

El compañero: un hombre. Un hombre, dicho así, no significa nada. Bueno; nada, no. Pero una se imagina que aquel hombre — un extraño, un cualquiera — ha podido ser, y en su caso, claro...

Cuando se sorprendió esa risita tonta a flor de labios, experimentó una vergüenza atroz; los colores se le subieron a la cara. “No ha sido Jeria el de la avería, pensó sin poder contenerse — y egoísta — ella, una mujer tan sufrida, una mujer de tanto corazón, en las narices de Indalicio soltó la carcajada... porque no era Angelito el muerto ¿ha visto?”

Escucha aquí, saluda allá, vagabundeo hasta la hora de la comida, y después, no bien la chica sorbió la última cucharada de caldo, vino a sentarse delante de la puerta de la fritanguería, en la acera.

No tenía sueño. La ciudad, rumorosa, lejana, vibraba como un aeroplano en el vacío. A ratos, una racha de aire tibio silbaba entre los hilos de cobre de la electricidad. Un suplementero que iba de recogida, voceó los diarios de la tarde.

—Últimas...

Ella jamás leía los periódicos. Cuando se tiene por delante un panorama tan reducido, tan feote, no dan ganas de leer nada ni de saber nada. Pero ahora era otra cosa: los cronistas se ocupan de los hombres que caen presos, de los acci-

dentados, de los que contravienen la ley, y entre esos quién sabe si no estuviera Angelito.

—¡Pshiiittt, niño!

Bajo un chorrito de luz que rebalsaba el farol por entre medio de los árboles, ojeó el diario de cabo a rabo. Al final de la última plana había un párrafo borroniento dedicado a la muralla (a la muralla) que aplastó al compañero de Indalicio, “un desconocido”.

—¡Pobrecito! Fué sin querer — gilimoteó, recordando que se había casi burlado de él. ¡Una herejía, una crueldad!

Pero ni en la sección donde aparecen las noticias de última hora ni dentro del periódico encontró nada que pudiera interesarle: choques, asaltos, riñas. Los dos o tres muertos que figuraban ahí — exceptuando al ofendido — venían con sus nombres completos y los datos de la filiación.

¡Qué alivio que no se hablara de él! Una esperanza, cuando menos.

De las viviendas se evadía un olor heterogéneo, aceitoso, ruín. El capitán de una pandilla de salteadores, un chico bizco y pendenciero, armó a su gente, y otro que hacía de capitán de milicia, sin hacer distinción de sexos, juntó una media docena de soldados, al frente de los cuales entró al combate.

En el ardor de la refriega los contendores proferían palabras soeces. Una piedra zumbó en el aire. Hombrecitos de diez, doce años; mujeres de once, trece, exploraban en la obscuridad, rabiosamente, aquél un pecho, un trozo de muslo; aquella, más animosa, más audaz...

—¡Alto! — ordenó el capitán.

Por los pasillos alumbrados a petróleo se adentraban las sombras enlazadas del bandolero bizco y su rehén, una mocosa desmelenada, flacucha, enclenque; y más allá la otra pa-

reja y aquella. El capitán — todos — con la fiebre del deseo precoz encendida en la frente, sudorosos, cansados, atravesaron los patios en silencio...

A ella estos desbordes de bestialidad le producían asco, ira, tristeza. De niña fué siempre seriecita; siempre una chica formal, callada. Seriecita y formal porque sí, por naturaleza. Cuando llegó a grande y se sintió empujada al fin inevitable, no tuvo pensamientos sucios, ni idea del mal.

“Sangre de rica”. Quién sabe si no fuera eso todo: Muchas veces, cuando la asaltaban esos escrúpulos de mujer honesta, cuando comparaba su vida con la de las demás, y su manera de ser, pensó en que esto podía tener su asidero en los antepasados.

Por encima de los tejados la luna vertió una claridad tenue, helada, tranquila. De tiempo en tiempo, una detonación alteraba la placidez del suburbio. De tiempo en tiempo ladraban los perros.

—¿Háse visto gente miedosa? Todas las noches es igual: erían cuatro gallinas, y porque sienten caer una hoja, porque suena el agua de la acequia, porque vieron un bulto ¡vamos baleando! y que la quiltrería chille, ¿qué importa?

El aire arrastraba desde el despoblado esos tiros de escopeta que rebotan con mil ramificaciones sonoras en el vacío; esos pistolazos secos, rotundos como una afirmación; esos disparos de fusil que silban como si desgarraran el viento, el cielo.

Los gallos saludaban las detonaciones con un cacareo fanfarrón, soso, interminable.

Una estrella filante describió una fugaz trayectoria luminosa al desprenderse de su engaste.

A esos astros errabundos que caen al mar hay que pedir-

les tres veces lo que uno desea; tres veces, en voz alta, y con fe, con mucha fe — dicen los pescadores y los campesinos.

Y ella, desilusionada de las cosas de este mundo, se refugió en el de la superstición.

—Estrellita: ¡devuélvemelo... devuélvemelo... devuélmelo!

Seguramente era así como tenía que dirigirse a la misteriosa vagabunda para que oyese el ruego.

Con la nuca apoyada contra el respaldar de la silla, contempló en la perspectiva la belleza incomparable de los astros. Rojas, azules, blancas como rosas en un jardín misterioso, estremecíanse en infinita variedad las constelaciones.

Un mareo, un aturdimiento se apoderó de ella: cerrar los ojos, vagar...

El bufido de un tren, la campanita de los tranvías eléctricos, a intervalos, disgregándose de la caja sonora, penetraban al arrabal.

¿Las dos, las tres de la mañana?

No cogía el sueño. El tamborileo de una cueca, amortiguado por la distancia, llegaba hasta ella, a ratos sí, a ratos no.

Esa música un poco deshilachada y torpe la provocó una reacción penosa: en los cuartos llenos de humo, a la luz del alba, cuando las caras palidecen, borrachos, cansados, una mano tañe la cueca de la despedida; la cueca que nadie baila, que nadie escucha suena así. Por la comisura de todos los labios chorrea el vino pendenciero, erótico, torvo; y por las espaldas se escurre un friecito, un temblor...

Un guardián se allegó al burdel, donde acudían los maleantes del barrio casi noche a noche.

—¿Lleva hora, mi sargento?

—Por mi reloj son las doce veinte; pero como se adelanta algo, me creo que han de ser las doce y cuarto no más.

Medianoche, apenas. Estaba lucida.

Charlaron, como conocidos que eran, del negocio y de lo “abusiva que estaba poniéndose la gallá”.

—Anoche, para que usted vea lo que son estos palomillas, le contaré que a un dragoneante que salió al servicio sin revórver le metieron una cuchillada en el pulmón.

—¡Hombres salvajes! Con ellos habían d’hacer lo mismo para que escarmentaran alguna vez, ¿no cree lo mismo, mi sargento?

—Cierto, señora.

Con mucho tino, de la puñalada al dragoneante — vaya un término — ella se pasó a lo suyo.

—El asunto referente al guardián — porque ha de ser guardián el herido ése — me ha hecho entrar en cuidado, porque mire... yo hace montón de días le dí un encargo a uno de los niños que viaja en las carretas de “Las Mariposas”, y de entonces no he vuelto a tener noticias de él, ni nada.

Y agregó:

—Una pasa susto cuando ve que hay pícaros capaces de meterle cuchillo a los guardianes, y al primero que encuentran a mano también. El niño no maneja armas, y como chiquillo criado en el campo, es confiado.

El sargento conocía a la gente de “Las Mariposas”. Don Pime cayó una vez al cuartel por andar con patente fulera, y otra por falta de resortes en una de las carretas.

—Un viejo leguleyo, un viejo alzao, señora — informé.

—El mismo, dice muy bien: un viejo leguleyo y alzao... Y sabe — agregó — como anda de por medio el viejo, yo quería pedirle un favor, mi sargento...

Por debajo del cucalón relampaguearon los ojos acanacados del policía.

—Mande lo que guste. Usted sabe que en habiendo voluntad todo se puede hacer.

El brillo metálico de las jinetas, del sable, de la abotonadura; el revólver descomunal cuya cachá de hueso negro asomaba por la trasera de la funda, dócil a la menor insinuación; el dolmán azul, estrecho para contener el escorzo del tórax, el manojo de nervios que surcaba la piel de tatuajes; la cara atesada, inexpresiva, angulosa, contrastaban con las maneras un tanto melosas del sargento.

Alto, sólido, el hombre sabía inspirar confianza. “Mande lo que guste, mande”. Ella, escuchándolo, experimentó un alivio, y hasta un poco el deseo de apoyarse en él.

—Cuando don Pime pase pa la Vega — pero tenga cuidado de que el viejo no se imponga de nada — usted me hace una señita y manda que me avisen.

Y explicó, después:

—Como es encargo de apuro, no se preocupe por la hora.

—Y si no recuerda, ¿me voy?

—¿Que yo no espierte? Mire: ha habido noches que de oír cantar un grillo he pegado el salto ¡palabra!

El representante de la autoridad, bonachón y escéptico como un viejo juez del crimen, amenazó:

Habrá que verlo. En cuanto divise las carretas me largo para acá, golpeo, y si no me contestan, rempujo la puerta y dentro a despertarla, ¿convenido?

—No abuse, mi sargento...

—Usted dirá: soy paco y no aguanto que se rían de mí.

Los pliegues de su cara se desbarajustaron a causa de la risa que se ocasionó a sí mismo con la salida.

—Siendo así, no me opongo.

Serio, respetuoso, el guardián se mantuvo frente a ella sin adelantar una pulgada.

—¿No quiere servirse un refresco?

—Un vaso de agua, de paradita, bueno; pero agua no más, señora.

Ella quiso protestar, cuando un pitazo breve, apremiante, cortó el aire.

—Toque de auxilio: voy a ver lo que sucede — dijo el sargento, señalando con la precisión de una brújula el sitio donde el deber y la solaridad reclamaban su presencia.

La chispa del deseo se apagó en sus pupilas. Rígido, severo, mordió el silbato y con un “voy” que debió escucharse muchos kilómetros a la redonda, respondió al llamado, antes de emprender la carrera.

Del lado de donde partió el requerimiento no se oía el menor ruido.

—Se enojó de veras mi sargento — dijo ella, sintiendo vibrar el silbato.

Sí; ella, ella, tan familiarizada como estaba con los pitazos de los guardianes, no había escuchado jamás nada semejante.

Pupilas soñolientas miraron por detrás de las ventanas.

—¿Qué hay?

—¿Qué pasa?

Una mujer en camisa salió fuera.

—Creí que estaban matando a un cristiano — suspiró desconsolada, cuando vió la calle desierta.

La viuda, con la cabeza echada hacia atrás se estuvo largo tiempo mirando las estrellas, pensando:

—Angelito; el finado, compañero de Indalicio; el sargento...

Nombres, escenas y recuerdos giraban en su imaginación con la vertiginosidad inaprensible de un aviso luminoso.

Una impresión de lejanía, de irrealidad; un embotamiento, un cansancio se apoderó de ella, aflojándole los nervios.

¿Las dos?, ¿las tres?

Había dormido. Llamó a un tortillero que pasaba a altas horas de la noche por delante de su puerta, y pidió un sandwich, para matar el hambre.

—Pase otro, pal desayuno de la guacha, agüelo — dijo en seguida.

El abuelo, un lindo tipo de viejo; un viejecito limpio, menudo, con enormes barbas blancas y ojos azules como un San José de oleografía, escogió de entre lo mejorcito de la canasta, una tortilla de corteza dorada, por entre cuyos bordes colgaban los muñones de pernil, calientes y sabrosos.

—Ta fresquita, mire — dijo — apretando la masa quebradiza como la de un alfajor recién salido del horno.

El abuelo alzó con la unción de un sacerdote la esfera rubia y compacta que él mismo había amasado con sus manos de octogenario.

Al tiempo de liquidar cuentas, una sonrisa iluminó su cara de niño: Era pa la mocosa; luego no había qué cobrar; no le debían nada.

—Usted es pobre, agüelito — objetó ella.

El anciano, con los hombros, hizo un vago ademán negativo. Una alegría fugaz brilló en sus pupilas eternamente llenas de lágrimas, de conformidad, de tristeza.

—Pobre, ¿y eso qué quiere decir?

Las barbas algodonosas se agitaron en un temblor de

emoción. Cogió el canasto, y antes de que ella dijera una palabra más, se marchó.

—Agüelo...

El viejo la respondió con el grito familiar de que se servían las vecinas para calcular la hora, durante la noche.

—Sanguchis y toortiiillaaas calientes.

Sus penas habrá pasao el veterano — pensó, comprensiva y cordial la viuda, siguiendo la trayectoria vacilante que describía el farol del tortillero a lo largo de la calle.

En su altitud solitaria, los techos de las casas erizaban el lomo como las gatas viejas cuando el gato aventurero maulla a la luz de la luna.

Un espectáculo triste, fastidioso.

En el cuarto, al que se llegó andando en la punta de los pies para no incomodar a la niña, la invadieron la fatiga, una desesperación. Con el calor, los olores que el tiempo había estampado en las murallas despedían un tufo intolerable a grasa rancia, a humanidad. Caminó a tropezones.

¿Los fósforos?, ¿qué había hecho de los fósforos?

El hule de la mesa, contra el cual apoyó una mano, de casualidad, le produjo la sensación que causa un muerto cuya piel se roza sin saber cómo.

—Está visto que hay días en que a una todo le sale mal — dijo, ahogando el espanto que la comprimía el cuello.

En esa disposición de ánimo recordó las palabras del sargento: “Rempujo la puerta, dentro”.

Bravatas, un decir.

Adelantó un paso; se detuvo. De detrás del bastidor de madera salía la respiración de la chica, monótona, acompañada.

—¡Dos mujeres solas! En fin, todo puede suceder — reflexionó.

Rasguñando con las pupilas en la obscuridad, logró orientarse, al fin.

—Por precavida una no se muere — monologó, tanteando la puerta.

En la cama, una flechita luminosa que entraba de la calle, la distrajo. Rezó sus oraciones: el Credo, un Padrenuestro, la Salve, y se quedó dormida.

...—Un segundo ¡Voy!

Descorrió el pasador, y a boca de jarro se halló frente a “Tarrito de unto”, el regalón de don Pime, como lo llamaban los malas lenguas. Su instinto de mujer resbaló en la sonrisa helada, viscosa, equívoca que le tendió el pobre diablo, como una trampa. Pero ella se mantuvo serena.

—Chacariando, orden del patrón.

—¿Sí?

—El gusto de jorobar, usted sabe.

—.....

—Don Pime ¡un cuentista de la gran siete!

—...

—Dale memorias; ícele que tuntito puea — jueron las palabras de Jeria — ei de ir a platicar la amistad, y pa entonces le llevaré el encargo e las aves.

—.....

—Adiosito, negra.

Ella lo oía como si tal cosa. Ni pena ni rabia. Su figura, sus modos, le daban asco, simplemente. De reajo observó, sentada en la boca del poncho precario, la cabezota de Tarro de unto; su cara de alcohólico, adiposa, agrietada como una betarraga podrida.

Un tufo a licor y a pucho de cigarro le dió en las narices.

Tarro de unto se desconcertó viéndola impasible, fría, y en venganza — venganza de invertido — la dijo “negra”, con un tono insultante.

¡Adiosito, negra!

Un roto insolente.

Cuando se fué a reunir con las carretas, sus hojotas, de las que salían los dedos sucios y nudosos, sonaron como el asesar de un perro cansado.

La mañanita de Septiembre, clara, fresca, peinaba en el cielo su cabellera luminosa.

—Tuantito puea... a platicar la amistá — repitió la Ufra. Y cerró los ojos aturdida.

Lo de platicar amistad lo dicen todos, cuando la mujer deja de ser cosa nueva; y ella, — ¡qué diantre! se merecía ese fin por enredarse con un chiquillo, a sabiendas de que quién con chiquillos se acuesta — como dice el refrán — amanece mojada.

Una cochinada, ¡pobre!

Pensó cosas tristes y ¡bien curioso! no experimentó ninguna emoción, ningún dolor.

—Angelito no es capaz de cometer un acto indigno; yo estoy bien segura de que no es capaz — balbuceó.

Un pájaro que picoteaba entre las piedras de la calle, al escuchar barullo de voces alzó su cabecita ridícula, estiró el cuello, y después de mirarla con ojos impertinentes, ojillos astutos y desconfiados, se alejó, a saltos.

—¿Para qué corre, pájaro leso? — llamó la viuda.

Un tren que salió de su guarida en ese instante, hizo temblar el suelo.

—¡ Señor, que barbaridad! Las ocho, y el fuego apagado y la niña sin desayunarse...

Una nube de humo, pesada, sucia, pasó rozando el techo de las casas con su vientre azafranado; dió una voltereta de orangután lúbrico, y se deshizo entre las guedejas luminosas con una solemnidad grotesca.

—Usted no más tiene la culpa, Angelito.

Y pensó que cuando desenredara la madeja tendría que contarle sus penas, como en acto de confesión.

## XII

El ajetreo cotidiano — barre, lava, amasa, fríe; corre de aquí para allá, habla con uno, atiende al otro; y luego los disgustillos de siempre, las mil preocupaciones que llenan el día de una mujer de trabajo hasta rebalsar el nivel de la paciencia — no la dieron tiempo para ocuparse de sí misma, ni de la Mena ¡pobrecita!

—Límpiese los zapatos, se pone la chombita nueva y viene para llevarla a dar una vuelta, mi vieja.

En medio de las tintas planas que coloreaban la trieromía de la tarde, las banderas anunciadoras del dieciocho ponían una pincelada de entusiasmo fresca e ingenua. De trecho en trecho el trapo de un lejano país se enlazaba al pabellón tricolor, compartiendo la alegría de la fiesta en un largo abrazo cadencioso, en un abrazo chispeante de colores vivos: rojo, amarillo, verde.

—Si mañana hace una noche linda vamos a ir a los “juegos” artificiales. Se va a divertir montón: salen caballos de luces, soldados, monos en bicicleta. ¡Viera qué lindo!

La Menita, una muñeca graciosa, espigada, de altas piernas y precozmente desarrollada, estiró los brazos en actitud de querer coger las banderas que se mecían como mariposas delante de las casas...

—Cierra la boca, niña — advirtió —. Cuanto que hallemos

un vendedor, su mamá le va a comprar una banderita pa que travesee ¡cierto!

La chica caminaba con paso inseguro. Limpia, esbelta, en medio de la chiquillería abandonada a la buena de Dios, parecía, como su madre dijo alguna vez, un lindo pimpollo, una florcita olorosa.

De la mano, como dos buenas amigas, salieron a la Alameda, a ese trozo de Alameda donde se amplía la ilusión de la libertad de un modo extraordinario. El aire y la luz circulan entre las construcciones apatarragadas, bajo el cielo ancho, claro, terso. Cuando los trenes cruzan la vía, a lo lejos, un penacho de humo ensombrece el azul.

—Para allá está el centro, m'hija: las tiendas, las casas elegantes quedan a ese lado.

Y señaló en dirección a la Avenida Matucana una casa grandota que, como un triángulo macizo, se alza delante de la vía.

—Una tarde de estas, cuando haya pasado la bula del dieciocho, iremos a conocerlo todo: pierda cuidado — prometió.

La Menita, que en punto de curiosidad se contentaba con poca cosa — coger una bandera, treparse sobre un escaño, saltar el canalito por donde se escurre el agua de riego, hacer amistad con alguna chica o chico de los que vagan por ahí en tropel bullicioso — se mantuvo indiferente, lo que indujo a su madre a reiterar lo ofrecido:

—Tenga paciencia, m'hija. Más allá le compro lo que usted quiera. Ahora no.

Desde por la noche — noche de despecho, de insomnio — ella abrigaba su intención: visitar a don Guido; una simple

visita de cortesía, pagar una deuda de gratitud, y luego regresar a casa tranquilamente.

A decir verdad, mientras Angelito le fué fiel, ella se mantuvo alejada de todo el mundo — ¡qué torpeza! — Ahora comenzaba a pesarle esa actitud; comenzaba a sufrir las consecuencias propias de quien se abandona a sí misma, y como nunca es tarde para arrepentirse, pensó reparar el error de cualquier modo.

Los caracteres plateados bailaron delante de sus ojos: “La Chilenuita”.

—Ahí han de tener lo que usted busca, Mena — balbuceó — y pensando en lo que pudiera decir don Guido después de tanto tiempo de ausencia injustificada, experimentó un miedo, un malestar físico, una opresión.

La Menita la tiró de una manga, con fuerza, y ella se dejó arrastrar, dócil, ciegame. Las piernas se le doblaban como una masa inconsistente.

—Ande despacio ¡chiquilla loca! espere...

Don Guido se enfurruñó cuando ella transpuso las gradas de la puerta y entró al negocio. El reflejo de las dos bombillas de luz eléctrica daban al azul del mentón un tinte violáceo.

—Buenas, don Guido — saludó.

—Buena tarde... ¿e usted?... ¡Ah! mire, non la había conocido — respondió Lambertucci, haciendo crujir los maxilares.

El almacén, con sus níqueles y sus barnices cubiertos de polvo, con sus estanterías fastuosas y sus lámparas, dormitaba en medio de una soledad impresionante. Don Guido, como un viejo señor que ha malogrado un pasado triunfal sin provecho ninguno, miró alternativamente a la viuda y a la maquinilla de trinchar jamón.

—¿Qué dice, Ofra?

En su cara de loro melancólico se adensaron las arrugas de un modo espantoso. Un rato se estuvo sin saber qué actitud tomar: sus pupilas enfocaron vagamente a la recién llegada, y después, como fruto de una penosa asociación de ideas, revolotearon en torno del amplio recinto desmantelado.

—¿Tiene banderitas, don Guido? A la niña se le ha ocurrido comprar una banderita.

—Banderita, vea...

Como casi no renovaba la mercadería, de las baratijas, que eran el encanto, la atracción de los niños, no quedaba nada, ni para muestra.

—Déjelo: no ha de faltar dónde comprar una por ahí — interrumpió la viuda.

Don Guido mordió el tubo de la pipa con una nerviosidad tremenda. En una época de crisis sentimental, crisis de viejo sentimental — que es de todas la más grave — al pobre le dió por la filantropía: ser bueno, hacer el bien a tontas y a locas — se dijo —. Y lo estrujaron. Duharte el poeta, entre otros, le llenó la cabeza de humo. Compró una instalación flamante, transformó el local mediante la aceptación de letras a treinta y noventa días que firmaba con los ojos cerrados, pensando, de acuerdo con el lema de Duharte, que las simpatías y el amor se conquistan tirando el dinero.

—Soy frito; frito enteramente, Ofrasia — confesó, desolado, Lambertuci.

Cuando apretaron las cancelaciones, despidió a José, “un coven listo” y honrado.

—Como non viene nadie — dijo — lo impleado está demás...

Sus pesitos, los nacionales que trajo de la Argentina; sus

proyectos y Dios sabe qué más, se esfumaron a causa del maldito progreso, del maldito espíritu de renovación que le infiltró Duharte.

La plata trae la plata, amigo Lambertuci, y si quiere que lo quieran, gaste — sentenció Olegario, cuando él le confesó que estaba “inamorato”; loca, rabiosamente enamorado.

Pero en un barrio pobre semejante política no tiene aplicación: el despilfarro, la filantropía, abren el apetito de los logreros, y nada más. Cuando se encontró a brazos cruzados, Duharte se escabuyó como un timador vulgar.

—¡Ladrón! — rugió don Guido.

De un tiempo a esta parte el pobre no hacía más que oír aquello “de que si no hay de esto o de lo de más allá in casa, lo busco en otro sitio”.

—Y non vuelve má lo cliente — suspiró.

Con sus largos brazos cruzados sobre el pecho, el buen Lambertuci se quedó pensativo.

—Ofrasia — balbuceó, agitando su cabeza de pájaro triste en un temblor doloroso.

La Menita se ovilló entre los vestidos de la madre, en tanto que el gringo, pálido, flaco, luchaba desesperadamente con las palabras.

—Güeno, me voy... Es tarde y la niña puede resfriarse — exclamó la viuda, esquivando la mirada.

—E non vendrá más, dispué ¿No?

—¿Por qué dice esas cosas, don Guido?

El bachicha movió los hombros, y fría, escépticamente la miró a la cara.

Volver, ahora le daba lo mismo que ella viniese alguna vez o que no.

—Ha crecido la guacha — dijo para disimular su turbación —. A ver, dále un chocolatín... Niñita, tenga.

La Menita estiró la mano y a tiempo de recoger la golosina retrocedió asustada.

—Reciba, m'hija. El caballero se lo regala, y usted en lugar de agradecer...

Don Guido enseñó un antebrazo poco tranquilizador por la abundosidad del vello que ensombrecía la piel.

—Ella no tiene la culpa ¡pobrecita! — explicó la Morales — Como no sale a ninguna parte ni ve gente, como otras chiquillas, se ha puesto tímida.

—Hace mal, Ofrasia; a lo niño hay que acostumbrarlo a todo — aconsejó Lambertuci.

El calor de esas palabras tan empapadas de interés, tan sencillas, tan familiares, tan de hombre que observa los defectos de la felicidad ajena con la lente de una nostalgia íntima e irreparable, encendió en el corazón de la madre una llama de simpatía tenue y fugaz.

—Otro día hablaremos largo, si usted quiere.

Don Guido, asomándose con mil precauciones al borde de una esperanza que sentía renacer dentro de sí, chapurreó el refrán:

—Se va sin que la echen e vuelve sin que la llamen ¡e así que se dice, Ofrasia?

—Así mismito, don Guido; la pura verdad.

Afuera caía la noche. El aire templado que aspiró a grandes bocanadas, con fruición, puso un poco de orden en las reflexiones de la viuda.

¡Hombre de Dios, qué pena! Arruinarse a su edad y por culpa de quién. Realmente, era una cosa triste.

Ella, la causante del mal, estaba obligada... No; eso no. Angelito podía volver, y entonces...

Don Guido le daba una lástima muy grande. ¡Tan ridícu-

lo el pobre, tan desgraciado, tan bueno! Pero de la lástima al amor hay una gran diferencia.

Fué a visitarlo — una locura — por despecho, porque estaba rabiosa, porque necesitaba vengarse, y nada más.

Una fuerza ciega la arrastró hacia él... ¡Qué barbaridad! Si se hubiese dado cuenta, se habría quedado en casa o en otro sitio, naturalmente.

Lambertuci que no perdía las esperanzas, comenzaría el asedio, otra vez, y ella tendría otra vez que rechazarlo. Un golpe de muerte para el infeliz, y con qué derecho, diga usted.

Al salir a la Alameda la Ufra volvió la cabeza. Don Guido desde la puerta, la hizo una genuflexión. El rótulo, colgado encima del dintel, brillaba magnífico, con sus caracteres de plata: "La Chilenuita", y debajo, como un subtítulo enlazado a la ofrenda, estas palabras: "Almacén de Guido Lambertuci".

—Apúrese, m'hija — gritó, esbozando un saludo — Mañana, si Dios quiere, su mamá...

El rumor de la multitud silenció las palabras.

Estallar de cohetes, voces de gramófonos; trajes claros, tiesos, flamantes, y banderas que se mecen al viento de la noche, confundíanse en una expresión de júbilo.

—Menita, cierre la boca; camine de una vez.

Una nube polvorienta cabeceaba entre el pálido fulgor de los faroles.

—Corra, m'hija.

La pobrecita hizo un pucherete de muñeca inconsciente y desilusionada, un mohín feo con la lengua, y corrió, jadeante.

### XIII

18 de Septiembre.

En la calle desbordante de color, crugían los zapatos, los rojos, flamantes y varoniles zapatos de puntas aguzadas; crugían los zapatitos femeninos, esos zapatitos ásperos, recargados de incrustaciones caprichosas y de hebillas, de entre los cuales sube la media de seda nuevita para ceñirse, ora a una pierna gruesa y deformada, ora a una pantorrilla flacucha, ora — y por excepción — a un par de piernas finas, altas, firmes. Crujían las telas engomadas de los trajes. Crujían las pecheras, las rígidas y fulgurantes pecheras, bajo las cuales palpita un corazón alegre y ruidoso. En los rostros crugía el alborozo de vivir. Crugía la luz, rompiéndose al caer sobre el barrio vestido de limpio, sobre los muros maquillados de las casas, sobre los trozos de cristal, sobre los coches que desfilaban repletos de gente. El cielo, como una inmensa jofaina tallada en lapizlázuli, crugía cuando la brisa templada rosaba la corteza de la tierra...

Del "Colmenar" — como denominaban el burdel — las abejas del chino Antonio salieron a la calle, alborotando el barrio con sus gritos, sus vestidos de colores exaltados, sus indecencias. Iban al Parque, a exhibirse, a celebrar el dieciocho con sus amistades: las asiladas de otros prostíbulos, sus amantes, algún mozo con dinero y los eternos allegados: vagos, macrós de ínfima categoría. Sobre el pasto caliente del paseo baila-

ban y bebían en presencia del dueño de la casa y de los curiosos que, atraídos por sus maneras un tanto procaces, formando un círculo prieto y heterogéneo alrededor de los grupos, animaban las parejas con un chivateo ensordecedor.

Ese día de libertad, de expansión, único, imborrable, era el condimento con que ellas sazonzaban las conversaciones durante el resto del año...

—Anímese: le hacemos un hueco en la victoria — invitó la Corina, dirigiéndose a la viuda — y agregó, enseñando hasta la raíz sus dientes orificados:

—¡No se haga la chiquilla...!

Hombres y mujeres celebraron la frase con una carcajada estruendosa y unánime.

—Ganas no faltan, y si una de ustedes quisiera quedarse en mi lugar, las acompañaba de mil amores — se excusó la Eufrasia, revolviendo la grasa que chisporroteaba dentro de la sartén.

El trote de los caballos puso término a la hilaridad que despertó en ellas la proposición de la viuda. Sonó una guitarra punteando la primera cueca, y por la calle, después, se esparcieron las voces de los alegres paseantes. El trasero de la Cata, rojo como un opulento sol crepuscular, cimbrábase sobre la capota del último coche, excitando a los transeuntes con la exhuberancia de sus contornos.

Cuando el convoy polieromo y vocinglero torció al final de la calle un suspiro de alivio, quejumbroso, hondo, dilató el pecho de la Ufra.

Esa vida sin tuyo ni mío; esa vida de puertas abiertas, desprovista de murallas divisorias y de intimidad; esa vida en la que participaban la curiosidad del vecino y la de la amiga, a ella, en ocasiones, le resultaba fatigosa, abominable.

—Una les da el pie y las muy chuscas se agarran la mano, sin más ni más — protestó, con la vista perdida en las colgaduras tricolores que adornaban el frente de las casas.

Esa misma mañana el sargento le trajo la noticia:

—Como venía sin sentío — dijo, refiriéndose al peón Jeria — mi teniente lo embaló pa la Asistencia. El viejo don Pime afirma que fué golpe: no sé, ahí tendrá que largarla.

—¡Bandido!

—Ella debió poner una cara terrible, cuando el sargento, que era hombre inalterable, entró en cuidado.

—Si usted sabe algo tocante al chiquillo, dígamelo pa soltárselo al juez — previno.

Ante la amenaza del juez, la pobre se contuvo: se pierde tanto tiempo, la enredan a una en una de papeleos sin fin, la insultan y ¿para qué?

—De fijo no sé nada, mi sargento — declaró — ¡qué cobardía! nada, nada. El viejo, según dicen, es un mal hombre y como una le tiene su simpatía al muchacho, quién sabe...

Temblaba. La mirada penetrante y fría con que el sargento la enfocó, la dejó turulata.

Un mal hombre, así es — repitió el hombronazo de los galones — pero a mí no me la pegan, y a mi teniente menos ¡pierda cuidado!

La Menita, con los ojillos saltones de curiosidad puestos en ambos, no perdía detalle de la escena.

—Salga, mi negra; corree por ahí — suplicó la Ufra.

En su espíritu, las pupilas de la niña pesaban como una acusación, como una interrogante.

—Y para saber de él ¿dónde hay que ir, mi sargento? interrogó, apretando las palabras.

—De la Comisaría se pidió el diagnóstico a la Asistencia — explicó aquél. Cuando traigan la hoja que se acompaña con

el parte al Juzgado, sabe uno lo que tiene el herido: si el caso es de gravedad, el enfermo queda hospitalizado en la posta, o la di no en el hospital...

La disertación del dragoneante, pesada de tecnicismo, obscura como un formulario de botica, a ella se le colaba por un oído y se le escapaba por el otro: el diagnóstico, la posta. ¡Cuánta complicación, Señor!

—¿Me avisa lo que haya, mi sargento?

—Yo no; esta tarde tengo que atender un servicio extraordinario en el Parque; pero dejaré la cuestión recomendada a un guardián pa que venga a noticiarla...

Después que el sargento se marchó, unos cañonazos saludaron la salida del sol, a lo lejos.

¡Su chiquillo!

Tendido en la cama del hospital, al reparo de ese odioso bastidor de lienzo blanco que separa a los agonizantes del resto de los enfermos, el pobre niño, con la cabeza abierta como una sandía madura, estaría dando las últimas boqueadas, quien sabe — pensó, reconstituyendo el epílogo del obscuro drama que debió desarrollarse en la soledad de un camino rural.

—¡Perros!

La escena de aquella madrugada en que el viejo don Pime, mordido por los celos, arremetió a espuelazos con el quiltro, revivió en su imaginación con odiosa nitidez.

—Se la han dao entre todos, claro: Como una no está pa abrirse con el primero que se presenta, ellos, viendo que el chiquillo ganaba la jugá, le buscaron camorra y ¡qué gracia! tres rotos macizos contra una criatura...

Si el juez no hacía cantar al viejo, cantaríala ella, aunque fuera preciso confesarlo todo.

Una debilidad, una simple debilidad no es cosa del otro mundo.

Usía tendría que darse cuenta de que una mujer joven — y por qué no decirlo, si los hombres se lo gritan a una en su cara a cada paso — una mujer agraciada, libre; una mujer de carne y hueso, no comete ningún crimen enamorándose de un muchacho formal, desinteresado y sin vicios ni enfermedades repugnantes...

Entre las manecillas del silencioso paréntesis que abrieron las asiladas al partir, la Morales colgó su dolor, sus recuerdos, sus remordimientos como piezas de ropa recién lavadas al sol de la tarde.

—Una quiere andar derechita como las mujeres honradas, y se tuerce — pensó —. Tiene sus amores y fataliza al hombre; dice que no, y es igual. Ya ve: Fide, don Guido; ahora este otro: Angelito. El pobre chiquillo tenía también que pagarlas; estaba escrito que él también tenía que pagarlas.

¿Qué misterio contendría aquello?

En la vecindad, las mujeres feas y las bonitas, las casadas ¡todas! vivían tranquilamente con sus penas, con su pobreza, con sus vicios, y nadie perjudicaba a nadie. Alguna vez, una riña, un abandono de hogar, una dolencia ponía término al matrimonio, al amancebamiento, a la amistad; pero estos hechos, salvo trágicas excepciones, no llamaban mayormente la atención...

Por la barriada alegre y febril se escurrían los endiecichados en grupos bulliciosos. Acordeones, guitarras, cantos, palmoteos, fonógrafos de voz gangosa, voladores que culebreaaban en el azul con su chisporroteo detonante marcaban el paso a la farándula.

—¡Hay helados, horchata, peques?

Esa tarde — la tarde del despilfarro y de la obsequiosidad sin límites, en la que los hombres se esforzaban por lucir sus arrogancias y las mujeres sus aptitudes para el amor — en casa había de todo.

—Cupertina, atienda al señor.

La muchachita contratada para el servicio extraordinario de la mesa, iba de aquí para allá sin darse un segundo de reposo. En sus piernas, en sus bracitos, en los senos florecían como huellas de procaicidad, los moretones que estampaban los parroquianos, aprovechando algún descuido.

—¡Largue, tése sosegao! — chillaba con su vocecita de pájaro, angustiosamente, alzando los brazos, bajo los cuales el sudor dibujaba un círculo tenebroso que trascendía al blanco de la blusa.

La Menita que jugaba en la calle con los chiquillos de la vecindad, entró muchas veces para llamar a su madre.

—Mama, mire...

Esos carromatos embanderados, bulliciosos y pintorescos dentro de los cuales se apretujaban familias enteras en la más absurda promiscuidad, impresionaban la retina infantil, hecha a ver objetos feos, cosas feas, rutinarias, desprovistas de novedad.

—¡Sí muy lindo! De aquí veo bien — respondía la madre, distraídamente.

Una humareda gris y espesa lamía el techo de la fritanjería. Alrededor de la gran mesa de tabla de álamo, las cabezas se inclinaban pesadamente.

El dinero. ¡Hacer dinero!

Cuantas veces durante la tarde, ella sintió la necesidad de estarse solita en su alcoba; de arrojar a la calle a esa gente, de romper un mueble o una vida. Pero irrumpía la

chica, juguetona, fresca; con su lengua de trapo le decía “ma-ma”, y entonces ella olvidaba el cansancio y las ideas tristes, y con el corazón henchido de conformidad empuñaba de nuevo el timón e irguiéndose sobre sí misma y ante los demás con una energía delirante, daba órdenes y más órdenes, sin abandonar el fogón donde crepitaban las teteras, la alegre sartén, la ollita repleta de chancaca olorosa y rubia...

Sobre un pequeño mostrador improvisado cantaban las monedas o rodaba algún billete del que había que dar vuelto.

—Uno cuarenta, y sesenta son dos y tres son cinco y cinco diez. ¿Ta conforme?

—Sí, claro — decían casi unánimemente los “niños”, cogiendo el dinero con displicencia elegante, unos; otros, con un visible desprecio; los más, con la fanfarronería propia de una persona pudiente que rehusa toda comprobación en beneficio ajeno.

Al anochecer, la viuda encendió las lámparas de gas acetileno, y dirigiéndose a los parroquianos que quedaban — dos parejas y unos pocos hombres con caras de aburrido — advirtió:

—Comida hecha y amistad deshecha, caballeros: es hora de cerrar.

Una voz agría protestó:

—Mujer odiosa ¿ha visto?

Pero no tuvo eco y las parejas salieron a la calle, con el subersivo.

—Antes de irse me lava estas copas, Cupertina; recoja la basura, limpie — advirtió la Ufra, derrengada espantosamente.

Sobre el piso, entre los salivazos, nadaban las colillas de cigarro, las cáscaras de fruta, los trozos de pan, y restos de

empanadas y horquillas y papeles sucios que esa marejada humana arrojó al pasar.

Un vaho azulino empañaba la luz de los chonchones.

—Cincuenta, sesenta y dos, cien; ciento, tres, ocho...

Una fortuna. Entre el tintineo de las copas y el áspero gruñido que exhalaban los quemadores de las lámparas, sonaban las monedas con un alegre son metálico.

—Pa usted; para comprarle un vestido lindo, ropita interior bordada, juguetes — dijo, enseñando a la guacha el montón tentador.

Con el barullo no sintió que llamaban a la puerta, ni vió nada hasta el momento en que el hombre, un muchacho de uniforme obscuro, no estuvo delante de ella.

Por él supo que el guaina no se moría.

—¿En San Vicente, dice?

Respiró con amplitud, voluptuosamente, y luego, dirigiéndose a la chica que hacía el servicio extraordinario, dijo:

—Descanse un rato, Cupertina; coma y después se arregla para que vayamos con la niña a ver los fuegos artificiales a la Pila del Ganso ¿quiere?

Habló impetuosamente de las piezas fantásticas que ella había visto quemar en los dieciochos anteriores. Cogió al azar un billete de diez pesos y un puñado de monedas.

Irían a los fuegos, darían un vueltecita en tranvía por el centro de la ciudad, de la que conservaba el recuerdo fastuoso de las ventanas llenas de luz de los almacenes, el de las mujeres elegantes. Después tomarían un refresco en alguna dulcería del barrio Estación, y se vendrían a casa trayendo pasteles para comer, a modo de cena, antes de meterse en la cama.

—Mi guacha va a divertirse de lo lindo — exclamó —

alzando a la mocosa entre sus brazos, besuqueándola en los labios, en el cuello moreno, en las mejillas, sobre el lunarcito que, heredado de su padre, lucía en el ángulo del mentón.

Sufrir, gozar: la eterna alternativa.

Un malestar inexplicable, como una nube huidiza en un cielo de verano, obscureció de pronto el luminoso paisaje interior.

Se está alegre, y de pronto, por nada, sobreviene un miedo, una como vergüenza de confesar la alegría, una timidez, una especie de arrepentimiento...

Un coche pasó desparramando canciones por delante del cuarto.

—Cupertina ¿qué hubo? Rocée el rescoldo antes de salir; apague la lámpara; apriete bien la puerta ¿me oye?

Una musiquita de circo galopaba en el eco frenéticamente.

—La cueca del payaso, Menita. Yo le voy a enseñar la cueca del payaso para que la cante.

Traa... la... ri

Tra, la, ra.

#### XIV

Una luz verdosa y caliente lamía el piso de la gran sala hospitalaria, dotada de altas ventanas que miraban hacia un jardín rodeado de corredores espaciosos a cuya vera crecían las plantitas en flor y los naranjos destinados a solazar la convalecencia de los enfermos que, sentados en los escaños o al borde de las soleras, comentaban sus dolencias o ensayaban los primeros pasos después de la operación, arrastrándose lenta y pesadamente con ayuda de un bastón de fabricación casera o de un par de muletas, mientras los más alentados, para estimularlos en el entrenamiento, aplaudían con un entusiasmo de chicos que se sienten próximos a reconquistar su libertad.

Al fondo, sobre una peana rodeada de cirios que se re-toreían con el calor, entre dos farolillos rojos, un santo barbudo velaba la siesta de los enfermos: una veintena de hombres silenciosos que yacían en sus camas, recostados en las más caprichosas posturas. Cabezas y brazos rematados en enormes muñones de algodón albeaban sobre las sábanas de tocuyo amarillento. Un amputado de las piernas, un muchacho rubio, de facciones delicadas, roncaba como aplastado bajo el peso de la gran barriga de elefante que dibujaba el corbetor, suspenso de un arco de madera para evitar el roce con la parte operada. Por la comisura de los finos labios transparentes, escurríase un hilillo de saliva, lento, inagotable.

La Eufrasia se detuvo junto al lecho del adolescente para reparar sus fuerzas agotadas a causa de la caminata y del calor. En la atmósfera caldeada y húmeda mezclábanse el olor de los desinfectantes y el de las exudaciones íntimas de los cuerpos. Un tufo a petróleo se desprendía del piso dificultando la respiración.

Con el solazo, las pupilas de la viuda se desorientaron lamentablemente. Lechos, mesas e imágenes daban vuelta delante de sus ojos con una vaguedad precipitada.

La llegada un tanto sorpresiva de la mujer avivó los sentidos de la pobre gente. Mozos jóvenes sometidos a un régimen de forzada continencia, olisquearon, como un hálito incitante, ese soplo que les enviaba la vida en la hora de la postración dolorosa, cuando el cerebro vaga inactivo.

Troncos crispados de angustia, cabezas rematadas en inmensos turbantes blancos por donde asomaban los cabellos pegajosos y sanguinolentos como una extraña floración; extremidades emboladas con vendas y algodón, rostros pálidos y manos exangües se agitaron en la claridad verdosa que inundaba la sala. El amputado rubio, con sus grandes ojos azules enfebrecidos por el deseo impotente, la observó de alto a bajo con voluptuosidad. Esbelta, luminosa, tentadora, esa mujer de senos opulentos y sólidas caderas que irrumpía en la cálida soledad de la tarde, debió excitar su sensibilidad de macho joven con una violencia atroz. Irguió el tronco, apoyándose sobre los codos. Un gruñido débil, como el lejano rechinar de una tuerca mohosa, se ahogó en su garganta. El dolor de la herida, intenso, brutal, lo echó de espaldas. Su rostro se descompuso hasta la fealdad, crispáronse sus labios, sus dedos transparentes. El infeliz hizo una mueca, exhaló un quejido, y después cerró los ojos, sumiéndose en un sopor fatigoso...

El sirviente de la sala, obsequioso y amanerado como una damisela, la guió hasta el número catorce.

De espaldas sobre la alta colchoneta, Angel Jeria — Angelito — aguardaba tranquilo la llegada de la amiga cuya presencia advirtió desde el primer momento. La mañana anterior había sufrido el raspaje brutal y la sutura del cuero cabelludo. Un bonete de gasa le cubría el cráneo y la frente hasta la altura de las cejas. El bigotito negro y pelusiento sombreaba el labio grueso y amoratado.

—Sufre, m'hijito?

—Agora menos que esta mañana y que ayer... Y usted ¿cómo está?. L'iba avisar pa que viniera, pero usted la malició antes, me creo.

Hablaba de un modo incoherente, sobreexcitado por efecto del cloroformo, del que conservaba un recuerdo desagradable y angustioso en la mente, y en la boca un tufillo harto difícil de disimular.

—Un ahogo del diantre — explicó — y cuando se güelve del aturdimiento, una sé y una repunancia pior que la e la curadera.

Nervioso, con esa nerviosidad febril que se apodera de los operados al recuperar el contacto con la realidad, el muchacho balbuceaba frases sin sentido.

—Cállese, le va a hacer mal tanta conversación — interrumpió, alarmada, la Eufrasia, inclinándose al borde del lecho para acuñarle las sábanas.

Los enfermos observaban al herido con una envidia triste y lujuriosa.

—A usted su negra no va a permitir que lo dejen abandonado como a estos pobres ¿no le parece? — suspiró la viuda.

—Con la nombrá el dieciocho, la gente no si acuerda e la parentela en desgracia ¡ mire!

Y Angelito, alzando una mano, recorrió la sala, poblada de caras desconocidas, entre las cuales, él, como enfermo nuevo, no lograba orientarse.

—De primera — dijo — uno si halla como pollo en corral ajeno.

Y mirando al santo barbudo, agregó:

—La monjita, cuando pasó enta mañana, dijo que l'iba a rezar pa que me aliviara pronto.

—Y yo también, mi negro — prometió la Ufra.

En esa atmósfera saturada de emanaciones íntimas, bajo la cual tantas veces debió escucharse el aleteo de la muerte; en esa atmósfera espesa y cálida, la viuda comenzaba a experimentar un intenso, un inconfesable malestar. Veinte hombres con la mirada desnudadora dirigida a ella tejían en aquel momento un pensamiento, un anhelo bestial: hacerla suya. El chirrido de los catres, entrecortado, áspero, meloipeizaba el despertar del sexo.

—¡ Mi chiquillo! — suspiró, temblorosa.

Envuelta en un como vaho perturbador, la Morales casi no podía articular palabra. A lo largo de las venas su sangre borboteaba ardiente e impetuosa como un chorro de plomo fundido al calor de una vergüenza irreparable.

Se miró a sí misma: la blusa excesivamente ceñida al cuerpo, la falda corta, el escote abierto como un enorme corazón cuyo vértice acariciaba los pechos de pezones visibles en la transparencia de la tela; todo contribuía a excitar a los infelices en esa hora solitaria.

Jeria la hizo señas para que le alcanzara un vaso de agua de la mesita de noche.

—Siéntese con toa tranquilidad, no tenga mieo — dijo con cierta exaltación, después, señalando hacia los pies de la cama una holladura cómoda donde podía reposar.

Por la entreabierta camisa, el muchacho dejó ver el pecho viril, sombrío como una selva, duro como una corteza. Ella hendió una mano en la tibia penumbra palpitante. Sus dedos se enredaron agradablemente en las sinuosidades del tórax, abriéndose, escurriéndose como piernas de abanico en un largo tanteo voluptuoso.

—¿Sufre? Si le estorbo, diga no más.

Angelito, pálido y sin fuerzas a causa de la hemorragia, debió sentir una laxitud muy semejante a la que experimentaba de niño, cuando su madre, a pleno sol, revolvía el peine en su cabellera para extirparle los bichos. Cerró los ojos.

—¿Ta cansado?, mi negro.

Con mano cordial acarició la mano de Angelito; mano reseca, dura como sarmiento expuesto al sol.

—Algo cansao, sí; pero no se vaya entodavía — suplicó.

—Tome otro trago de agua: eso le hace bien, creo.

El turbante blanco osciló en señal de negativa. La Ufra vió el cuajarón de sangre prendido entre los cabellos como un broche de forma caprichosa. Se inclinó al borde de la cama, y fuera de sí, hundió sus labios sedientos de caricias en la profundidad enmarañada del pecho.

Al contacto de esa piel, una contracción voluptuosa oscureció la mirada de la viuda. El muchacho dobló las rodillas y exhaló un suspiro de impotencia.

—Yo tengo la culpa ¡qué atrocidad! — suspiró la Ufra, viéndolo en esa actitud de vencido.

Una risita sarcástica volcó el cubo de agua helada que hace enrojecer de vergüenza a los enamorados que contravie-

nen las leyes de la decencia, besuqueándose en la vía pública. La viuda escuchó, llena de rubor, un carraspeo, un ¡ejem! que partía de las camas vecinas, alternando con estertores dolorosos que lanzaban los infelices a intervalos.

—Alcánceme el tiesto — pidió Jeria — aludiendo a la tasa en que se sirve el agua a los enfermos.

Una leve rojedad pintó en sus mejillas morenas. Bebió lentamente, a sorbos, el líquido fresco.

—Gracias; no quiero más — dijo enseguida.

Entre ella y él se abrió un paréntesis frío, hostil; el eterno paréntesis de la reacción.

Mientras afuera la alegría dieciochera desparramaba sus últimas notas, el campanil que anuncia la llegada de nuevos enfermos sonó muchas veces con su “don—don”, lejano y melancólico. Unos camilleros tiraron un cuerpo sobre una de las camas de la sala. El practicante acudió a reconocer al recién llegado que daba voces lastimeras como de animal torpemente sacrificado.

—Angelito, una cosa le tenía que preguntar...

La pobre dió una porción de vueltas antes de abordar el asunto con precisión.

—El viejo está preso; por algo digo yo que ha de ser ¿no es así?

El la dejó decir. Bajo las cejas erectas por la compresión del vendaje, sus pupilas miraron fijamente, con dureza.

—Lo del recado de Tarro de unto es una falsedad, palabra. Lo otro... güeno, las cuentas si arreglan después, Ufrasita — soltó, sin alterarse, como si las palabras respondieran a un plan meditado e inamovible.

—Una traición; yo pensé...

—Porquerías no faltan: al finao e mi paire se la jugaron

una vez, pero el viejo tenía su maña, y tantito se presentó la ocasión se las devolvió y juerte.

—A mí, el sargento...

—Oiga, mi negra — atajó Jeria — si quiere que no pe-liemos eje al sargento a un lao y escúcheme a mí.

—¿Para que lo maten de veras?

—Si le preguntan alguna cosa — continuó — diga que usted no tiene conocimiento de ná: con cárcel la traición no se paga, mi negra, y uno es hombre, y los hombres se hallan, usted sabe.

La viuda contempló al muchacho con admiración.

¡Un hombre! Ella siempre había dicho eso de él; siempre.

Sin pizca de rubor, altiva, orgullosamente paseó la vista a lo largo de la sala. Esos infelices de rostro desencajado que mordían su dolor sin proferir un grito, le infundían conmiseración. Un deseo de gritar su calidad de amante se apoderó de ella; pero se contuvo, por respecto al Crucificado cuya imagen pendía de la pared; por respeto al santo barbudo, tan imponente; por respeto a las monjitas y a los pobres enfermos, entre los que había algunos casi moribundos.

En la cama de al lado de la de Jeria, un sujeto de espaldas anchas y cuello afeitado a la americana leía un periódico en voz alta, deletreando las palabras como los escolares el silabario. Sus manos sólidas y cuidadas, el blancor de la piel, su excesiva corpulencia, el peinado parecían corresponder a ese tipo de hombre ocioso que vive y engorda a expensas del sufrimiento ajeno. Por encima del periódico miró hacia donde ella estaba, varias veces. Angelito explicó la procedencia del vecino: era de Valparaíso. En Santiago, apenas llegó, con motivo de un negocio, una noche que celebraban una fiesta en casa de unos conocidos, le metieron una bala que le astilló la rodilla

derecha, y ahí estaba el pobre sufriendo las consecuencias de la tercera operación.

—El gallo ha viajado por todo el mundo y sabe más cuentos que no se qué — anticipó Jeria, en voz baja. — Como somos vecinos y el dolor de la pierna no lo deja dormir, él anoche me conversó largo y enta mañana tamién.

La Eufrasia, viuda a su modo y con más conocimiento de la vida y de las miserias de la ciudad, no compartió en modo alguno el entusiasmo casi infantil que experimentaba Angelito en presencia de aquel hombre. Su instinto de mujer se reveló cuando por encima del diario asomaron esos ojos impertinentes, duros, y una sonrisa un tanto equívoca.

—Mi negro, oigame — suspiró.

El recuerdo de los sujetos que ella había conocido tan de cerca en su calle, la hizo palidecer. Explotadores de mujeres, holgazanes; hombres que pisan fuerte y escapan a tiempo, existían hasta en la casa donde ella alquilaba un cuarto.

—Esa amistad no le conviene, Angelito— advirtió — se lo digo por su bien: no le conviene. Si le habla, contéstele, pero nada más.

Su Fide, débil de carácter, flojo, fué una víctima de los malos amigos. Ella, con su trabajo, contribuyó a fomentar vicios ajenos, como otras mujeres lo hacen con su cuerpo.

Y Angelito, ¡una criatura! No, eso no — pensó, estrujando los paquetitos donde se trajo un poco de azúcar, galletas, pan y otras golosinas para que él comiera.

El muchacho que no entendía las rarezas de las mujeres ni le interesaba gran cosa entenderlas, juzgó oportuno acabar con la cuestión de cualquier modo.

—Con no hacerle juicio si arregla too, Ufrasia. Yo, pa-

labra de hombre que no güelvo a platicar nunca más con él ¿ta contenta?

Mientras hablaban, el practicante, premunido de una jeringuilla que extrajo con ayuda de unas pinzas del fondo de una palangana de agua hirviendo, comenzó a repartir inyecciones a troche y moche. Pulseaba a los enfermos, y ¡zas pinchazo! Como constancia, antes de marcharse, trazaba unas líneas en el gráfico que colgaba de los barrotes, a los pies del catre del paciente.

—A usted lo operaron ayer... Pulso firme, tranquilo: bien.

Interrogándose y respondiéndose a sí mismo, el hombrecito llegó a la conclusión de que todo marchaba normalmente.

—Coma poco esta noche y si no obra, avise para darle aceite mañana temprano — previno.

Cuando parecía terminada su misión, reparó en la visitante, y en voz alta, como si dictase una orden de carácter general, advirtió.

—Menos habladuría, caballeros. Y ágil, nervioso, saltó a la cama de enfrente, y de ahí a la del lado.

En sus ademanes un tanto precipitados y en la manera de vestir, advertíase el deseo de terminar pronto con la obligación para luego largarse a la calle.

—El martes, día de visita, me vengo tempranito para estar con usted lo más que pueda — dijo la Ufra — ¿no me hace ningún encargo? alguna cosita de comer que sea de su gusto y que no le caiga mal al estómago ¡pida no más!

El practicante, al salir, cerró la mampara de acceso a la sala. Por los cristales de las ventanas laterales, entraba una claridad opaca, triste.

—Traiga a la chiquilla — suplicó Jeria —. Aunque no:

puee asustarse viendo tanta calamidá — se desdijo enseguida.

Una monja anciana que entró sin que ellos se dieran cuenta, trataba de hacerse oír del moribundo que trajeron los camilleros.

—Hágale un empeñito pa dormir — balbuceó la viuda.

A la pobre se le oprimía el corazón de pensar que el chico iba a quedarse solo en medio de tanta podredumbre, de tanto dolor, de tanta agonía.

—Hasta el martes, ya le dije: tempranito estoy por aquí Afuera cantaban los pájaros.

El amputado rubio, Angelito, el vecino malo y el moribundo, con la vista clavada en el techo, dentro de esa horrible sala, experimentarían la angustia del crepúsculo, y más tarde, contando las horas, el tedio que con tanta largueza derrama la noche, les oprimiría el corazón...

Los tranvías, empavesados con el tricolor dieciochero, rodaban veloces a lo largo de la anchurosa avenida.

¿Para llegar más pronto?

¡Bah!

La viuda se coló por una de esas callejuelas amplias y frescas como calles de provincia; calles que tienen árboles y casas de un piso. Llegó a Maruri, y bajando hacia el río, por Borgoño, salió al puente Manuel Rodríguez.

Frente al Parque Centenario, a un lado de la vía por donde cruzan los trenes del norte, en un claro rodeado de eucaliptus, se alzaba una pequeña casucha solitaria dentro de la cual lagrimeaban unos pocos cirios, estirando sus lengüetas ávidas para recordar al viandante alguna trágica muerte.

Del otro lado unas mujeres cargadas de cintajos de colores detonantes alborotaban el silencio con sus gritos. La Eufrasia las observó con curiosidad: eran seis en total, y un hombre,

los que sentados en pisos de totora, delante de una casa donde había un letrero que decía "Bar estoy mareado", hacían aquel estruendo irreverente y absurdo.

Un soldado que venía haciendo equis por la calle, se metió al bar, y tras él corrieron dos de las muchachas, agitando sus adiposidades.

Después asomó un policía, y las hembras, dando voces de espanto, desaparecieron por un pasadizo obscuro.

El recuerdo de Fide se agolpó en su cerebro.

—Animas benditas del Purgatorio — oró.

La noche colgaba sus trapos en la copa de los eucaliptus grises cuando ella se decidió a reanudar el camino.

En el primer tranvía que pasó por San Pablo se montó, como pudo. La masa oscura y sudorosa que se apelonaba en el interior, no le causó asco ni le irritó los nervios como otras veces.

Se echó en el rincón que un jovencito galante desalojó para ella; apegó la frente al marco del ventanillo, y mientras las casas desfilaban a lo largo de las aceras, por delante de los ojos, en su interior sintió desbordarse una alegría extraña, insólita.

Todo tiene su límite — pensó la Ufra, al tratar de explicarse el fenómeno. De otro modo, la vida no sería vida, ni nada — suspiró después.

—Buscan, mama.

La Ufra, con el dorso de la mano se enjugó el sudor que acerquillaba sus cabellos, y alzando el busto por encima de un montón de ropa blanca, miró hacia la puerta.

—Si es algún conocido, adviértale que hasta la tarde no se trabaja — dijo, y a regañadiente, después, profirió palabras destempladas, producto de la ira que fermentaba en su cerebro a medida que el calor de la mañana enrarecía el aire.

—¡Rotos de moledera! ni lavar sus mugres la dejan a una ¿ha visto?

Un señor grueso y un jovencito de lentes, que traía una enorme cartera debajo del brazo, interrumpieron el soliloquio.

—¿Usted es la señora...?

—¡Eufrasia, pa servirle! — declaró la viuda, anticipándose al interrogatorio.

—Doña Eufrasia Morales ¡bien! — completó el caballero, consultando un papelucho que blandía entre sus dedos cortos y gordos como una amenaza, o acaso mejor, como la pieza probatoria con que el juez, sin decir agua va, aplasta al acusado en el momento oportuno.

En el primer momento, a causa de la vislumbre, ella no distinguió la calidad de los visitantes, ni nada. Pero esa cartera y esa desfachatez la indujeron a pensar que estaba en presencia de dos hombres habituados a violar la propiedad pri-

vada, de dos ladrones de los secretos ajenos; tal vez de dos miembros del Ejército de Salvación, de dos agentes de policía, de dos recaudadores de la compañía eléctrica, o sencillamente de dos hermanos de alguna de esas sociedades de beneficencia que se encargan de complicar los enredos amorosos del proletariado.

Con la impresión no atinó ni a ponerse en pie ni a escamotear de entre el montón de ropa recién lavada una prenda demasiado íntima, y sobre la cual apuntaron los lentes de oro del joven, con fijeza.

La comba del pecho, tensa hasta lo indecible, subía y bajaba con celeridad. El viejo, obeso, rechoncho como una damajuana, ocultó el papelito para observar con mayor libertad la tempestad bravía y armoniosa que se desarrollaba a flor de tela.

Su bastón — una víbora enroscada a un palo nudoso que asía por la cabeza con placidez — un momento pareció impacientarse.

—Los caballeros dirán si puedo servirles en algo — balbuceó la viuda, impaciente.

Y como carecía de penetración psicológica se incorporó torpemente y miró a los recién llegados cara a cara.

Oliverio — ella se enteró del nombre por boca del viejo — que había permanecido sumido en una aparente calma mientras la Ufra se mantuvo encucillada, codeó al caballero con el codazo implacable que llama al cumplimiento del deber.

—Don Zenón — carraspeó, muy serio, muy grave.

Don Zenón, el violador de la propiedad y de los secretos ajenos, exhaló un quejido al reintegrarse a la normalidad. Sus bigotes de funcionario, flácidos bigotes ribeteados de nicotina, recobraron cierta vida cuando, sobajeando el pape-

luchó entre sus dedos de araña, empezó a hablar de la "denuncia".

—Aquí está, vea — dijo, enseñando a la distancia una hojita pringosa.

—Una maldad, señor — protestó la viuda —. De mí nadie puede decir nada; no doy motivo...

El funcionario, convertido en prestidigitador de la moral y las buenas costumbres, barajó una porción de papeles, y fríamente, hizo la enumeración de cargos:

1º Usted vende licor.

2º Usted no ha pagado la patente.

3º En su negocio no se cumple la ley de descanso dominical.

Por el cuello de goma se deslizaban espesas gotas de sudor. Oliverio, con la estilográfica, recogió todas sus palabras, y con ellas llenó los blancos del documento.

—¿Licor en mi casa?... Compré un chuico de vino hace días, no lo niego; pero aquí — puede preguntarle a los vecinos, a la policía, a quien quiera — la gente no ha bebido nunca una gota, ni yo aceto que entren curaos — vociferó la Ufra.

El vejete escuchaba con la mayor indiferencia.

—Cuando una es pobre, todos se creen con derecho para hundirla; eso es.

Don Zenón cortó en seco el discurso.

— Señor Pinto, compruebe la efectividad de lo que esta señora dice — ordenó y volviéndose hacia ella: usted no se mueva de donde está.

Mientras Oliverio urgaba a tientas en los rincones, don Zenón y la viuda se enredaron en una charla íntima y cordial. Lo de la denuncia — nunca faltan despechados que hagan el papel de delatores, observó el funcionario, era efectivo, y su

presencia en la casa se debía a que los jefes se hacen eco de cualquier anónimo para ordenar una investigación.

El buen hombre habló de sus hijas con emoción:

—Cinco muchachas, señora — balbuceó, contándolas con los dedos para no equivocarse.

Después de referirse a lo espantosamente cara que estaba la vida y a la crisis de novios, cogió a Oliverio por su cuenta, calificándolo de “mozo buenas tanas”, al que él podía hacer callar si la señora...

—Diga no más, don Zenón.

Don Zenón corrigió la posición del cuello de goma, el cuello vergonzante que guillotina las papadas de los padres con muchos hijos, y soltó un cifra:

—Cincuenta ¿qué le parece?... Somos dos.

—¿Y encima la patente y la multa?

—Eso es cosa suya. Yo hago lo que puedo por aliviarla; hago lo que puedo, y créame usted... el servicio me significa el puesto.

—Pero es que ahora...

—Mañana o pasado da lo mismo; arregle lo de la Tesorería primero que todo y cuando yo vuelva a revisar los comprobantes, entonces...

Con las gafas consteladas de luz y un chuico que llevaba como una criatura entre los brazos, apareció Oliverio, dando voces:

—¡Don Zenón aquí está!

—¿Qué?

—El licor que usted buscaba. Lo hallé escondido debajo de un catre, en un montón de ropa cochina ¡qué asco! mire.

El funcionario se rascó la calva para dar a entender que un hombre justo debe buscar soluciones adecuadas antes que

dejarse influenciar por las impresiones que reciba en el curso de una investigación.

—Vino de mesa: la señora declara, y está en condiciones de probarlo con el testimonio del vendedor, que lo compró para su uso personal ¿no es así?

—Así, cierto. Y si duda, hable con el godo del bar.

—Además — continuó diciendo don Zenón — existen pruebas de que el chuico no ha sido abierto.

Oliverio, con sus ojos de pescado clavados en el jefe, oyó pronunciar la palabra final, injusta, desconcertante y profundamente desmoralizadora para un joven que procede con recitud.

—No fué eso lo que yo le pedí que comprobara, señor Pinto — observó el inexorable don Zenón, desbrozando una risotada grotesca que amenazó la estabilidad del cuello de goma.

Oliverio, con la estilográfica, borró la enumeración de cargos y puso lo que el jefe dictó. Después enfundó los papeles en la gran cartera, y con paso oprobioso salió a la calle.

—Buen muchacho, pero quedado — rumoreó don Zenón al oído de la viuda...

Ella los vio alejarse paso a paso. Como mineros ávidos en busca de un nuevo filón, iban tentando los números de las casas, atisbaban por las ventanas, por detrás de las puertas. Frente a la pensión de misiá Orfilia — pensión para matrimonios respetables — don Zenón hizo un molinete con su víbora.

—Cien, lo menos — calculó la Ufra, escuchando los golpes del llamador — y si halla mujeres en la casa, ciento cincuenta o doscientos...

Con la notificación del viejo empezaba para ella una nueva etapa en la vida comercial: la etapa legal, la del encasillamiento en las disposiciones municipales; la que autoriza las suspicacias, la que abre el apetito de los funcionarios.

Pero aparte esto, lo que la preocupaba era lo de la denuncia.

—Abusar así de una pobre viuda — suspiró, dándole al estado civil un sentido humano recio, consistente, hondo.

Esas caras zurcidas que solían verse en los conventillos, eran caras de delatores, caras de hombres que violaron el principio de solidaridad vendiendo al compañero, al vecino, al amigo.

—No se puede ser compadecida ni guardarle la espalda a nadie con esta gente — monologó, mientras amontonaba los dineros que conservaba en su cajita de latón, cuidadosamente.

¡Cuarenta y un pesos! El problema era grave: no tenía con qué pagar.

Con la desgracia de Angelito, y antes, con las compras, estropeó al presupuesto.

Hizo el inventario del menaje; pero los cincuenta de don Zenón no se cubrían en modo alguno.

Ella tuvo la visión de algo trágico.

En un día o en dos no era fácil reunir tanto dinero. Al cuarto, indefectiblemente, don Zenón, con su ignominioso cuello de goma y su culebra agresiva, caería en la casa; invocaría el nombre de sus hijas, vociferaría y sacando a flote los papeles, las órdenes, todo ese diabólico engranaje de funcionarismo, se echaría sobre ella para estrangularla sin piedad.

—Con el cierre nos matan de hambre, guacha — suspiró.

Pero, ¿por qué el cierre, la terrible herradura delatora?

Ella se había visto en peor situación, y sin embargo, no pasó nada.

Puesta en cuclillas delante de la artesa de lavar hundió los brazos morenos en el agua crespada de lavasa.

—Pa todo hay remedio en esta vida, menos pa la muerte — se dijo, sintiendo en la piel el cosquilleo del líquido fresco y burbujeante.

Como esa tarde había visita en el hospital, quien sabe si hablando con el guaina o si yendo por la calle no encontraba una solución apropiada, una combinación que le permitiera zafarse de las garras de don Zenón.

—¡Viejo, hijo de una gran perra no más! Viejo abusivo, estafador.

La viuda cogió un cepillo de rama, el jabón, y reanudó la faena. Sus pechos, recostados en la curva del vientre como dos frutos espléndidos, se aquietaron cuando desembarazada de pensamientos hostiles, canturreó una canción; la canción que endulza la fatiga, el tiempo:

Tengo el corazón herido  
Y las heridas me duelen,  
Tengo el corazón herido  
Y las heridas me duelen.  
No está muy lejos de aquí  
El que curármelas puede,  
No está muy lejos de aquí  
El que curármelas puede.

## XVI

El muchacho tuvo fiebre, una fiebre cilla tonta y solapada. Don Amilcar, el practicante, la enseñó un tablerito lleno de rayas que, según él, indicaban las alternativas de la temperatura, el estado del pulso y otros pormenores más o menos íntimos, relacionados con la marcha de la enfermedad.

—Supuración localizada en los puntos de sutura — explicó —. El caso se presenta de tarde en tarde y casi nunca con caracteres de gravedad, como podría ocurrir si se produjera una septicemia o el tétano.

—Usted cree...

—Sí, claro — sentenció el practicante en cirugía menor — Cuando no aparece ningún síntoma, es señal de que...

Titubeó un segundo buscando un término lo suficientemente complicado como para no darse a entender, y luego, sin perder ni un ápice de su gravedad, agregó: — el organismo se defiende y resiste, sabe.

La viuda se marchó dejando al enfermo sumido en un letargo que venía prolongándose desde la noche anterior. Sus dientes sólidos amarilleaban al borde de sus labios entreabiertos y unas chapitas encendidas coloreaban sus mejillas, salpicadas de pelos aquí y allá.

En la calle, que olía a asfalto en ebullición y a todas las emanaciones del infierno, los transeuntes caminaban despaciosamente, achatados por el calor.

Pasó un modesto cortejo fúnebre, y la Ufra tuvo la impresión de que el cadáver hedía como esos animales reventados que apestan los caminos, esparciendo un olor pegajoso, intolerable.

Los cincuenta de don Zenón, como una realidad macabra puesta a flote en su conciencia, asociáronse a la impresión que le causó el cortejo fúnebre.

Con la recaída de Angelito, comprendió la viuda que fracasaba uno de sus golpes. El muchacho que pudo aconsejarla, dirigirla, darla una idea o cuando menos compartir con ella la responsabilidad de la situación — lo que no es poca cosa — estaba malito, con esa fiebre y la caterbada de cosas raras que mentó don Amilcar.

En el tranvía casi desierto, casi fresco, la Ufra se entretuvo en lengüetear un bañito de helados que acababa de comprar a un vendedor ambulante de por ahí. A medida que el contenido ligeramente áspero y aparentemente sólido del bote se derretía con el calor de la lengua, escurriéndose a lo largo del tubo digestivo con un escalofrío adormecedor, sus nervios tensos e irritados entraron en un período de placidez, de abandono. Las glándulas salivares comenzaron a secretar líquido en abundancia. Un caballero, tal vez un diabético o un dispéptico crónico, volvió la cabeza en señal de protesta, y señaló el cartelito en que la empresa de tranvía suplica a los pasajeros que se abstengan de escupir en el suelo.

Como en el calendario hay el viernes 3 de la fatalidad y otros días en que los acontecimientos coinciden y se suman para hacer de ellos un día feliz, la viuda debió pensar que éste podía ser el día de la asociación de ideas: en efecto, la presencia de aquel señor de maneras un tanto bruscas, le recordó a don Guido. El vecino de viaje lucía el mismo tongo inadap-

table al tiempo; tenía la misma manera de sentarse, y algo de su anacronismo, de su ridiculez.

¡Don Guido!

¿No era esa una solución, una magnífica solución? La viuda se golpeó la frente, y alborozada, como un eureka, lanzó el nombre de don Guido.

Un préstamo insignificante, después de todo, no significa gran cosa. El gringo era reservado, servicial, poco amigo de mezclarse en chismes de comadre soltera, y luego ¡tratándose de ella...!

—Cien pesos no son pa matar a nadie — calculó, optimista.

En la Alameda tomó el tranvía que había de llevarla directamente a la Estación.

Cien, que más da. El musíu, arruinado y todo, aflojaría los pesos sin que Angelito se percatara de nada. Lo más importante era eso: que Angelito no supiera jamás que ella había solicitado dinero de otro hombre, y menos de don Guido.

Al cruzar la vía férrea, en Matucana, sintió un temblor en las piernas, un desfallecimiento. Pero pensó en don Zenón, en la herradura que éste haría fijar sin miramientos en la puerta de casa; pensó en su chica, en el hambre, en la vergüenza, en lo que tendría que gastar y que correr para rehabilitarse, y esto le infundió coraje.

Una indignidad u otra da lo mismo al fin y al cabo — se dijo para reconfortarse.

En "La Chilenita" había desaparecido la caja registradora y la máquina para trinchar los fiambres. Un hedor a humedad, a cosa sucia, rancia, flotaba en la atmósfera. Las salpicaduras de las moscas moteaban los cristales.

—¿Qué desgracia la trae por acá? señora Ofrasia — saludó el napolitano, incorporándose dificultosamente, como si le

costara un trabajo infinito vencer la resistencia que le oponían sus articulaciones de artrítico.

La viuda recibió el golpe sin chistar. Era doloroso, humillante, y no se atrevía ni siquiera a insinuar la cuestión. Un rato estuvo buscando un resquicio que le permitiera escapar sin que él se diera cuenta de los móviles que la indujeron a ir a su casa.

—Yo le diré, don Guido... tiene usted razón — balbuceó azorada, angustiosamente.

La pobre pensó que no podía volver atrás.

—Hable, conte... lo amico son lo amico — suspiró don Guido —, agregando: yo hice una broma porque oí que tú venía a comprar e no...

—Una aflicción tremenda, señor Lambertuci; me acordé de usted y vine... El que puede auxiliarme en este caso, pensé yo, es don Guido; el único, y por eso...

—¡Non faltaba más!

—El favor que tengo que pedirle es muy grande, y tal vez usted se vea apurado para hacérmelo.

—Siendo tu, incantado, Ofrasia.

Pero cuando la cifra precisa, exacta, redonda detonó en los tímpanos de Lambertuci, éste se puso intensamente pálido.

—¡Cristo! Cien ¡nada menos?

—Si no es mucho sacrificio, cien — insitió la viuda —. Si no puee, haga de cuenta que no he dicho nada, y tan amigos como antes, don Guido.

El napolitano se dió cuenta cabal del peligro y no puso ninguna objeción para barajarlo. Hay cifras susceptibles de sufrir mengua, pero ésta no.

Con la saliva más viscosa que secretara en su vida, Lam-

bertuei se untó las yemas de los dedos y comenzó a contar los billetes pausadamente.

—Treinta, cuarenta.

¡Pobre musíú! Vació el cajón de los dineros, y se quedó mirándola con ojos suplicantes.

—Non se vende nada ¡vea! — balbuceó —. Pero si aguarda un momento, voy in casa.

Ella lo vió desaparecer bajo el calado abierto al fondo de la estantería como una de esas puertas de “camouflage” que figuran en las novelas policiales, en los folletines. Comenzaba a arrepentirse, cuando he aquí que don Guido hizo su entrada triunfal, trayendo los treinta y cinco del saldo por enterar.

—Listo el bolo — gritó — y descubriendo la existencia del truco, dijo en seguida:

—Lo acreedore e quente rica y puede esperar.

—Si hubiera sabido que usted iba a hacer eso, no vengo: meterse en un berengenal por servirla a una ¡qué barbaridad, Señor!

—Non diga macana, Ofrasia.

—Es la purita verdad. Pero por el pago no se aflija ni pase cuidado, don Guido. El negocio, al fin, da sus chauchitas y rejuntando algo todos los días, una puede cumplir con los amigos.

—Lo amico — repitió el bachicha como un eco que se arrastra lánguidamente a flor de Dios sabe qué pensamiento inconfesable, de qué nostalgia.

—Perdone la confiansez, señor Lambertuei — exclamó, al margen de toda comprensión, la viuda.

Entre ambos, insuficiencias insalvables abrían un abismo.

—Osté no me entiende, Ofrasia. E triste, má e así, sabe.

Bajo la áspera corteza del hombre aventurero se agitaba un sentimiento noble, savia ancestral que las ruindades de la vida no seca enteramente, nunca.

El sol de los trópicos, la vastedad de la pampa, la miseria de las ciudades donde él cambió desprecio por desprecio, humillándose, dejándose engañar, robando, en compensación, a veces; explotando al indio, al gaucho, no consiguieron destruir su fe de eterno enamorado.

En esa como aleación de instintos bárbaros y alma romántica, don Guido ocultaba una tragedia.

—A mí no ma entienden; usté tampoco ma entiende, Ofrasia — repitió.

¿Qué quería decir don Guido?

La pobre mujer, con la costumbre de pagar favor con favor, pensó que el bachicha al exagerar tanto la nota heroica, iba a exigirle una promesa cuando menos.

Pero transcurrieron los minutos y no sucedió nada. Al encender la pipa, el fósforo describió una curva temblorosa y los labios se contrajeron ligeramente. Pero nada más.

¿Qué hombre más raro este don Guido, ha visto!...

Camino de la casa la asaltó una inquietud: ¿habría sido injusta al dudar de la honorabilidad del italiano?

Los billetes empezaban a incomodarla. Se llevó la mano al seno y apretó el fajo de papeles sucios, pringosos, quemantes como un remordimiento.

Unos chicos, excitados por la actitud de dos perros que se hacían el amor en plena calle, la dijeron una obsenidad al pasar.

—Hasta los chiquillos la mean, y después quieren que una no se ponga quien sabe cómo — refunfuñó.

Y apretó el paso, sin mirar a ningún lado.

## XVII

—La morenita, esa niña que ha solido visitarlo, ¿es hermana de usted?

—¿Por qué me lo pregunta, compañero?

—Por nada. Cuando la ví esta tarde me entró curiosidad; curiosidad por el parecido, y también, porque hablando con franqueza, sabe, yo he podido darme cuenta de que ella no me traga.

La voz de los insomnes borboteó en la sala como el gotear rumoroso de un surtidor. En la penumbra, una bombilla de luz eléctrica abría su ojo pensativo, su ojo melancólico, destilando sobre las paredes una claridad inconsistente y fría. Los operados de la mañana y los que aguardaban su turno, se quejaban dolorosamente, revolviéndose en sus camas, unos; otros, sumidos en una forzada inmovilidad. Un viejo delirante, tipo de dipsómano, se echó fuera del lecho. Anduvo unos pasos sujetándose la barriga por donde apuntaban las bocas de los tubos de drenaje, y después, doblándose sobre las rodillas como un caballo despanzurrado, se desplomó en silencio. El velador acudió presuroso. Tentó el pulso, auscultó el corazón. Aquello andaba. Las consecuencias, como cuando a uno se le cae el reloj, se palparían más tarde, cuando él abandonara el turno. Viejo, flaco, lo asió por debajo de las axilas. El dipsómano exhaló un quejido. ¡Bien, que aguante! Hizo un esfuerzo y alzándolo entre sus brazos poderosos, lo tiró en la cama.

—Cuando tenga sed, aguante, amigo — refunfuñó el velador al terminar la faena.

El viejo, con sus ojillos turbios, acuosos como dos bolitas de cristal clavadas en el techo, se quedó inmóvil, resollando débil, cadenciosamente.

—El bagre éste es más fiero que Amilcar — comentó el enfermo del cuello rasurado a la americana, dirigiéndose a Jeria con esa familiaridad que suelen permitirse los que como él han permanecido largo tiempo reclusos en la sala.

Los testigos del accidente abrieron un largo paréntesis de espanto, en el que no se oía ni el más leve rumor.

Cuando la sala, después de un rato de espectación, recobró la normalidad, Angelito cogió el hilo de la conversación.

—¿Ella anduvo por acá, dice usted?

—Entró con Amilcar hasta aquí mismo; platicaron un rato y se fueron.

El, con la fiebre y el cansancio que le produjo la curación, había cogido el sueño; uno de esos sueños a deshora tan frecuentes en los enfermos que no están habituados a estarse inmóviles, y del que se sale con el horario desbarajustado y sin la menor noción de la realidad.

—Podía haberme recordado, compañero — observó Jeria.

—Pa que me palabreara Amilcar, no... estando su hermanita presente, yo no podía hacer nada.

El hombrón declaró que esa noche no podría dormir. Su vitalidad desbordante, hecha a sufrir continuas limaduras y sobresaltos, empezaba a incomodarle como un traje demasiado estrecho después de estarse días y días con la pierna rígida. Por la noche sufría insomnios, unos insomnios tenaces y rebeldes. Cuando no tenía con quien charlar, hablaba solo o canturreaba en sordina algún tango. o más frecuentemente,

una canción de esas que hacen llorar a las mujeres de las casas de diversión cuando se emborrachan.

A Angelito le incomodaba aquel asomarse a su vida íntima. Las palabras de la Eufrosia se clavaron en su conciencia como banderillas en los flancos de un toro: "Un hombre malo".

Pero la vanidad — siempre es agradable hablar de mujeres y de amoríos — la perspectiva de estarse una noche callado escuchando los lamentos de los enfermos; el deseo de aprender cosas nuevas, de oír hablar de otros países, de escuchar narraciones pintorescas, leyendas fantásticas, vencieron sus escrúpulos.

—La morena esa es viuda; una viuda amiga — confesó con su poquitín de altanería, Jeria.

—Bien me pareció a mí que había gato encerrado. Cuestión de tinca, de experiencia, amigo!

En su vida aventurera a él no le faltaron mujer ni plata, nunca.

—El balazo fué por asunto de mujer: celos que no escasean cuando se encaprichan con uno.

Sin afectación ni alardes, como corresponde a un hombre que ha nacido para realizar una misión sobre la tierra, contó una porción de historias relacionadas con sus éxitos amorosos.

El mecanismo que puso en juego para labrarse la situación de que gozaba, era simple, increíblemente simple: saber dejarse querer. Su primera aventura sería — una francesa capitalista, muy ardiente, muy juvenil para la elección de los amigos — le suministró los fondos para establecer un pequeño cabaret en Antofagasta. Por desaveniencias con la autoridad, liquidó el negocio y la francesa y se marchó al Perú, y luego a Panamá, regresando a Valparaíso en seguida.

—Cuando me den el alta y usted esté aliviado, vaya a mi casa alguna noche. No se pasa mal, le aseguro.

Vivía con una señora — la Rosa Elvira.

—Si yo no estoy, por casualidad — agregó — usted pregunte por ella en mi nombre para que le haga cariño y le presente a sus amistades, unas chiquillas querendonas y buenas para la sandunga cuando se presenta la ocasión de divertirse.

—¿Su amiga lo visita algunas veces? Ende que yo estoy aquí me creo que no ha venío ningún día ¿no?

—Cierto. La Rosa Elvira sale poco a la calle. A mí no me gusta el comadreo y menos que venga al hospital ¿para qué? Ya ve, su amiga; la he cateado lloriqueando de la impresión. Cuando uno es hombre, debe rascarse con sus uñas, solito ¿no es de mi parecer, compañero?

De rato en rato, el velador imponía silencio con un ¡shiitt! enérgico. Ellos bajaban la voz, y cuando pasaba el peligro, continuaban contándose sus cosas de cama a cama, tranquilamente.

—Usted trabaja en el campo, creo.

—Sí.

—¿Y cuando se alivie?

—No he pensado entodavía.

Se espontanearon, o mejor dicho, se espontaneó Angelito.

La historia de la viuda, de pe a pa; el incidente con don Pime: desembuchó todo como en acto de confesión.

—Aproveche su suerte, compañero; quédese en Santiago, córrala. Para eso tiene una mujer, que es mucha cosa — aconsejó el vecino.

Al buen chico no se le ocurría que una mujer pudiera tener tantas aplicaciones, ni tanta materia prima utilizable. Mental y sumariamente comparó su existencia de labriego con

la del hombre feliz que tenía a su lado. Su vida obscura y penosa, y la del vecino, muelle, despreocupada, repleta de goces y de triunfos, suscitaron una duda cruel, espesa como una nube que se proyectara hacia el futuro...

Cuando se enteró, en el curso de una de las confidencias, del nombre del compañero, experimentó una satisfacción grande, íntima, sincera: el afortunado mortal que la suerte le deparó como vecino de lecho, se llamaba Generoso Aguilar. Su primer impulso fué gritarlo, emplear el nombre con un pretexto cualquiera; deslizarse por aquel resquicio que le brindaba la amistad para hacer más honda y estrecha la corriente de simpatía.

—Generoso...

Llamándolo de este modo comprendió él que dejaban de ser simples vecinos, simples conocidos.

Pero Generoso se enredó en una disertación relativa al modo de tratar a las mujeres y no hubo modo de hacerlo callar.

Y la Ufra dice que este hombre es malo — pensó Jeria.

Casi al amanecer se produjo un ruido de pasos en la sala.

Angelito llamó a Generoso:

—Generoso, escuche...

Generoso no respondió; qué fastidio! Miró hacia la cama y lo vió dormido como un bendito.

El médico de guardia y el velador entraron precipitadamente. Junto a la cama del viejo dipsómano se escucharon sus voces, duras, cortantes. Cuando el interno se marchó trajeron un biombo, y enseguida al cura; un curita hemipléjico que vino, maleta en mano, rengueando y se coló por detrás del biombo sigilosamente.

En la superficie de la tela se dibujó la silueta de un cirio. El capellán, después de estarse unos minutos agazapado de-

trás del bastidor diciendo latines con voz soñolienta, salió a pasitos cortos. Los enfermos vieron aproximarse un carrito por en medio de la sala. El conductor hizo girar el balancín en derechura adonde estaba situado el biombo; se detuvo, y luego partió llevándose el cadáver del viejo dipsómano.

Una claridad lechosa que bajaba de las altas ventanas reemplazó la luz que despedía la bombilla eléctrica.

Las gomas de la rueda del carro, al deslizarse por sobre el piso, sonaron como ventosas: chaac... chaac... chaac.

Jeria cerró los ojos.

## XVIII

El jefe del servicio de cirugía, un doctor de barba, serio, grandote, llamó a Amílcar después de practicar su visita cotidiana, y con el dedo en alto fué señalándole una cama aquí otra allá. Amílcar, habituado a esa especie de quinceo impuesto a los enfermos, tomó nota en un papel de los números que le indicaba el doctor, y al margen de ellos escribió casi taquigráficamente las indicaciones que éste le soplara al oído.

Como en otros años, el calor comenzaba a producir perturbaciones en la marcha del establecimiento. Habían aumentado los accidentes automovilísticos, las riñas. Casi no pasaba noche en la que no se operara a algún enfermo grave: sutura de intestinos, amputaciones. De sábado a lunes aquello parecía una loquería: las ambulancias vaciaban los despojos caídos en las calles de la ciudad o en las carreteras, donde ponen los alegres paseantes un epílogo trágico a la diversión.

Angelito y Generoso recibieron a un tiempo la orden de abandonar el hospital.

—Vos, Aguilar, tenís que presentarte el lunes, miércoles y viernes pa hacerte la curación — dijo Amílcar al decano de la sala — y usté, amigo — agregó, encarándose con Jeria — venga el sábado pa pulsearlo y ver si puede irse sin las vendas. Les prevengo que no hay que urguetearse; vos, gua-

tón, déjate de seguir haciendo payasadas porque de otra manera te cortamos la pata ¿oís?...

El muchacho no experimentó ninguna alegría al saberse libre. Fué por su ropa, que hedía a desinfectante de un modo atroz, y deshaciendo el lío en que estaba envuelta, se vistió con lentitud.

Estaba débil. Las piernas le pesaban terriblemente. Al calzarse las hojotas sintió una vergüenza desconcertante, y después, estropajeando el sombrero entre los dedos — una chupalla vulgar, sucia, con la copa rasgada y las alas salpicadas de sangre — la vergüenza se transformó en ira, en desesperación.

El peón de campo, sencillote, ingenuo, había sufrido una evolución, un cambio sensible durante su permanencia en el hospital. La ciudad, a la que una noche lo trajeron moribundo, en el curso de esos días de somnolencia y de quietud en que vivió como alejado de la realidad, habíanle infiltrado un soplo extraño, algo que él no se atrevía a clasificar...

Se miró de alto a bajo, tratando de identificarse a sí mismo, como un hombre que despierta de un largo sueño, y en esa actitud, sintió subírsele los colores a la cara, tal esas personas que se avergüenzan al mirar el retrato que pone de actualidad los días de inocencia.

Patio de por medio con la ropería se distendía la ciudad, con sus calles repletas de mujeres y de ciudadanos que visten elegante o decentemente cuando menos.

A media noche, cruzando barrios oscuros, los carreteros pasaban absolutamente inadvertidos. Pero lanzarse a la calle, a las dos de la tarde, con ese traje, era como salir feamente disfrazado en un día normal.

Con la chaquetilla de mezclilla ceñida a los riñones, con

sus pantalones bolsicudos y las chalalas, el pobre sentíase totalmente ridículo, casi un ser inverosímil.

Sobre la superficie de uno de los cristales de la ventana que daba al patio, se fijó el turbante blanco, y luego, de medio cuerpo, la silueta de un chico feísimo, con la cabellera alborotada.

Frente a ese Jeria que emergía del fondo del cristal como un grotesco personaje de calcomanía, le sobrevino un escrúpulo: ¿Habría sido así, siempre?

—¡Qué hubo, amigo!: ¿estamos listos? — runroneó una voz ligeramente ronca detrás de él.

Aguilar, reluciente la nuca recién afeitada, vino hacia donde él estaba, apoyándose sobre dos bastones muy sólidos. El traje negro ceñía su corpulencia con cierta elegancia. Se anudó la corbata delante del vidrio, y bajo el nudo clavó una herradura de oro salpicada de piedrecitas de color.

Por espacio de unos minutos las dos siluetas se confundieron dentro del cuadrado de cristal como las imágenes cuando el fotógrafo distraído impresiona varias figuras en un mismo clisé.

Pero venció la esfingie de Generoso, aplastando, anulando, desalojando la imagen de Angelito con tal acometividad, que un momento pareció que con una sola sonrisa iba a pulverizar el vidrio.

—Listo — alcanzó a balbucear Jeria.

—Me lo llevo en auto, si quiere.

Al decir esto, las pupilas de Generoso, muy oscuras, muy brillantes, hicieron blanco en las de una niña enfermera que entró silbando a la ropería.

La chica, luego que reparó en la presencia de Aguilar, como los pájaros delante del gato, se quedó desconcertada. La

curva del pecho abullonó el delantal blanco, blanquísimo. Se replegó en un rincón. Bajó la vista.

Generoso, como un inventor que asombra al público realizando en pequeño una prueba de efectos sorprendentes, adoptó frente a ella un aire de perfecta indiferencia, un aire entre fanfarrón y solapado. Después que la chica escapó, se echó a reír, y miró a Jeria, con sus ojos duros vagamente apagados como para significarle el poder que ellos encerraban.

Entre los saludos del personal doméstico, Jeria y Aguilar cruzaron el patio. Una monjita vieja les sonrió tristemente.

Angelito sentía flaquear su voluntad en presencia de ese hombre "tan hombre", tan resuelto, tan vigoroso.

Por su gusto, se habría quedado en el hospital un mes o dos. Bien repuesto, el alta no es una cosa grave. Pero sacarlo así de buenas a primeras, y sin darle tiempo para tomar una resolución, sin darle tiempo para orientarse, era sencillamente una crueldad.

Al transponer la verja, frente a la calle deslumbrante, sus piernas vacilaron.

El choque con la ciudad, inesperado, brutal, le enteló la vista.

Se metieron en un auto del servicio público, roñoso, destartado. Generoso dió orden al chofer de que siguiese por la Avenida Independencia en dirección al río.

—Usted dirá donde quiere que lo deje, amigo — exclamó, al ponerse en marcha el vejestorio rodante.

En realidad, por el momento, él no llevaba una dirección precisa, ningún rumbo. ¿El campo, la ciudad? Por el rabillo del ojo veía desenvolverse la línea de edificios que limitaba la calle con una vertiginosidad abrumadora, fantástica.

—¿Trae algo de plata? — preguntó de improviso Aguilar.

A Jeria le dió una vergüenza terrible tener que confesar su situación. En un nudo del pañuelo de narices llevaba el dinero que la viuda fué dejándole en sus visitas: unos veinte pesos en total.

—Si es pa pagar el auto, me creo que alcanza — respondió, anonado, el muchacho.

Aguilar insinuó la idea de ir a su casa, donde la Rosa Elvira, para beber unas Pilsener con las chicuelas.

—Con este calor y amarrados al palo como hemos estado tanto tiempo, creo que hay derecho para correrla un ratito.

—Pero, ¿en esta facha? compañero.

—Es lo de menos — dijo Aguilar —. A las mujeres, en habiendo morlacos, no les importa que uno ande mal trajeado.

Como Angelito guardara silencio, Aguilar ordenó al chofer:

—Tire por San Diego y en Eleuterio Ramírez dobla a la izquierda. Y agregó:

—En la casa de la Rosa Elvira se para.

El chico lo escuchaba abismado: la Rosa Elvira... ni que fuera un personaje — pensó — pa que too el mundo la conozca; toos, hasta los choferes.

A saltos, jadeante el motor, avanzaron un par de cuabras por una calle fea y silenciosa. Como ocurre en los barrios donde se hace vida nocturna, las casas mantenían casi todas cerrada la puerta de la calle. Jeria aplicó sus escasos conocimientos a la lectura de los rótulos: "Hotel", "Casa de Cena", "Piezas para alojados", "Pensión", "Casa de Cena".

La pequeña cucaracha de latón en que viajaban lanzó un resoplido angustioso, deteniéndose delante de un edificio chato, lóbrego. En el muro de la fachada se leían frases obscenas, y pintado con caracteres negros, un número descomunal.

Al ruido del auto asomó una cara por detrás de los cristales de la ventana, y luego otra. Una chica de cabello oxigenado y rostro de idiota, salió a abrir. Del fondo del patio salió un vocerío inacabable, unos gritos. Jeria entrevió una media docena de mujeres que corrían casi desnudas por los pasillos.

—Mi perrito.

—Mi amor.

—Mi tesoro adoraos.

Generoso se descolgó del coche, ayudado por las mujeres que lo besuqueaban en plena calle, y en presencia — raro, ¿verdad? — de la misma misia Rosa Elvira.

—Ofelia ¿te mejoraste?... A la Panqueque la hallo más gorda: no han de haber largado al rusio, cuando estay así — dijo Aguilar.

En presencia de una mujercita insignificante que observaba la entrada triunfal sin hacer ninguna demostración, preguntó, dirigiéndose a la Ofelia:

—¿Y ésta?

La Rosa Elvira, que hasta ese momento había jugado un papel obscuro, se desprendió del grupo, y después de un simple apretón de manos bastante frío, dijo:

—La mandé buscar, porque como se nos fatalizó la Estrella y éstas no daban abasto para el gentío que se descargó anoche...

Reparando en la presencia de Angelito, la Rosa Elvira interrumpió la disertación.

—Chiquillas, les presento a este amigo pa que lo atiendan. Compañero de penas, ya ven. Nos conocimos en el hospital. El gallo se fatalizó por una mujer, y aunque parece maniao, las sabe todas por libro, les aseguro.

Las hembras miraron a Jeria con impertinencia, con un si es no es de asco.

Mientras Generoso parlamentaba con la Rosa Elvira, él pasó al salón. En un ángulo dormía la guitarra, y junto a ella veíase un taburete sobre el cual tamboreaba la animadora. Del patio, atestado de objetos inservibles, evaporábase un olor a amoniaco, a letrina, a humedad.

—A ver, cuente alguna cosa, chinito — dijo a Jeria la hembra del cabello oxigenado, hundiéndole los dedos entre los mechones que asomaban fuera del vendaje.

Pidieron cerveza. Aguilar se incorporó a la reunión con aire satisfecho. Angelito lo vió sobarse las manos, reír. Se echó sobre uno de los sillones y con la vista fué haciendo el inventario de los muebles. Todo debía estar igual que cuando él dejó la casa: el paisajito italiano, el gran espejo con repisa de mármol, el sofá, la mona tetuda que miraba desde el fondo del cromo con una risa de colegiala pervertida pintada en el rostro...

El sabor amargo de la cerveza, el contacto con las mujeres, despertaron en Aguilar viejos recuerdos.

—A mí también me ha gustado echar mis bailoteos y tirar la plata a puñados — dijo, saboreando el líquido ligeramente tibio.

Se tornó locuaz. Por fin, medio ebrio, declaró que en su casa no pagaba nadie más que él...

La Panqueque rasgó en la guitarra un tango muy de moda entre las niñas de lo que ellos llamaban el barrio latino.

—¿Bailamos?

—Una cueca en honor del dueño de casa.

—¡Bravoo!

Generoso, en el deseo de corresponder debidamente el

homenaje que se le tributaba, mandó preparar una ponchera con "blanco reservado". Jeria bailó firme un par de vueltas. En uno de los descansos, su compañera le susurró algo al oído.

—Agora no, mi rusia; ando sin plata.

—Pero yo quiero, y vos no podís negarte.

Aguilar, que en el terreno del despilfarro era ilimitado como en el de las conquistas, entró de lleno en el período de las confidencias, de las declaraciones sentimentales.

—Si yo no lo quisiera como amigo, hermanito, no lo habría traído a esta casa de... ¿me oye, ñato? Es así ¡qué diantre! pero puede decirle a su galla que Generoso Aguilar es un amigo leal.

Saboreó el ponche con deleite, y siguió:

—¿Quiere a la rucia?, ¿le gusta? Si es así, se la lleva; es suya, como todo lo que hay en esta casa ¡suyo!

—Generoso: ya estoy difariando — protestó la rucia, en pleno brindis.

—Bueno, entonces pónganle un tango, y después se van a la pieza — ordenó Aguilar.

Cuando la pareja abandonaba el salón, advirtió:

—La chiquilla está sanita, compañero ¡atráquele sin miedo! Y vos no seas pedigüeña con el amigo, rucia: éste no es ni futre, ni ningún panizo, pa que me dejís en vergüenza con él.

Angelito abandonó la casa cuando los faroles del alumbrado público empezaron a verter su luz melancólica sobre las aceras; cuando las casas de cena, las pensiones, los hoteluchos y las tabernas se aprestaban para recibir a los vagabundos del' placer mercenario que ruedan durante la noche por las calles sórdidas del llamado barrio latino.

Las mujeres que salían a hacer su noche se quedaban mirándolo como a un personaje estrafalario.

Una gorda fea, maquillada, rebosante de animalidad, deslizó al oído de su compañera de aventuras:

—Pescátelo, niña: los huasos son rumbosos y no se regodean naita para la cama.

Jeria recibió el insulto sin chistar.

—Escenas con chuscas ¿pa qué?

De las solapas, de las manos, emanaba como un sedante lo que él llamó olor a mujer para definir esa aleación de aromas que se advierte en ciertas hembras: polvos de olor, jabón perfumado, permanganato.

Cuando la gorda y su compañera sucumbieron en la obscuridad, Jeria reanudó su camino, con paso reposado.

¿El rancho?, ¿la carreta?

Un sueño.

Bajo la venda brotó el raciocinio, simple, consolador: una mujer, vivir; luego aquerenciarse con otra mujer y con otra, como Generoso Aguilar... El hombre, cuando es de línea, se acostumbra a todo y de todo saca algún provecho; lo demás eran músicas, tiempo perdido.

Quemó un cigarrillo, y divagando, caminó en línea recta bajo el alto cielo estrellado.

## XIX

Lo que fueran a pensar los de su casa: la mamita, Juan de Dios; la Luzmira, su hermana?

Nada, absolutamente nada. De ocho que eran ellos de familia, cinco — los cinco que vinieron a Santiago a hacer el servicio militar — andaban desaparecidos, corriendo mundo. El era el sexto, simplemente.

—Juan de Dios, el mayor — explicó Angelito — es mozo serio, y la Luzmira, con la epilepsia, no desije ningún cuidado...

Después de ese ligero enjuague de conciencia no se volvió a hablar más de la familia, ni de la tierra, ni del pasado.

La Eufrasia y él querían vivir, amarse a la pata la llana.

Por la chica — las madres tienen que velar siempre por la inocencia de sus criaturas — y para evitar habladurías, chismes, él se buscó un cuartito en casa de un matrimonio de la vecindad: dos pobres viejos muy desamparados que alquilaban desde la muerte del hijo único, una alcoba cuya puerta de acceso daba al zaguán de la vivienda...

El cuarto era excesivamente amplio y hasta un poco húmedo. Pero qué hacerle: la necesidad tiene cara de hereje, y en su caso...

Una payasa, un par de cajones vacíos y la palangana para la ablución matinal que le facilitó la viuda, constituía el menaje del dormitorio.

Cuando todo estuvo dispuesto, Angelito salió a la calle

y adquirió papel de color, unas cañas de coligüe, cola de pegar e hilo del más sólido. El dueño de la casa, con letra basta de imprenta, garabateó en una hoja de cuaderno un letrero que el muchacho fijó sobre el marco de la puerta de calle, enseguida:



SE VENDEN BOLAN-<sup>67</sup>  
S TIV E2 I I LO CURADO.

—Su negro no va a vivir toa la vía de bolsa — declamó, ancho de satisfacción Angelito.

—Así me gusta: que trabaje, que tenga su dignidá — respondió la Eufrasia, ofreciéndole su concurso para los ratos desocupados.

Como pensionista de mesa, el guaina resultó un joven serio, correcto.

—Aprendan a portarse como la gente decente, como Angelito — vociferaba la viuda cuando los desmanes de la clientela la obligaban a intervenir.

Para cultivar otro género de relaciones con el muchacho — relaciones de sobre mesa, como quien dice — se veían de noche; algunas veces en el cuarto de él; otras en la calle, donde solían, los sábados, después de beberse unas copas de licor, frecuentar los hoteluchos del barrio Estación.

Fueron días de lujuria, felices, inolvidables. Jeria, como recuerdo de su bautizo de amor, llevaba fresca encima de la oreja izquierda, la cizura que estampó el arma al astillar el parietal...

—¡Mi hombre!

—Too suyo, ya ve — suspiraba el chico, acariciándose con una humildad solapada la desgarradura de labios gruesos...

Vigoroso, insaciable, con una insaciabilidad premeditada, Angelito caía sobre su presa con ímpetu bestial. Cuando la viuda, desfalleciente, entornaba los ojos, él recurría al gran afrodisiaco, un afrodisiaco rudimentario, pero eficaz: con sus ásperas manos de curador de hilo, suavemente, acariciaba las corolas que florecían en la cima de los pechos opulentos como dos frutos de tentación.

Calculando de manera que la salida del hotel coincidiera con la de los biógrafos — exigencias de la maternidad, muy respetable por cierto — se volvían a casa, del brazo.

La Menita, que empezaba a concurrir a una escuela primaria, dormía tranquilamente cuando ellos llegaban, charlando como dos buenos amigos, según el decir de los vecinos ingenuos, o como marido y mujer, según el de los maldicientes, gente envidiosa, perspicaz, amiga de mezclarse en lo suyo y lo ajeno.

En la puerta conversaban un momento, y muchas noches, valiéndose de que no transitaba nadie por ahí, pasaban un rato al interior.

Jeria aprovechaba la despedida, siempre un poco triste, para formular sus peticiones.

—Cinco no más; con la plata e la venta se los pago luego, no pase cuidao, mi reina.

Sin un diez en el bolsillo el pobre tenía que pechar.

La Eufrasia, pensando en la noche solitaria que se aproximaba como la caída del telón al final del último acto, aflojaba los dos, los cinco, los diez pesitos.

Un hombre que recién llega a la ciudad — pensaba para justificarse — tiene un montón de necesidades que satisfacer:

componerse, desde luego; ferear a los amigos que vaya conociendo; enseguida. los pequeños vicios, la compra de materiales para el trabajo: todo eso demanda gastos, y como ella al fin y al cabo tenía la culpa de que el niño tomara la calle del medio, no decía que no.

Con orgullo de amante satisfecha, la Eufrasia constataba los progresos de Angelito: sus corbatas, los zapatos de caña de color, el vestón entallado, las camisas que él llevaba siempre muy limpias, excitaban en ella el elogio, la frase halagadora.

—Todo un santiaguino elegante, la purita verdad.

Jeria se dejaba querer. Una noche, la viuda le rogó que la tuteara, como solía hacerlo en los momentos de arrebatos amoroso.

—Si usted manda, güeno — respondió de mala gana el muchacho, a tiempo que encendía un buen cigarrillo.

Tu o usted para el caso da lo mismo.

—Oiga, Ufra, ¿sabe que l'iba a pedir un favor?

La viuda — y digan si no tenía razón para esquivar ciertas familiaridades — sintiéndose objeto de un trato tan digno de parte del chico, se emocionaba como una mamá delante del niño mayor.

—Pida lo que quiera, Angelito; en pudiendo, usted sabe que yo hago todo lo que usted me dice.

Jeria, con el tono displicente que solía adoptar en los momentos graves, habló de cierto negocio que tenía en trato:

—Un reló de ocasión, garantío, ¡plata pura!

—¡Un reló, bututu! Una endeudada hasta el cogote, y él pensando en comprar lujos... ¡hasta ahí si que no llego, El muchacho enarcó las cejas.

—Tapa labrá, güena marca, y apequeñarse por treinta pesos: ¡una herejía!

La viuda presintió el temporal.

—Oiga, m'hijito; no se enoje, escuche.

Con mucha vergüenza, la pobre le habló de su situación económica, de la visita de don Zenón, del préstamo.

—No me cuente ná, es mejor, sabe... Yo me diligenciaré la plata de alguna laya por ahí.

Una raya vertical de mal augurio surcó su frente. Pretendió marcharse ¿y adónde? A lo mejor a casa de otra mujer.

—Usté no me cree; sea franco: ¿no me cree?

—Tal vez; ha de ser así, too es posible.

La conversación tomó un cáriz antipático, desagradable.

—¿No me cree? Bueno, para que se convenza de una vez por todas, voy a contarle lo que pasó cuando usté estaba en el hospital.

Y salió a relucir, naturalmente, el nombre del prestatario.

—¿Don Guido?, ¿el del almacén de la calle Dolores?

—Sí, mi negro: el del almacén de Dolores.

Contrariamente a lo que ella supuso, el muchacho no se indignó ni hizo el más leve gesto de repugnancia...

—Joven del campo, buena pasta — reflexionó, optimista, la viuda.

Durante la noche se despertó muchas veces, víctima de un malestar que en lo físico se asemejaba al mareo, y en lo moral, al remordimiento que dejan las malas acciones.

Terca, desconsiderada — se juzgó con dureza, con acritud. Angelito era su amigo, más que eso, su amante, su dueño ¡él, sí! Cuando una mujer ha llorado entre los brazos de un hombre, no se pertenece a sí misma. Ella se daba cuenta cabal del fenómeno en presencia del bien perdido.

De tarde en tarde la cogía el sueño, un sueño frágil, fatigoso; y después vuelta a pensar en si hizo bien, en si no...

Como resultado de la mala noche se obtuvo que Angelito luciese un reló garantío, un reló de pura plata.

En el hotel, al que concurrían, como siempre, los sábados, Jeria, antes de quitarse el chaleco, se despojaba de la prenda suntuaria, colocándola con los cigarros y otros objetos de uso íntimo sobre el velador.

Ese quitar y poner del reloj fué como una ceremonia nueva que ellos agregaron al ritual amoroso. Cuando él, por un exceso de precipitación imperdonable, o por descuido, olvidaba sus deberes, ella se lo advertía: — Angelito, el reló.

Y en la cama, escuchando el tic-tac, sonoro, uniforme, aprendieron a recuperar la cordura y no volvió a repetirse el caso de tener que regresar a casa a horas inconvenientes.

Pero un reloj tan sesudo, tan previsor, tan ecuánime, necesitaba ir atado del extremo de una cadena, y para que ésta no se descontrapesara, hacía necesario ponerla un colgajito de oro; una moneda, un dije, una medallita aunque fuera de dúblé.

—Pa su santo, me cobra la palabra — exclamó, balbuciente la viuda...

Pero él insistió.

—Negra más cicatera no se conoce: uno pensando en ella a toa hora, y llegao el momento de pedirle algo, ni agua... Las mujeres son como la carabina de Ambrosio.

—No, negrito — protestó la Ufra, muy paños tibios — no es eso: lo que hay es que una es pobre, se encalilla más de lo que debe, y después, pa pagar viene lo bueno.

Jeria, adoptando la actitud del perfecto rufián, la miró de pies a cabeza, friamente.

—Por mí, andar roto no se me daría na. Pero salgo con usted, y me da vergüenza presentarme como un pililo. ¿Le

gustaría que a uno lo señalen con el deo? — interrogó — ¿Le gustaría que un bocón le dijese: su hombre es un calambriento?...

A fuerza de labia, de miraditas indiferentonas en las que se traslucían el desprecio, la amenaza; explotando a cada momento el yo la quiero y usted no, salieron a relucir la cadena y el colgajito de oro, adquiridos en una casa de empeños por poco y nada...

Para hacer frente a los caprichos del "niño", la pobre amplió el giro del negocio. Vendía cigarrillos, fruta, verduras, dulces ordinarios, y clandestinamente, a los amigos de confianza, licor.

Pero como eso no era bastante, recurrió al montepío y a sus relaciones, en demanda de pequeñas sumas que ofrecía cancelar con "réditos" a fin de mes.

Por decencia efectuó un abono insignificante a la deuda con don Guido.

—¡Qué apuro! décalo, señora Ofrasia — barulló el bachicha rechazando el billete de a diez, nuevecito.

Ella un moento estuvo tentada de traerse el dinero a casa; pero lo vió tan pobre, tan con cara de hombre vencido al musíú, que no tuvo valor.

A saltos, con los ojos cerrados, aturdidamente, la Eufrasia se dejaba deslizar por el plano resbaladizo del tiempo.

—Cuando una mujer agarra viaje, pierde la cabeza y la voluntad — solía decir en los momentos lúcidos, — mirando a su chiquilla, abandonada en medio de tanta embriaguez.

Con su carita sucia, la cabellera despeinada, la Menita no conservaba ninguno de los rasgos que ella logró imprimirle a costa de mil desvelos, con el sacrificio y la abnegación de una buena mamá.

Como cualquier vagabunda soltaba las obsenidades que recogía en la calle donde solía estarse días enteros jugueteando con los muchachos de los conventillos; muchachos violentos, procaces, desvergonzados.

¡Cuando una mujer agarra viaje!...

Sin fuerzas para reaccionar, llamaba a la chica y besándola, comprimiéndola, la susurraba al oído, en secreto:

—Mi guacha, mi Menita linda ¡es una fatalidad muy grande! usted no se da cuenta ¡una fatalidad!

Cuando menos se piensa asoma un nubarrón en ese que un poco equivocadamente solemos llamar el cielo del amor, empleando una metáfora de cronista policial...

El amante, al término de la comida, plantea una necesidad económica, urgente, urgentísima. Ella no tiene dinero en casa, ni nada que empeñar. — ¡Nada! — dice, extrayendo del fondo de una cajita de latón un fajo de boletas de agencia que él coge con mano ávida y luego de repararlas una a una, coloca en su bolsillo tranquilamente.

—Angelito por Dios ¿qué va a hacer?

—Venderlas — responde el amigo sin alterarse — ya no sirven pa otra cosa.

La pobre viuda se echa a llorar, gilimotea, protesta, dibuja el panorama de la miseria con los trazos más sombríos. Pero Angelito nada: enciende un pitillo y entre chupada y chupada, habla de sus compromisos: deudas de cantina, de juego. Se expresa vagamente, torpemente. Ella duda, y sin querer lo pincha con el alfiler del escepticismo, hasta que él, que le interesa poco y nada mantenerse en el engaño, suelta la verdad.

—A la chascona e onde on Vitor se l'ia ocurrido que la acompañe a la quinta de una tía que vive pal lao e Pudahuel. Yo me negué en un principio; pero ella armó un boche gran-

dazo, y por no sentirla gritar, pa que no digan que uno es marica, acepté el convite.

—¿Y tiene valor?...

—Pensaba ecírselo hace un montón de rato pa que se desengañara di una vez; pero no se presentó la ocasión.

La pobre viuda no puede articular palabra. Jeria se aproxima hasta hacerla sentir el calor del aliento en plena nuca; después en la oreja, cuyo lóbulo palpita de deseo, o de ira, quien sabe.

—Usté, mi negra, no es una mujer egoísta; usted no puede enojarse porque una mujer tentá abusa de la blandura de corazón de un hombre...

Suena un bofetón. El macho palidece y se tambalea. La nenita que ha asistido en silencio al desarrollo de la escena familiar, da un grito y se repliega en el regazo de la madre como si presintiera la agresión.

—No, Angelitó; a ella no me la toca.

Intenta la defensa alzando los brazos... ¡Dios mío! En el cuello, unos dedos fuertes como garras de ave rapaz se hunden, clavan. La chica, de un puntapié, rueda por el suelo.

—An... No le sale la voz; ruge, y al fin, vencida, se entrega a lo que Dios mande.

En el techo, a contra luz, la sombra de los cuerpos han ido apretándose hasta formar un nudo repugnante, monstruoso.

—Hablen agora, chillen ¡grandísimas de tal por cual! —vocifera Jeria.

Dispara los adjetivos más sucios, y el nudo se descorre penosamente enseguida.

Madre e hija se miran a la cara, con los ojos inyectados, jadeantes, mudas.

¿Un sueño?

El amante — hipócrita como todos los amantes — aplaca con un gesto altanero la risa que lo inunda; descuelga su chamberguito y sale a la calle. La puerta, que cierra con violencia para no comprometer su prestigio de hombre malo, hace temblar la vajilla, los tabiques, todo.

—¿Ha visto? Así pagan los hombres lo que una hace por ellos. Usté...

La pobre mamita no alcanzó a terminar la frase.

Desde la cama, la niña la oyó suspirar muchas veces durante la noche. ¿Por qué todo aquello? Crujía el catre, y después un llantito menudo, tímido como el chillido de las ratas cuando se disputan los desperdicios arrojados en el suelo, se desparramaba en la obscuridad.

Angelito y su mamá: un embrollo.

Ella había visto pelearse a las mujeres de la casa del chino cuando recibían a sus hombres; pero a su mamita, y con él, un joven tan simpático, nunca.

...El primer nubarrón: gritos, patadas, lágrimas. Un dolor físico, y con las magulladuras y la humillación, deseos de venganza, juramentos.

—La mato, lo mato. Con él se acabó todo.

Las pobrecitas, en su ofuscación, no trepidan en llamarse brutas, y hasta algo peor, con la mayor sinceridad.

En el curso de estos períodos de recapitación, dolorosos y aplastantes como una menstruación espiritual, las señoras y los caballeros que practican la beneficencia visitando a los menesterosos en sus tugurios, sueñan con redimir a las almas pecadoras, atrayéndolas al matrimonio, o al camino recto de la abstinencia.

La viuda se encerró en su cuarto e hizo oídos sordos al beaterio que fué a proponerle "soluciones ventajosas".

¿Hizo bien, hizo mal?

Con los días, los machucones dejan de doler; se apaciguan los nervios, y entonces ella se da cuenta de que ha exagerado la nota trágica. Comprende que el hombre tiene derecho para divertirse con otra mujer, y aunque esto parezca descabellado, la verdad es que la enorgullece la idea de que él tenga sus éxitos amorosos, de que lo admiren.

Ha pensado dirigirse a la casa de los viejos para borrar la impresión que él haya podido llevarse después de la escena tonta e injustificada de la otra noche.

El pescozón, materia de tanta alharaca, ha sido una confirmación más de lo que ella tenía pensado: sin Angelito la vida le resulta una cosa fea, trunca, imposible, y sus noches algo abominable.

Por decoro, por vanidad, por lo que él pudiera decir, se contiene, sufre, aguarda.

Ha empezado a experimentar un malestar, unos síntomas nada tranquilizadores: inapetencia, náuseas y cierta irritabilidad la lleva a pensar en la ineficacia de muchas de las precauciones que ella tenía por infalibles.

Al atardecer advierte el revuelo de las parejas que buscan los rincones oscuros para acariciarse, y ésto, que es el pau callejero de cada día en el barrio, enciende su ardor nostálgico.

Un hombre tan codiciado, — piensa.

La viuda sabe por experiencia y por instinto que los arrebatos pasan y que el cariño, o como quiera llamársele a esta unión íntima de un hombre y una mujer, no.

Ella lo sabe, y con todo, sufre.

Ha visto caer la noche avivadora de los recuerdos volup-

tuosos, la noche vacía, desprovista de calor, y frente a ella la asalta un deseo rabioso de llorar, de humillarse.

Pero se contiene, por culpa del maldito decoro, y un poco porque teme recibir una sorpresa desagradable: que él no esté en casa, por ejemplo, o que esté con otra mujer.

¿Qué hacer?

...Se produjo lo que el corazón le había anunciado.

Angelito se presentó en casa, de mañana; cambió con ella un saludo cortés, y con la vista gacha hilvanó el soliloquio de los arrepentidos de golpe y porrazo.

La Ufra, por no dar su brazo a torcer a la primera embestida, hace como si no le interesara nada de lo que él la dice.

Una crueldad, pero bien merecida se la tiene — reflexiona, conteniendo las lágrimas.

Con una barba de siete días, las pupilas turbias, desmenado, pálido, ojeroso, ese hombre que huele a licor de un modo intolerable, la trae el recuerdo de los éxodos de don Fide, su finado esposo, como dice siempre que se le presenta la ocasión.

El malgrado don Fide se colaba en casa como esos perros vencidos en la gira de amor y a los que el ama tiene que lavar, zurcir y alimentar piadosamente después.

Angelito venía sin el reloj, sin la sortija con que ella ciñió su dedo meñique cuando recién se conocieron.

Pero con el primer puntapié terminan los cálculos sesudos. Con el primer puntapié el proceso de la seducción entra al terreno en que la mujer rueda, cae, se azota.

El aliento, fétido a vino agrio, la enloquece. Su hombre, ¡mi hombre! Cierra los ojos, y lo que tenía que ocurrir, pronuncia la palabra fatal:

—¡Tuya!

Un sollozo frenético, bestial, hiende el aire.

—Tuya, tuya.

El ríe sórdidamente...

—De día claro ¡qué vergüenza, hombre por Dios! — balnearia la viuda al salir de la prisión de los brazos.

Y como él no la contesta, hace un gestecito de chica boba, estira los labios y se escurre por entre los claros de luz que inundan la pieza, simulando una persecución.

...En el bar anexo al hotel beben la copa de la reconciliación, enlazados por el talle como dos novios. El licor, dulce, picante, espeso, aumenta las calorías, abre los corazones, incita a la cordialidad.

La viuda, refugiándose en una como metafísica casera, piensa que el sufrimiento no es un mal perdido; él dice que sí, y acaban por reconocer que ahora se quieren más que nunca.

—De estar yo en mis cabales no pasa na — afirma Angelito, aludiendo a cierta influencia misteriosa que medió como agente en la consumación del ultraje.

La Ufra, en el rellano de la escalera que conduce a las alcobas del hotel, se da cuenta de que la existencia de un remordimiento puede estropearle la noche.

—A lo hecho pecho, y no hay más que hablar — exclama, tirando a Jeria de la manga para que continúe la ascensión...

Por el tragaluz del cuarto vieron apuntar el alba. Mugió el silbato de la Estación.

—Tan pronto ¡qué pena!

Los peldaños de la escalera crujieron con un chaac, chaac, seco.

—¡Apúrate, negra!

—Sí, apúrate ¡chiquillo abusador, cara de palo!

Delante de la acera empapada con el relente de la noche se restregaron los ojos, echándose a reír.

—Bandío puro — dijo la viuda, reparando en las ojeras, en la lividez de Angelito.

—¿Y vos? ¡miren que traza! ja ja ja.

Durante el camino han venido haciendo proyectos — ¡y qué proyectos!... Empezar a quererse, a vivir, muy formales, muy como gente de hogar.

Para prolongar la charla complicaron la ruta.

—¡Amorcito mío!

—¡Mi mujer!

Y llegan a casa que apenas pueden sostenerse sobre las plantas de los pies, y charlan todavía.

—Te preparo el almuerzo, es claro.

—Almuerzo no... De aquí me largo a dormir y cuando componga el cuerpo, a la noche, o mañana, agarro pa acá, mi negra.

No insiste. Jeria, después del último adiós, camina afirmándose en las paredes. Se ha detenido en la esquina y haciendo como si planeara un sin fin de combinaciones susceptibles de realizar según que vaya por un camino o por otro, mira hacia los cuatro puntos cardinales. Enciende un cigarrillo. Bosteza. En seguida apunta con el dedo hacia un punto lejano y desaparece bruscamente.

Como ella no ha pegado los ojos en toda la noche, decide echarse a la cama. El licor, el desgaste físico y los ayunos la tienen derrengada.

Despojada del corsé, la sangre se expande con un golpeteo agradable a lo largo del intrincado sistema vascular.

—Media horita, y tan fresca — dice, reduciendo a su sitio habitual un pecho que se desborda por el escote del camión, con alborozo de rebelde.

Pero esta noción del tiempo repercute de un modo extraño en su conciencia de mujer que comienza a vivir una existencia nueva, con abstracción del pasado.

—Si él supiera — ¡bah!

Con un poco de agua helada que toma en el cuenco de la mano ahuyenta el malestar. Coje su abrigo y se arrebujá en él...

—Soy yo, mi hijita; no tenga miedo — grita a la niña, que da muestras de inquietud cuando siente el barullo que hace mamá con sus chapoteos y tropezones.

Abre la puerta de par en par. Aplica un fósforo a la boca del fogón repleto de astillas, y sopla con fuerza, inflando los carrillos.

Entre los trozos de combustible culebrea una llamita roncadora y sutil de la que se desprende un hilo de humo juguetón que lame el muro.

La viuda, por momentos, cabecea.

—Efecto de lo mismo — exclama, desbrozando una risita maliciosa.

Y al decir esto pone en marcha el tambor en que reposa la película del mañana lindo.

Y se despereza y suspira.

Generoso Aguilar, el amigo clandestino de la calle Eleuterio Ramírez, tomó a Jeria bajo su protección, y fué empujándolo en el oficio con una discreción y una paciencia de maestro de primeras letras rayanas en la abnegación; con una tenacidad de domador de potros, sorprendente.

Su sistema consistía en no abrumar al muchacho con esas órdenes y consejos que son, como las tareas para hacer en casa cuando se está en la escuela, la pesadilla de los alumnos y de los papás. . .

Hombre de sentido práctico, dinámico, observador, daba sus lecciones en el terreno, con ejemplos a la vista.

—A mí una vez me sucedió tal o cual cosa — decía — y con mucho calor, con un colorido maravilloso, desenvolvía en grandes cuadros alguna historia en la que él actuó con éxito notable.

Otras veces, requerido para evacuar una consulta o para resolver un caso particular, insinuaba: — Yo, en su lugar haría ésto; si yo fuera usted, obraría de éste o de este otro modo.

¡Un ser fantástico el tal Aguilar! ¡Verdaderamente fantástico!

Humillaba, golpeaba a las muchachas, y ellas perdidas por él.

Delante de Angelito realizaba experimentos de una au-

dacia increíble. Así, por ejemplo, llamaba a su mujer, a la propia Rosa Elvira, y con voz autoritaria le pedía cincuenta o cien pesos para ir a correrla con la Amelí, una muchacha que hacía números de baile en un cabaret de la calle Bandera; y desvalijaba a Amelí para comprarle una alhajita a Bebe, una amiga íntima con quien estaba en tratos desde hacía un tiempo.

Aguilar era derrochador, afectuoso y fino durante el primer tiempo. Después, no.

Una noche, estando en el "Chat Noir" en compañía de la Bebe, se armó la de Dios es grande, porque la chica, obedeciendo a instrucciones suyas, se alzó con la cartera de un señor que bebía con varios amigos. A los gritos, acudió la policía.

—Generoso, aguante: el oficial ha mandao que la saquen. Vaya a ver.

Aguilar, impasible, observaba. Paladeó su cerveza con calma, encendió un cigarro, y cuando la chica, hecha un mar de lágrimas — primeriza, al fin — pobrecita — salió con el guardián, el muy bellaco se desató en improperios:

—Yegua de tal por cual... calamidá.

¡Hasta en los actos más abominables el amigo Aguilar resultaba grandioso!

Las mujeres celebraban sus arbitrariedades, sus fanfarronadas y sus caprichos con una risita humilde y complaciente.

En las trifuleas que armaba el mismo, esquivaba el cuerpo a cualquier responsabilidad con una limpieza de escamoteador.

—Pa que exponerse si uno que trabaja y dirige el asunto vale más que cualquiera de estas bestias — argumentaba — y otras: — soy conocido y no estoy dispuesto a dejarme jorobar por causa de estas tontas.

La noche que prendieron a Bebe, Generoso estableció un

servicio informativo extraordinario alrededor de la Comisaría, despachando al grupo en masa a inquirir noticias.

—Todavía no se sabe na — vino a decir una de las chicas — Hablé con el paco turno, pero como están alegando adentro, fué imposible averiguar nada a las fijas.

La última en llegar, una muchacha avispada, bonita, alegre, retuvo a Aguilar en el momento en que éste se disponía a salir, rumbo al cuartel.

—¿Qué hubo?

—¡Pobre Bebe! Me la pasaron pa dentro nomás. El futre chilló de lo lindo, y como el Subinspector le tuvo miedo a lo que éste le dijo del parentesco con un municipal, hizo el parte pa mandarla a la Sección de Detenidos al tiro.

Como sucede con las personas de carácter duro, Generoso cobró un aplomo extraordinario en presencia de lo ocurrido.

—A ver: repitan la corrida — ordenó al mozo, y para liquidar el incidente, agregó:

—Con la Bebe arreglaremos cuentas otro día. Ahora a divertirse...

¡Hombre admirable!

De la mano con él, como quien dice, Angelito conoció los entretelones del bajo fondo santiaguino; sus secretos, sus ruindades.

Hembras, dinero y placer, y los veinte años con su fogsidad, y la tontería de querer ser hombre fuerte, de querer parecerse a los hombres fuertes, y algún atavismo ignorado, y la inexperiencia, la falta de educación, de raíz, de calor de hogar lo arrastraron cuesta abajo.

Ingenuamente condensó sus aspiraciones en una confianza idiota:

—Lo envidia, amigo. Quién como usted... Si yo pudiera... y diga ¿cómo se las arregla pa conseguirse...?

Aguilar, ave de rapiña, no dijo que para obtener lo que el desgraciado llamaba suerte, triunfo, había que nacer con la inclinación, que nacer lisiado, como se nace paralítico o ciego. Aguilar entrevió la explotación fácil, y si el chico salía aprovechado, de carambola, tenía a la viuda.

Olfato avezado en el arte de localizar a sus víctimas, Generoso se limitó a coger la presa que encontró al azar...

En las mesa de los burdeles, Jeria despilfarraba sin tasa ni medida el dinero de su amante, y soñaba con éxitos absurdos y aprendía una porción de cosas, entre ellas a vestirse con la siutiquería característica de los bailarines de filarmónica.

Más tarde, cuando estuvo en condiciones de marchar solo, se enredó en amores con las muchachas que hacen su noche, las más elegantes en Puente y 21 de Mayo desde San Pablo a la Plaza de Armas; las demás, en Sama, Mapocho, Morandé, el barrio de los hoteles infectos, de los almacenes equívocos, de los restoranes con dormitorio anexo a la trastienda.

A veces la policía limitaba la circulación, apresando a dos o a tres de las mujeres, de las más conocidas, y esto motivaba un desbande general, encabezado por la "Cara de caballo", que era algo así como una maestra de novicias dentro del grupo. A veces, también, se producían disputas alrededor de un candidato al hotel, o disputas porque el sombrero — adquirido en comunidad — no había vuelto a manos de la cortera de turno.

En esto acudía el guardián, y Jeria, mientras se dirimía la dificultad, atendía a que se mantuviera una defensa discreta alrededor de la revoltosa.

De madrugada, cuando cesaba el tráfico de peatones, se

reunía con algunas de sus amiguitas y se iban a casa, a reposar, a liquidar cuentas.

Esta última operación era la más difícil, la más odiosa de llevar a término. Las pobres mentían por hábito, por necesidad, y por hábito, por necesidad también, ocultaban los pesos, tanto que en muchas ocasiones fué menester desnudarlas para hurgar en las medias, entre los pliegues del corsé, a fin de comprobar exactamente las ganancias.

Esa revisión daba margen a incidentes violentos. Pero como eran buenas chicas, con un golpe bien dado se soluciona la cuestión .

En agradecimiento le obsequiaban cigarrillos, una corbata, hojas de repuesto para la máquina de afeitar que le regaló la "Cara de caballo", y hasta un par de guantes y un bastón que obtuvieron de dos clientes desmemoriados.

El domingo, día de precepto, estaba mal visto salir a la calle. Esa noche la destinaban ellas al amigo íntimo, al descanso, a reparar las averías de la semana, y Angelito fué un respetuoso mantenedor de sus prácticas...

Como el control de estas actividades requería una atención continua, decidió abandonar el comercio del volantín, del que jamás obtuvo ninguna utilidad. A los chicos que lo hostigaban con sus pedidos había que mentirles, aún que darles dinero para que lo dejaran en paz.

Después de tirar el cartelito en que anunciaba el final de sus actividades comerciales, pensó que era menester cortar con la Ufra: a la tonta se le había metido entre ceja y ceja que tenía que seguirla a todas partes, y frecuentemente le hacía escenas de celo porque faltó a comer, porque llegó tarde a una cita, por todo y por nada.

Cuando ésta se convenció de que el malestar de que alardea-

ba después del primer incidente serio con él, no eran sino nervios, lloró como una loca, diciendo que como no la quería se negaba a tener un hijo con ella.

Jeria, esa misma noche quiso cortar por lo sano, mandándose a mudar. Pero no tuvo valor, la verdad, no tuvo valor. A la Ufra le debía su poco de gratitud en medio de todo. Ella no era como las demás mujeres que conoció en Santiago: abnegada, sufrida, cariñosa, la viuda no era ni sombra de las amigas que manejaba por ahí. A su lado, solía sentirse persona decente, y hasta experimentó cierto deseo de cambiar de vida alguna vez.

Con las mujeres de la vida había que andarse con mucho tino: eran veleidosas, bochincheras, complicadas de carácter ¡y se gastaban unas mañan que Dios me asista!

Además, la vida en común con mujeres que son de todo el mundo tiene sus peligros: caer en la cárcel, coger una enfermedad.

Y claro, tendría que acudir a la viuda.

Con Generoso trataron la cuestión. Y Generoso, que era un varón experimentado, un sabio en muchos aspectos, aconsejó:

—Lo que abunda no daña, hermanito. Y vea: mujeres que en las duras y en las maduras están con uno, no se hallan a cada rato.

Esa noche bebieron unas copas en honor de la Eufrasia.

—Por ella.

—Sí, por ella ¡salud!

AgUILAR, medio puestón como estaba, se puso sentimental, y recordando que la Ufra le manifestó desprecio en las dos o tres ocasiones en que se vieron en el hospital, se declaró un mal hombre, un hombre absolutamente desgraciado.

—Modos así, compadre. Yo le aseguro que la mujer lo aprecia ¡palabra que lo aprecia! — exclamó Jeria — Pa que se convenza de que no lo engaño, un día de estos vamos a ir a su casa; comemos con ella, y después me dice si estoy equivocado o no.

—Convenido — hipó Generoso.

Pidieron más copas y un cigarro puro de despedida.

Angelito, después de esa entrevista, se mantuvo muchas noches alejado de la reunión por culpa de una mujer que pretendió enredarlo en una historia fea.

—Generoso es un güen hombre, mi negra.

—¿Sí?

—Güeno como el pan.

En esos días de inactividad reanudó la existencia apacible y ociosa a que lo había acostumbrado la Ufra.

Frecuentaron los cines del barrio, las confiterías, los salones de baile.

Una noche, como es natural, Angelito decidió reanudar su vida, y sin decir agua, volvió a las andadas.

—Bien, ¡qué hacerle!

La viuda no pensó nada malo, ni siquiera derramó una lágrima.

El destino es tan fuerte ¡pobre muchacho! Y luego ella lo quería.

## XXII

...Simpatía, afecto. Noches de intranquilidad en la que se suspira sin razón. Impensadamente la mujer descubre la causa del malestar: está enamorada. Frío o torpe, el hombre hace caso omiso de las insinuaciones. Sobreviene el despecho, una ofuscación que anula toda noción de dignidad. Un deseo rabioso, apremiante, febril la empuja, y no resiste, y cae.

Si se cae mal, la víctima declara que sufrió una equivocación, un fracaso; pero se cae bien, se cae como es debido, y entonces ella desea rodar indefinidamente.

A este dar de bruces, en el primer tiempo, la empuja la pasión; la pasión que enseguece, balda, aplasta, lima.

Satisfecha la vanidad, el hombre se pone de pie y continúa el camino que la suerte le tiene señalado.

La mujer también ha querido incorporarse y reaccionar. Pero, no puede. No pue...de.

Cuando se da cuenta de su propia incapacidad, cierra los ojos, y con miedo, con asco echa a andar de cualquier modo por el senderito que la fatalidad trazó para ella.

Un cuento bastante vulgar, como ustedes ven.

...Angel Jeria, el muchacho insignificante que se atravesó en su vida cuando menos se lo imaginaba, tiene unos ojos irresistibles que se clavan donde quieran que miren como dos rosas de fuego, como dos rosas de perdición.

De tarde en tarde, cuando lo acogota la necesidad, An-

gelito entra en casa, esboza unos proyectos de regeneración, la mimó; la ultraja después; después da órdenes, y a la calle...

La pobre cierra la puerta luego que él se va, y enseguida llora.

—¡Pícaro, infame!

Pero pasan los días y se olvida de todo.

... Siempre algún pedido, una exigencia, un capricho.

Una noche aparece acompañado de un amigo ¡y qué amigo!

Aguilar, el tenebroso, un tipo confianzudo, equívoco, ruin, se instala en su mesa de viuda honorable, y muy orondo, acaricia a la niña, hace chistes, fuma en forma exagerada y cuenta la mar de historias sucias para darse tono de hombre descarado delante de las mujeres.

Con Angelito disponen el menú: caldo de cabeza, frejoles, un bisté a lo pobre.

—Y vino — advierte Aguilar — el vino corre de mi cuenta.

La viuda hizo grandes esfuerzos para no salirle con una pachotada.

—Aguanta nomás, la culpa es tuya — monologó la Eufrasia.

Como estaba sola, tuvo que hacer de niña de los mandados, de cocinera, de sirvienta de mano.

Bebiendo, fumando, salieron a relucir los cuentos, las anécdotas de burdel; las alusiones groseras.

—Acuéstese, m'hija: el señor da su venia para que se retire sin dar la mano — balbuceó, dirigiéndose a la Menita que escuchaba, sin perder palabra lo que ellos decían.

¡Una chica inocente y tener que imponerse de tanta inmundicia! De ningún modo.

De sobremesa, Generoso pretendió que llamasen un par de niñas de las del "chino".

Jeria lo contuvo:

—No hay una que valga un diez, compadre; conozco el ganao ¡una mugre!

Mujeres de mal vivir en su casa, y remolienda, y trato con un "cafiche". Y la vergüenza, el corazón ¿adónde quedaban, Dios santo?

...La vergüenza, el corazón.

—No insista, mi negro.

—Te digo que sí.

—Por favor...

—Apúrese si no quiere escándalos.

No hubo medio de convencerlo de que una mujer seria no puede aceptar que la lleven a ciertos sitios.

Se caló el sombrero — una horma vieja adornada con flores de trapo un tanto ajadas — la falda elegante, los guantes: todo lo mejor que tenía se lo echó encima para que él — ¡há visto un capricho de hombre! — pudiera exhibirse con ella en quién sabe que parte.

Jeria le habló de irse por ahí, de fiesta; y de un bailoteo y de unas presentaciones.

Presentaciones ¿para qué, con qué fin?

En la calle se prendió del brazo de su hombre y cerró los ojos.

El conductor del auto que los aguardaba en una esquina puso en marcha el motor y sin que se le diera ninguna orden, partió a gran velocidad por la Alameda.

—Angelito, oiga...

En un santiamén la pobre se halló metida en un salón

amplio, bullicioso, pintoresco, extraño. Al centro de una como pista, limitada por un barandal rodeado de mesas en las que bebían hombres y mujeres, bailaba un centenar de parejas una danza lúbrica. Las ampolletas de luces de color vertían una claridad difusa hacia el centro del cuadrilátero, en tanto que el resto del local permanecía sumido en una penumbra inquietante.

Con las faldas muy cortas, enseñando el nacimiento del seno por la abertura del escote, las mujeres giraban vertiginosa, desarticuladamente al grito del jazz-band.

La viuda se sintió ridícula en medio de tanta mujer elegante y ágil.

—Salgamos, por servicio... van a reírse de mí, de usted. ¡Vámonos!

Angelito hizo traer unas copas de pisco y cigarrillos, y la obligó a que bebiese con él para levantar el ánimo.

Del fondo de unas placas de cristal sólido incrustadas en el suelo, emergían, como del fondo de pequeños lagos de líquido fosforescente, unos reflejos de color que daban a la silueta de las bailarinas una vaporosidad extraña.

Entre sorbo y sorbo, Angelito la decía alguna frase alentadora.

—Quiero irme; es inútil: quiero irme — suplicaba la Eufrasia.

La música se ahogó en un espasmo, y al tiempo de disolverse las parejas, del techo, de los rincones, llovió una luz cegadora y potente.

Dos chicas muy pintadas, muy primaverales, vinieron a saludar a Angelito.

—Aquí hay asiento para ustedes — invitó Jeria y abordó la presentación:

—La Olivia, la Parla... ¡Mi negra, salude!

Esta última, con voz afónica de luética, pidió tabaco y una sangría en vino blanco, con mucho hielo.

Dos jóvenes con marcada semejanza al tipo del matón profesional, vinieron a reunirse al grupo.

—A usted me parece que no la conocía — curiosoó la Olivia, una decana del cabaret, dirigiéndose a la Ufra.

—Cierto: yo no salgo ni trato con nadie — respondió ésta.

A la pobre le habría agradado decir cualquier necesidad en un tono menos áspero, menos cortante, y tener la presencia de ánimo suficiente para divertirse como las demás.

A plena luz, esas caras pintarrajeadas le parecieron lamentables: casi todas tenían el ceño triste de las mujeres viciosas, y la piel descolorida, granujienta; y en las pupilas que se abrían por entre las ojeras azules vió apuntar una marchitez, un cansancio.

El espectáculo la entristeció.

Jeria cambió un saludo familiar con la mayoría de las hembras, y con muchos de los señores que llenaban la sala. Bailó un shimmy con la Olivia, y al final se permitió besarla delante de la viuda.

—Este hombre es mi suerte, mi ramita de torongil — soltó la Olivia, dejándose caer sobre el asiento con una languidez indecorosa, como para que él...

A la misma Eufrasia se le subieron los colores a la cara. Uno de los matones intentó estrujarle un pecho.

¡Cobardes!

Se emborracharon de un modo indecente, y en la embriaguez se dijeron suciedades e hicieron de todo.

Por una indiscreción, supo ella que esa noche celebraban

el resultado de un negocio planeado entre una mujer que no dió la cara y un yanqui de las minas de "El Teniente".

A media fiesta apareció Aguilar, muy finchado, luciendo corbata y pañuelo de seda del mismo color.

El mozo agregó una mesa y Angelito mandó que invitase a dos mujeres más, y pidió una pónchera, enseguida.

La Ufra tuvo que beber por fuerza y de mala gana. Con el alcohol se acentuó la impresión del ridículo que sentía pesar sobre ella cuando observaba a las niñas.

Y a la impresión del ridículo se unió una realidad flagelante, atroz: la de la humillación, la del desprecio.

Su hombre — ¡él! — la ordenó que siguiese a un jovencito con quien estuvo cuchicheándose largo rato.

—Dice que quiere conversar contigo en la intimidad...

Esto ocurrió cuando la maldita sala estaba sumida en la penumbra.

De la escena que se desarrolló enseguida, conserva sólo un recuerdo vago, lejano.

—Por traer — aquí un concepto sucio — le pasan a uno estas cosas — vociferó Jeria.

Ella sintió caer sobre sí un chorro de adjetivos soeces.

—Se curó la huasa... falta de costumbre... el sombrero.

Y conserva la impresión de un pasadizo muy largo que cruzó a todo correr, atropellando a los matones que pretendieron reducirla.

Y recuerda la calle, una calle helada, donde un grupo de borrachos puestos en fila orinaban tranquilamente al borde de la acera.

Y recuerda que un tipo, el tipo del logrero, del conquis-

tador malogrado, pretendió auxiliarla, y como ella dijera que no, se le fué encima.

Y recuerda que lloró mucho, que lloró desesperadamente, que lloró hasta quedar extenuada, sin voz.

La vergüenza, el corazón...

Ella creía a pie juntillas en todo eso, y ahora, la experiencia ¡Bah!

## XXIII

... El negocio daba para vivir más o menos holgadamente. Pero entraron en juego el anónimo, la delación, la envidia, y como cualquier comerciante adinerado tuvo ella que someterse al control de la autoridad y que satisfacer las exigencias de los inspectores rapaces, torpes, malos.

Medidas de salubridad, engorrosas de cumplir; coimas, patentes y contribuciones absorbían la utilidad del mes, y el capital, muchas veces.

Con todo, logró mantener a flote su reputación de viuda honesta, caritativa, formal; vivir con decencia, y sotenerse, a despecho de sus rivales, y ser una buena mamá.

Pero metió su basa el amor y perdió el equilibrio, la cordura, su tranquilidad, el dinero, y hasta esa reputación de buena mujer que la enorgullecía tanto.

El casero la apremia por el pago de los dos meses atrasados, y hay que cancelar la cuentita del almacén, la de la carnicería, la del cuarto en que vive Angel — su perdición — y hay que vestirse y que comer, ella y la niña, una mocosa grandota que va a la escuela y tiene sus exigencias y sus pretensiones como una persona de edad.

Con Angel — se tratan de usted desde la noche del paseo borrascoso — discutieron la situación en forma tranquila y clara.

—Así no podemos continuar: usted dirá.

Jeria, el muy desfachatado, como la cosa más natural del mundo, la propuso que fuera a entrevistarse con una amiga que tenía por la calle Unión Americana para que ésta le presentara hombres.

—La casa es muy tranquila y la dueña no recibe más que caballeros y chiquillas reservadas, Ufra...

Otra que no fuera ella, una mujer tan sufrida, tan hecha a soportarlo todo, habría protestado, armando un escándalo como el del cabaret.

—¿Y usted se atreve? — se limitó a decir.

Jeria, con el ánimo conciliador, sereno, imperturbable, observó:

—Piénselo bien: es un consejo de amigo que no hay que echar en saco roto; un consejo, un buen deseo, y nada, nada más...

Ni el difunto Fide, en su borrachera depravada, ni ningún hombre llegó a cometer tales excesos con ella. Proponerle que concurriera a una casa de citas, a un prostíbulo, ¡quién sabe! ¡Un colmo!

A solas, después, meditó con más calma la cuestión: ¿a qué se debería esa tranquilidad, esa actitud sumisa, ese tono casi paternal de Angelito?... Consejo de amigo, un buen deseo. Y ella no escupirle la cara, y no protestar ni decir ni chus ni mus: sangre de horchata.

De parte de él resultaba extraña e incongruente la manera de plantear la solución, y feo, feísimo el que ella no hubiese puesto el grito en el cielo. Más que feo: alarmante, y en todo caso, un mal síntoma ¿no es así?

...El desalojo con intervención de la fuerza pública. Los chirpes arrojados a la calle, las habladurías; la vergüenza

de tener que refugiarse de caridad en alguna casa amiga, que comer de limosna hasta hallar una ocupación de criada, de aprendiz de fábrica o de lavandera.

Al casero, un mal viejo, un vejete pervertido, beato, eterno perseguidor de muchachitas de trece, catorce, quince años, le han bajado unos escrúpulos terribles desde que ella dejó de pagar.

En su casa no quiere escándalos, ni mujeres de vida dudosa, ni pleitos de amancebada... ¡El, que ampara un prostíbulo y acepta gente maleante: rateros, tenebrosos, mujerzuelas de lo peor, y que encima lanza a las chiquillas y las corrompe!

Un asco. Pero no abre los ojos, ni ve la corrupción, hasta cuando no le dejan de pagar el cánón.

—¡Canalla! Aprovechase de que estaba sola y en trance de tener que solicitar un favor para refregarle lo del querido!

—Querido y tramposo son una sola palabra — afirmó el casero, soez.

¿Ha visto? Un viejo que anda con la bragueta chorreada de hacer porquerías y permitirse semejante trato con una pobre mujer indefensa, con una viuda.

Paciencia, Señor...

El amor, un capricho, la fatalidad de enredarse con un hombre, y no tener la fuerza de voluntad suficiente para abandonarlo a tiempo: eso es todo.

Y las consecuencias ahí están: que la vejen, que la tiren a la calle, que digan que es así y asá.

Mala estrella de mujer...

.....  
 .....

...Cínico, cínico, cínico; mal agradecido, cobarde, necio.

Pero lo quiere. Lo tiene metido en la sangre como una espiroqueta. Lo tolera como un dolor con el que nos familiarizamos.

—Mi hijito, mi cariño, mi vida; yo no puedo hacer lo que usted dice: largarme a la calle, enredarme con el primero que pase, venderme, ¡no, no, no!

Las lágrimas la ciegan.

¿Qué van a hacer?

Jeria la ha estrujado hasta ponerla hecha una miseria, y ya no da más.

—Vidita mía, téngame lástima — suplica.

Angelito se ha ido aproximando a donde ella está; la mira fijamente con unos ojos que clavan, empavorecen, fascinan.

—Oiga, negro...

A él con gilimoteos. Se enfurece y ¡pimm... pamm... pumm!

—¡Cálmese, por Dios! ¡Suelte!

La apescueza, juega con ella como el gato con el ratón, y ruedan en un frenesí salvaje, acariciándose, mordiéndose.

Con el aturdimiento no atina a pensar en nada.

En las extremidades, un hielo, y el pulso tenso; un malestar, un desmadejamiento, una pena horribles.

...Hablan de liquidar la situación.

El hombre — muy justo — quiere, necesita vivir; y vivir bien, cómoda, elegante, despreocupadamente.

Para eso es hombre, ¡harto hombre!

Pero ella no puede, no tiene un centavo.

—Siendo así, la cosa está clara — amenaza.

¿Qué significa eso?

—Hable francamente — balbucea ella.

El muchacho se ensombrece, baja la vista y fuma, fuma.

Qué penoso resulta ver sufrir a un hombre.

—Siento mucho tener que decírselo por las claras; pero más vale una vez colorao que ciento amarillo; ¿no es de mi parecer? Bueno, atienda: si hay que amolarse, negra, se amuela usted que buscó la cosa ¡yo me voy!

—Angel... An...ge...li...to.

—Con su pan se lo coma ¿hasta cuando?

—Pero...

—La ei aconsejao, la ei ofrecido, y usted dale con que no, y con que es una mujer buena y con que no hace esas cosas, como si las mujeres perdías fueran todas unas sinvergüenzas.

—Es que...

—Buscó de jorobarse y salió con la suya.

—No sea así; le diré...

—Las patillas de siempre: que la niña, que la honradez. Todo tiene su límite; ¡adiós!

Y esto después de exprimirla, de sorberla.

¡Pícaro!

...¿Iría de veras esta vez?

Búsqueda inútil, rabia, celos.

Por la noche tentaría el último recurso, y si daba con él ¡al diablo con los escrúpulos!

En Bandera, pasado San Pablo: un farol grandote a la entrada, y un pasadizo largo, ancho; y a la izquierda, una como cité.

No había donde perderse.

...El Jazz, luces, gritos.

—Suele venir — la dijeron.

—Anoche estuvo.

—Dése una vuelta.

El último recurso, un fracaso. Y tener que confesar que lo necesita y que sin él la vida carece de sentido.

Un drama.

A la salida la invitaron para ir a los hoteluchos, no uno, sino dos, diez hombres, como si las mujeres que andan de noche por las calles fueran todas del oficio; como si los hombres no tuvieran más ocupación que acarrear niñas a los cuartos de los hoteles.

¿Y ese iba a ser su porvenir?

Ni que pensarlo.

Bajó presurosa por la calle de San Pablo, y en un escaño de la plazoleta Ecuador se sentó a descansar un segundo.

Hombres turbios, de andar despacioso, pasaban por delante del escaño, gruñían alguna insinuación torpe, una galantería procaz, y después, sacudiendo los hombros, escupiéndolo, se esfumaban en la obscuridad.

Eran los desamparados del amor, los fracasados, los tímidos que salen a abreviar la sed, a buscar un engaño, a sincerarse con la noche.

Ella no era la única entonces.

...—¿Usted?

—Yo ¿y qué hay?

El encuentro más casual del mundo y el desenlace más simple del mundo también.

Y ella que hasta pensó en suicidarse.

—No diga.

—Cierto.

Se largan a reír. Y la eterna historia: se confiesan, se arrepienten, se absuelven...

Besos o patadas; pero alejarse y vivir el uno sin la otra, eso no.

Mañana o pasado vendrá el casero y los arrojará a empellones.

—¡Qué divertido!

—Divertidísimo ¡jí... jí... jí!

El cuentito del amor siempre igual: un día los personajes piensan en el suicidio, y otro en que las penas con pan se pasan; y esto, es claro, le hace una gracia enorme, tremenda.

¡El cuentito del amor! Pero qué falta de originalidad, qué estupidez, qué poca imaginación... creer que las penas!

Es irritante, necia y fantástica esta literatura. Y luego, ¡qué vulgaridad!

## XXIV

Dos piececitas en una cité del barrio Independencia, los poquísimos cachivaches salvados de la catástrofe, y amontonados de cualquier modo, la niña, ella, él.

Ni amigas ni conocidos: una vida de bohemios, independiente, desligada en absoluto del resto del mundo, de las habladurías, de las acechanzas, de la curiosidad, del falso e immoderado interés que suelen demostrar los que andan a la pesca de secretos ajenos y de pequeñas intimidades de alcoba para esparcirlos a los cuatro vientos de la maledicencia.

—¿Quién iba a imaginar dicha tan grande? — se aventuró a decir la viuda, con los ojos puestos en él, cuando se instalaron.

De alba, escuchando el traqueteo de la gente trabajadora, experimentaba un placer grande, inmenso, al divisar a su derecha, a su hombre que dormía el sueño pesado de la mañana, enseñando por la camisa entreabierta un pcho viril; y más allá a la niña, desmelenada, linda.

—Gracias, Dios mío, por haberte acordado de esta pobre mujer, exclamaba, feliz, ante la idea de que esa mañana no tendría que atender el negocio, ni que madrugar, ni que preocuparse de nada, como las señoras ricas.

A eso del medio día, y más tarde algunas veces, estiraba los brazos y se desperezaba en medio de un charco de luz tibia y agradablemente acariciadora.

Jería se quedaba en la cama casi toda la tarde, remoloneando como un gato regalón.

El pobre muchacho no le perdía la afición a la noche. A las cuatro o cinco, se ablusionaba abundantemente, y después de comer alguna cosa, muy elegante, muy fresco, muy perfumado el bigotito con agua de olor, se lanzaba a la calle.

¿A trabajar?

La Eufrasia muchas veces se hizo esta pregunta. Pero una mujer discreta y delicada no tiene para que mezclarse en los actos del marido, y menos si éste la respeta y no da escándalos, ni se emborracha, ni escatima el dinero ni los miramientos debidos a su condición.

Reintegrada a su primitivo estado de viudez confiada y honesta, la Ufra empezó a engordar y echó unos colores de manzana madura; sus pechos, mustios de sufrir, adquirieron una turgencia insospechada.

—El amor — balbuceaba, extraviándose en su propia contemplación, cuando al descender de la cama deslizaba la mano a lo largo del basto cuerpo desnudo, tibio y palpitante.

Perdió la curiosidad por todo lo que pudiera acontecer más allá de la puerta de casa.

—Mama, lléveme al biógrafo; dan una película linda esta noche.

A ella le incomodaba la idea de ir a sepultarse en la obscuridad de una sala de espectáculos, cuando estaba tan bien en su cuartito. Para salir del paso, alegaba un malestar cualquiera, un dolorcillo y se acabó.

Con el desbordamiento de los tejidos adiposos, de las materias grasas, los nervios fueron aquietándose hasta sumirla en una como somnolencia de vaca contemplativa, sana y bonita.

El amor, pues, se reducía a tener la piel lustrosa, unas grupas exuberantes y un pecho excesivo y muelle, y ninguna o casi ninguna inquietud.

Ella, en sus días de viudez, había soñado con esta existencia lánguida, despreocupada y ociosa que la llenan un lecho, un hombre y una ventana por la que se pueda recibir el sol y mirar lo que ocurre afuera, si se tienen deseos.

Sus veinte años de esclavitud, de quemarse las pestañas, de oler a fritanga, de mirarle la cara a los demás, de sufrir desengaños, de dejarse engañar por hombres viciosos y de vivir en cuartos infectos, la autorizaban para apropiarse de ese título de persona decente.

Pronto tendría una sirvientita que hiciera las compras, el aseo del cuarto, y adquiriría al lance algunos muebles y una vietrola.

Se acomodaría de a poco, y cuando el rincón tuviera todo el aspecto de una casita de familia, era posible que su hombre le perdiera la afición a la noche y compartiera con ella las veladas.

La niña iría a una escuela de la vecindad y enseguida a una de normalistas o al Liceo.

Aprendió a jugar al solitario, un juego admirable. Y aprendió a divagar, un gran entretenimiento.

Como la ventana de la alcoba era la última de la cité, de noche se echaba sobre el alfeizar, distendía el naipe y se quedaba las horas combinando solitarios.

De tarde en tarde contemplaba el cielo o discurría alguna innovación doméstica, como buena burguesa, o soñaba.

¡Vida linda! El amor.

...Sumidos en esa blanda y perenne borrachera de amor

que ella ha dado en llamar "la vida del oso", los días transcurren con una vertiginosidad abismante.

Mi gorda para arriba, mi ricura para abajo. Y una de besarse y de hacerse caricias y salamerías que da envidia y provoca hilaridad.

Un espeso forro de benevolencia acalla la inquietud de pensar, la impide bambolearse sobre la cuerda floja de las suposiciones hostiles o de las ideas disociadoras.

¿Los celos? A su edad resultaba ridículo, y luego, ella, ¡una mujer tan feliz!

Cuando el indicador de la romana de pesar sobrepasa los noventa kilos, las pequeñas irregularidades se explican de un modo lógico, fácil, inmediato...

¿Qué él tiene la manía de pasarse las noches fuera de casa, vagando, charlando con los amigos, bebiendo sus copas, y si a mal no tiene, echando su bailoteo en las filarmónicas o en los cabarets de la calle Eyzaguirre?

Nada de particular: es hombre y el hombre tiene que darse sus gustos, sus largonas de cuando en cuando.

Ahora, ¿qué no le guarda la debida fidelidad?

En esas correrías es posible que Angelito se haya visto obligado a sacar los pies del plato, quién duda. Pero de esa traición involuntaria, las culpables son las mujeres; las mujeres que son exigentes, tentadoras, caprichosas y que al olor del macho les baja una fiebre desesperada.

Cuando no las atienden, gritan que fulano es un marica, y si les hacen el favor, se cargan al freno y abusan de la buena voluntad...

A las señoras ricas les pasa igual cosa con los maridos, y lo que no tiene perdón de Dios, eso sí: hay maridos que son desgraciados con sus mujeres...

Las noches que no tenía que agregarle algunos centímetros de encinturado a la falda nuevita, al de la enagua — noches de sonrojo, de torpor — cogía los naipes y descansando el peso de sus opulentos pectorales sobre la extensa bandeja del ventanal, armaba y desarmaba solitarios.

En estas noches lánguidas del divagar apacible, la viuda abría su corazón de par en par.

—¡Tanta felicidad?...

Por su frente limpia de acritudes solía escurrírsele como una sombra, un frío.

Pero nunca un mal pensamiento:

La gordura, el amor, ¡qué quieren!

...Los primeros tranvías: las cuatro, las cinco de la madrugada: un desasosiego. Las seis, las siete: preludio de pasos: un dolor. A las ocho, un miedo, presentimientos trágicos, desesperación, rabia.

El sol amplía la sensación de abandono, deteniéndose delante del lecho solitario.

Dan las nueve.

Un tardío aletear de campanas estremecen el aire.

Tlan... tlan... tlan.

La iglesia de la Estampa, los Carmelitas, la Recoleta Dominicana desparraman quejumbrosamente el postrer llamado.

A las diez hay que cerrar los postigos para impedir que la luz continúe profanando el lecho, para no ver las hoquedades que dejaron la cabeza, el cuerpo.

A las doce, a la una de la tarde, los nervios en tensión vibran alborotados. A las dos se escucha un ruidito, como si escarbaran en la cerradura, y un golpe que repercute en la nuca, en el corazón...

—M'hijito: hasta esta hora en la calle sin avisar...

Se miraron un segundo

La risita dulzona como un chorro de almíbar que ella le ofrece, se pierde entre los pliegues de la abundosa papada.

El hombre tira el sombrero en un rincón de la alcoba, bosteza y se desviste, subrayando el acto de desanudarse la corbata con gesto de pesadumbre, agrio y cansado.

¡Y para ella ni tan sólo un saludo, una satisfacción!

En la carótida luce un cardenal. Bonita cosa: una dentadura completa, y tan abajo, que la cicatriz compromete casi el nacimiento del hombro.

Pero hace la vista gorda, calla.

Exigencias de mujeres — piensa.

Más tarde vendrían las explicaciones, el arrepentimiento, las promesas. A eso se reduciría todo, menos mal.

...Torpe y violento.

El — dijo — podía ir donde se le diera la gana sin tener que darle cuenta a nadie de sus cosas. Era libre, independiente — recalcó mucho la palabra independiente — y ella, una gorda ociosa, una mantenida no tenía por qué ni para qué entrometerse en las cuestiones de carácter netamente personal e íntimas suyas.

¡Gorda ociosa!... ¡Mantenida!

Y crea una en los hombres, en el amor, en la gratitud, en la dignidad, en el corazón.

Una gorda ociosa, una mantenida.

Intentó sobreponerse.

—¿Y usted, yo?

Un topor dulce como de persona que se evade de la realidad la escamoteó las palabras, fuertes y dolorosas.

Vivir, ¡qué odiosamente trágica le resultaba esta vida suya!

...Una mantenida; un estorbo en buenas cuentas. Y gorda y ociosa: el ridículo, lo grotesco.

Pero él se empeña en que ha de quedarse en casa.

¿Qué pretende? ¿qué proyectos abriga?

Una cadena muchísimo más fuerte que el amor, una odiosa cadena la retiene junto a él: el miedo.

Es tan malo, tan decididamente malo el pobre que no se atreve a escapar.

—Cría cuervos para que te saquen los ojos — dice la infeliz, con las pupilas arrasadas de lágrimas.

...Bestia. Monstruo.

Una noche se presenta en casa con una mujer; una niña de esas que pululan en torno de los hotelillos de mala muerte, con toda seguridad.

Y ella, la gorda ociosa, la mantenida, el vegestorio en que se tropieza a cada dos por tres, ha tenido que acurrucarse en la cama de la hija para que ellos duerman en la suya; y los ha visto desnudarse, y después, cada hora, cada media hora...

¿No es horrible?

La Menita se ha dado cuenta de todo, absolutamente de todo.

Pero es la mantenida y no hay más remedio que sufrir resignada.

Cuantos meses de lucha interior y de barajar argumentos dilatorias no sostuvo para engañarse a sí misma.

¡Qué Jeria es un macrós, un mal hombre!...

Pero el amor no tiene oídos, ni ojos, ni pies, ni cabeza.

Una cae en la cuenta de que es así, cuando el intrín-gulis no tiene solución que hacerle.

...Otro mes. Pequeñas alternativas. Un día bueno, otro malo.

De pronto, una tarde, a él se le ocurre que vaya al almacén en busca de cigarrillos.

La asalta una duda, un malestar.

—¡Al almacén!, cuando le incomoda hasta que una se asome a la ventana.

Pero acepta, por captarse su simpatía, por miedo, para que no diga que es una gorda ociosa, una mantenida inútil.

En el almacén ni en ninguna parte hay la marca de cigarrillos que él ha indicado, marca seguramente imaginaria, o 'rarísima.

—¿Qué contendría aquello?

El corazón le anuncia que se precava, y experimenta un vacío en el estómago, un susto.

Corriendo atraviesa la cité. Se detiene delante de la puerta. Llama, una, dos, tres veces.

—Mi hijita, abra; apúrese, abra, abra.

Minutos larguísimos, interminables. Sale él, en mangas de camisa, congestionado, tembloroso.

—¿Y la niña?

Se le nublan las pupilas. Escucha un llantito que viene del interior. Comprende.

Su tesoro, lo único que tenía en la vida ¡ella también!

Se echa a llorar; lloran las dos.

—¡Asesino!

Jeria, de pie en mitad del cuarto, se cruza de brazos.

—Mujeres alharaquientas... ¡miren qué novedad!

El reloj de cuco de la casa vecina canta una hora.  
Pájaro idiota.

...Huir, así, a la disparada; exponerse a que él se venga, no tiene objeto ninguno, ni remedia el mal.

No se hablan ni se miran, él y ella.

La chica se pasa el día sumida como en un sopor. Entre ella y su madre se produce una tirantez, un distanciamiento insalvable.

Se tienen lástima; quisieran decirse frases consoladoras, dulces, cordiales, y sin embargo no pueden.

Son dos amigas que sufren, nada más.

Y en medio de ellas, el maldito secreto, y un terror grande, atroz.

Asqueroso.

...Los días, los meses.

Y rodar sin ton ni son, y sufrir, y entregarse a tontas y a locas, y ser una mantenida, un bulto.

Y lo más triste: declararse impotente.

Muy de mañana un agente de policía viene a verificar el "domicilio del fulano que apresaron en una batida de tenebrosos".

Más tarde aparece el propio Angelito, radiante porque ha logrado despistar a los "cómicos" — como llaman los malevos a los de la policía — y embaucar al juez.

Pero necesita dinero para reparar la avería, para acallar a un "bocón".

—¡Ustedes han de ver lo que se hace, palomitas! He hecho harto por ustedes, las he alojado como princesas, las

he engordado, y es justo que ahora me ayuden a salir del berenjenal. La vida es así: hoy por tí, mañana por mí.

¡Dinero!

Sabe que ellas no han de lanzarse a la calle a mendigar un “pesito para la suerte” como busconas de tres al cuarto, y él necesita imprescindiblemente una cantidad para la noche.

Enciende el cigarrillo inspirador. Se rasca la cabeza, medita.

—Se me ocurre un acomodo — dice de pronto — ustedes tienen que pensarlo, o la de no...

Madre e hija lo escuchan en silencio.

El tiro está en don Guido, el italiano de Dolores ¡su amigo! — subraya, encarándose con la viuda —. Usted no se compromete ni tanto así, mi reina.

En su actitud hay como una amargura que flota insistentemente. Dijérase que es el marido engañado que se guarda el secreto de la infidelidad para revelarlo cuando sea menester.

¿Miedo?

Frente a frente a su hombre, la viuda nunca sabe qué decir; no se le ocurre nada.

Pero piensa para sus adentros:

—Don Guido, don Guido, ¿el italiano de Dolores?

Aparecen unas pocas caras conocidas en el viejo barrio.

La inquietud de la vida inconfortable, la inestabilidad del trabajo, el afán de tentar suerte han dispersado a los antiguos vecinos. Los que quedan, pequeños comerciantes, pequeños propietarios, obreros con taller propio — la tiránica burguesía del arrabal — están contestes en afirmar que la viuda ha engordado de un modo asombroso, y que la niña — la Menita, la guacha, recuerdan — con esos pechitos y esas caderas, parece una mujer grande, toda una mujer.

Las pobres se ruborizan al oírlos y tratan de marcharse en seguida.

—En el local que usted ocupaba — la informan — el maestro Chamico puso una hojalatería en sociedad con la señora, que es la que vende y atiende las órdenes.

Recalcan aquello de “señora” para hacer más visible el despojo de su calidad de viuda y exaltan la personalidad de Chamico para hacerla pesar en su inferioridad económica.

Ex viuda, ex comerciante, ex mujer libre; y casi, casi ex madre.

En la frialdad un tanto desdeñosa de la gente, ella advierte su propia desvalorización.

—Güeno, adiosito. Otro día he de venir a platicar largo con ustedes — dice — y se aleja a zancadas por la primera bocalle que encuentra.

Pero la aguardaba otra desilusión.

En el sitio donde don Guido colgó el rótulo de romántica inspiración, había ahora un anuncio de carnicería, y debajo de él exhibíase una cabezota de vacuno, con grandes cuernos y unos ojos de cristal que miraban fija y neciamente al transeunte.

El carnicero, cuando ella entró a indagar el paradero del napolitano, suspendió la faena de aserrar un magnífico cuarto de res, y con sus dedos empurpurados y grasosos se atusó el bigote; bigote de carnicero, grueso y rotundamente sicalíptico.

—El bachica remató las existencias del negocio, y me creo que de aquí dijo que se iba para su tierra o cosa parecida

Ampuloso y sensual, acabó por no decir nada. Pero como el chico que lo auxiliaba en sus menesteres estaba informado de todo, llamó:

—Lucho, buscan aquí.

La pobre, entre tanto ir y venir, experimentaba una desazón intensa, una nerviosidad como de persona que ve alejarse el tren en que va a emprender un viaje trascendental; el de la esperanza, nada menos.

—¿En Diez de Julio... un bolichito? ¿Y no sabe el número?

—El número no; pero como ha de ser persona conocía, preguntando puede dar con el paradero. Sé que está cerca de la calle Madrid.

El carnicero, sin avergonzarse en lo más mínimo de su ignorancia, las miró largamente, cuando salían.

—Yo podría suplir al gringo, suegra; y si tiene mieo, puedo acompañarlas en la busca.

¡Suegra! La suplantación, el término de una juventud esplendorosa.

Salieron a la calle.

En la Alameda, la noche entoldaba las copas de los árboles con un trapo humedecido de rojo.

Como estaban fatigadas, se echaron sobre un escaño vacío, alto, recio.

En la punta de diamante que miraba hacia la Estación, alzabase la maciza estructura del hotel, sugerente, llena de recuerdos.

La puerta; el bar, en el piso bajo; arriba, el cuartito; ese, precisamente: el de la derecha, donde estaba la luz y que ahora ocuparía otra pareja.

—¿Qué hacemos?

—Usted dirá.

Empezaron a caer unas gotitas punzantes que colgaban como lágrimas del vértice de las hojas de los árboles.

—Vamos, si quiere.

—¡Vamos!

Y echaron a caminar, Alameda arriba, pasito a paso.

... En buen romance, aquello era como ir por lana y salir trasquilada.

Don Guido Lambertuci, cavilante, con su enorme pipa apretada entre los labios, reposaba, sentado junto a un saco de carbón, sobre un taburete. Un chonchón a petróleo destilaba entre las sombras espesas, una lucecita enxangüe, doliente.

Más que viejo daba la sensación de un hombre envejecido, de un hombre deteriorado.

Cuando ellas entraron miraba hacia la calle, ululante de nocturnidad ruín y de lujuria con los ojos apagados del que habiendo visto muchas cosas, acaba por no interesarle ninguna.

Unos ciegos tocaban el acordeón en un bar del frente.

—Digan — gritó para evidenciar su presencia de hombre inactual, cuando vió adentrarse dos sombras en la obscuridad.

—Somos nosotras, don Guido: la Eufrasia, la... ¿no se acuerda?

—¿Ustedes? Adilante, pasen.

Dió media vuelta al regulador de la luz, y entre la humedad acre del petróleo surgió una claridad reveladora.

Hacia el fondo del cuarto veíase una cama sin hacer, sucia; lecho de hombre insomne, seguramente: un nidal. Ristras de cebolla, trenzas de ajo, pendían del techo, desparramando un olor nauseabundo.

—Quién lo vió, y quién lo ve — pensó la Ufra... Don Guido, este es el hombre que quieren que explote pa que el zángano de Angel...

Un sin fin de reflexiones ácidas y torturantes zumbaron en su cabeza en ese minuto de indecisión preliminar: el amor de don Guido hacia ella, la negativa, y con la negativa, la de palos de ciego que dió, la quiebra y todo por su culpa.

Lambertuci nó hizo incapié en la gordura de la viuda, ni en si la chica parecía o no una mujer formada.

Sin aspavientos, como un hombre y una mujer que a la hora del crepúsculo repasan los acontecimientos del día, ella y él fueron contándose las cosas que no se habían dicho desde que dejaron de verse.

—¡Pobre don Guido!

—Non diga ¡pobre don Guido! Ofrasia: no está bien de decirlo ¡no está bien!

La Menita, que curioseaba con cara de fastidio la nota gris del bar, intervino en ese momento, enfocando a su madre con una mirada interrogadora.

¿Intuición de chica que ve perdida una combinación?

Un dolor agudo, súbito, inexplicable, encogió de pies a cabeza a la pobre mamá, cuando descubrió en esos ojos, más que un reproche, la existencia de una complicidad, de un cinismo de víctima precoz.

¿Qué hubo: soltó la plata, nos vamos?

Mamá leyó eso de corrido y sin titubear. Y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Para llenar la laguna que se produce cuando no se sabe cómo justificar la presencia de una persona en casa de otra, hablaron deshilachadamente del vecindario, de cierto vals que atacaban los ciegos, del azar que aproxima a las almas cuando menos se piensa.

—¿Usted no vive en esta calle, intonces?

—No, don Guido; vivo lejos, por Independencia, ya ve.

Como a buen entendedor pocas palabras bastan, insinuó Lambertuci, aparentando una serenidad que estaba lejos de sentir:

—¿Si io le pidiera que volviese?

—Volver, sí... un día de estos, claro.

—¡Un día de estos! — suspiró Lambertuci, y agregó, bajando la voz para que la chiquilla no se enterara:

—Vente sola, Ofrasia; tenimo que hablar ¿comprende?

—Como usted quiera. Bueno — respondió ella, en el mismo tono imperceptible.

Afuera rodaban las voces de la muchachada que visitan las casas de mal vivir.

¿Qué iba a decir su hombre?

Ella no se atrevía a confesar la verdad tal cual era: un italiano tan noble, tan bueno.

La Mena la vió llevarse el pañuelo a los ojos y guardó silencio.

‘Otro día, sola; tenían que hablar los dos!

Quién sabe si esa no fuera una solución, la verdadera solución...

—No se apure, hija: con la gordura y los años una se rinde a la primera embestida.

Pronunció la palabra «hija», flojamente.

Y siguiendo con la mirada la doble raya luminosa que libujaban los rieles del tranvía al borde de la acera, la sobrevinieron unos deseos violentos de tirarse de espaldas, de cerrar fuertemente los ojos, y de no saber más de nada, de nada.

...La farsa del italiano; el cuento, la esperanza del italiano.

Había que jugarse el todo por el todo, cara a cara, con franqueza, y decir la verdad con absoluta entereza.

Viejo, deteriorado, pobre, don Guido la conmovió y como de ésto al querer no hay más que un paso, o menos, quién sabe, pensaba juntarse con él, y reparar los males pasados.

Don Guido era un caballero, y ella estaba harta de humillaciones, harta de dejarse engañar, de que se burlaran en sus propias barbas.

—Animo, Ufra — se dijo a sí misma — el italiano te quiere, y es justo que vos le devuelvas todo lo que ha hecho por tí

...Pasó lo que ella supuso que tenía que pasar cuando Jeria, al venir por el dinero del italiano, la encontró con las manos vacías, y tan campante, como si hubiese obtenido un éxito formidable.

Salieron a relucir su gordura, su estupidez, su calidad de mantenida y otras cosas feas, que no objetó la pobre.

La Mena, oye que te oye, no dijo palabra, ni hizo ademán de defenderla en ningún momento.

Después de comer — cosa perfectamente inusitada — Angelito se quedó en casa, y a media noche la viuda sintió resonar unos pasos dentro de la alcoba, y vió deslizarse un bulto y otro, y escuchó unos gemidos entrecortados.

¡Mala hija, chiquilla pervertida, ingrata!

Se le escapó la palabra rufián, y hasta repitió el dicho, haciendo pucheros: a rey muerto, rey puesto.

La cosa más natural del mundo, ciertamente.

...Celos, desesperación.

De madrugada, un buen día, el sol señala como dos fosas abiertas en el lecho, el hueco donde la noche anterior reposaron los cuerpos febricientes de ella y de él.

Mira a un lado y otro, inútilmente. Da voces y el eco devuelve las palabras, como la carta sobrante que no alcanza a llegar a su destino.

Por el seno ancho de la pobre mamá, de la mantenida, resbala la brisa helada que despide el tubo de la cité.

Bien despierta, lúcida, serena, coge un zapato aquí, las medias allá y con mucho sosiego empieza a vestirse.

En la luna del espejo, al inclinar el tronco delante del lavabo, aparece una masa temblorosa que se derrama y oscila en medio del bisel fulgurante.

Esa esfera de carne fofa es como una revelación de lo que ella no pensó a tiempo.

—Enamorarse de un chiquillo ¿a quién se le ocurre?

Desarraigó una cana, y después, con la esponjita de felpa, distendió sobre sus mejillas una capa de colorete, tenue y sutil.

Sin vacilar, en seguida, descuelga la falda casera y con el

cepillo de dientes, la ropa interior, el peine, hace un lío pequeño. Se encasqueta el sombrero a la disparada, y en menos de lo que canta un gallo, cruza la cité.

Un tranvía se aproxima a gran velocidad.

En el momento de saltar al estribo, recuerda de que se ha olvidado de cerrar la puerta de casa.

Pero es demasiado tarde; ya no puede detenerse un sólo segundo.

No puede ni quiere: esa es la verdad.

## XXVI

La Eufrasia en la banquetita austera, don Guido sentado al borde de la cama, entre las ristras de cebolla y las trenzas de ajo, charlan amigable, reposadamente como dos antiguos camaradas.

—¡Pobre Ofrasia!

—La verdad, don Guido: cuando una menos se piensa se fataliza, y por querer zafarse del pantano se hunde más y más. Es así, usted sabe.

A medida que hablan, que intiman, ella siente como un deseo imperioso la necesidad de vaciar el pasado áspero y doloroso, gota a gota, hasta el final.

—Una cosa triste, Ofrasia... Ma al fin, vea... io también.

Con la voz enronquecida, Lambertuci habla de su vida; vida un poco turbulenta, vida inquieta de emigrante, en la que no faltan las equivocaciones ni los malos pasos ni las bellacadas.

—Ma, in el fondo uno e bueno, y los buenos se encuentran — dice.

—¿Usted cree?

—Sí, Ofrasia; credo interamente, verdaderamente.

Habla de que él, como tanto muchacho loco que rueda por el mundo, fué un poco lo que se llama “la oveja negra de la familia”.

—Mi padre, buen vieco él, tuvo fortuna e situación; ma-

má, como ustedes dicen in América, era de apellido bien, de apellido aristocrático ¿sabe?... .

En ese viaje de emoción retrospectiva, don Guido no deja nada por aclarar, ni sus locuras de mocito calavera:

—A lo diecinueve año no escapamos con una chica que protegía mamá, Ella se quedó en el Brasil, e io fué a la Argentina a donde la prometí que nos reuniríamos después. Uno mese o dos nos escribimos. Por entonces, una criolla, linda muquer, me anduvo embromando la paciencia y no me volví a acordar má de la muchacha hasta que la criolla me la jugó feo. Carta va, carta viene, el Cónsul de Italia en Río, me anunció que ella era muerta... . ¡Una cosa bárbara, le juro!

Hombre teórico, sostiene que el hábito no hace al monje y que las apariencias engañan.

—Osté, Ofrasia, ha tenido su lío, sus aventuras, sus cosas; lo sé, lo vide ¡claro que lo vide! Me enamoré de usted como un chiquilín. Duharte y doña Rosa me contaron una punta de infamia, y su amistad con un peón, el muchacho carretero. Non importa, pensaba yo: ella, la Ofrasia, e una muquer buena, una buenísima muquer; la Ofrasia vale más que toda la muquere del conventillo; la Ofrasia non tiene la culpa de lo que hace... la Ofrasia vendrá conmigo.

—¿Qué está hablando, don Guido?

—La Ofrasia vendrá... e vino ¡ecco!

Hablando, hablando, se produce un fenómeno de mimetismo en el que las vidas se confunden, se yuxtaponen.

¡Tal para cual, quién creyera!

—Somo la oveja negra que los años emblanquecen — suspira melancólicamente Lambertuci, oteando en el pasado.

Y habla de reparación, de redimir la juventud equivocada y lamentable, de la vejez tranquila; y de olvido, de perdón.

—Guido Lambertuci perdió el negocio, su economía ¡todo! por la muquer, y ella, non sé francamente como decirlo...

Una mano fuerte y nerviosa ciñe su cintura. Suena un beso, y en seguida otro.

—¡Pobre Ofrasia!

—Don Guido, por favor... no hable así.

En la mesita, sobre la que yanta el desconsolado señor Lambertuci esos guisos condimentados con la especia del recuerdo, ella abre el envoltorio y distiende el contenido: la falda casera, el peine, la ropita interior. Alínea aquello, lo inventaría.

—¿Me perdona?

—Ofrasia, non diga barbaridades.

Y estalla otro beso.

...La menopausia, la gordura y los años ponen una nota de honestidad en el hogar.

La viuda hace de vendedora, de criada de razón, de amiga; y los dos trabajan desesperadamente con la ilusión de conquistarse un futuro apacible, holgado, y de tener casa propia y libertad para ir donde les de la gana, como los rentistas.

Después de comer, cuando no hace demasiado frío, cogen el taburete y van a sentarse a la acera para escuchar la música que tocan los ciegos en el bar.

A ella, mujer de pasado inquieto, en estas noches suele asaltarla una tristeza horrible, una nostalgia, un deseo de escapar...

Por la calle de Madrid, en ángulo recto con el bar, existe, desde hace una porción de años, una casa de francesas, de elegantes francesas a donde acuden caballeros de aspecto res-

petable que vienen a terminar de fumar el puro de la sobremesa y se apoyan en el bastón de la decrepitud.

Por la misma acera, un poco más allá, funciona una casa de citas, clandestina, como todas las casas de cita. Las damas y los señores que la frecuentan casi nunca miran hacia ningún sitio al entrar, ni hacen sonar el timbre, ni se anuncian siquiera...

Este tráfico le recuerda a la pobre viuda una infinidad de episodios de su vida, y esas mujeres huidizas, de silueta elegante, que saltan de los coches para meterse en la casa de citas, suele, a veces, torturarla con exceso.

—Una nunca deja de ser madre, Guido — lloriquea, atisbando los bultos misteriosos.

Lambertuci, con su sensibilidad rudimentaria, no alcanza a penetrar hasta el fondo de ese pozo repleto de nostalgias que es el alma de la madre, de la amante.

—Mala quente — refunfuña —. Una punta de cornudo, de...

Ella no hace ni la menor objeción y él no se da cuenta de nada tampoco.

Una noche hablan de la niña, de la Mena. Por temor, por delicadeza, siempre esquivaron el tema, hasta que una noche, la viuda no resiste más y cuenta:

—Yo no más tengo la culpa de que ella se perdiera ¡yo, yo!...

Don Guido muerde la pipa renegrada, y pensante, dice:

—De tal palo, tal astilla, muquer.

La Ufra comprende que alude a Fide y se indigna y sufre.

Faltarle a un difundo: es atroz.

Pero reflexiona, piensa una porción de cosas.

—¡De tal palo tal astilla! A lo mejor, quién sabe si no fuera esa una explicación atinada.

Y recuerda su vida dolorosa, a su mamá y sus eternos conflictos sentimentales, sus eternos escrúpulos...

En el conventillo las mujeres tienen amantes y hacen cosas feas y sufren, sin darle la importancia trascendental que ella le daba a todo.

El "gringo", un negro que pretendió ser su amante, le dijo cuando se pelearon una cosa que el tiempo no ha podido borrar:

—¡Sangre de rica!

A lo mejor, su papá... Pero ha oído tantas historias que quién sabe...

.....

...Un año. Salvo pequeñas mejoras introducidas en el mueblaje y cierta taciturnidad que advierte en el italiano, no ocurre nada de particular.

¿Es que don Guido empieza a fatigarse de tenerla en casa?

Ella procura pasar inadvertida. Le da gusto en todo, trabaja y para consolidar su situación de mantenida — bien triste reconocerlo, pero ¡qué diantre! — no escatima ningún detalle que pueda halagarlo: ha aprendido a guisar a la italiana unos cuantos platos ricos, y repite palabras en italiano y adquiere una oleografía en que aparece retratada la familia real, y una banderita italiana que coloca en la mesa, delante del cubierto de don Guido, los domingos.

Pero con todo eso no desaparece la seriedad ni se borra una arruga profunda que surca la frente del napolitano.

Realmente, es extraño.

...El sábado resuelven asistir a la exhibición de una película de la Minicelli que ofrece un cine de la Avenida Matta.

Les resulta un dramote intolerable, aburrido. Pero se quedan hasta el final de la función, y lloran.

De regreso, don Guido dice que ha pensado normalizar su vida.

—No estamos matando, Ofrasia... Uno es viejo y no es justo trabacar de ese modo.

El infeliz comprende que ha fracasado. El viaje a la patria, la fortuna, la rehabilitación fueron un buen deseo, un sueño.

Ahora, aspira a vivir, lisa y llanamente; a vivir la vida oscura de un vendedor de carbón. Pero a vivir con tranquilidad.

—¿Non te parece?

—¡Bien penoso, pobrecito!

Ella lo vio palidecer horriblemente, y él se quedó más taciturno que los demás días, como si hubiese algo que no se atreve a decir.

...El hábito de pegar etiquetas en los tarros de conserva, de reducirlo todo a cifras, de inventariarlo todo?

Escuchándolo le parece cosa de sueño o de burla. Pero no hay tal.

Para don Guido, el matrimonio es una etiqueta, una especie de marca de garantía sin la que no podrá reposar su vejez en condiciones honorables.

Vivir en la forma que ellos viven, sin formalidad legal, es como pasarse de contrabando, una cosa monstruosa.

Y la propone el casorio, muy formalmente.

—¿Después de todo lo que le he contado?, ¿después de todo lo que usted sabe? — interroga la Eufrasia, estupefacta.

—¿E io?...

Cierto: él no era una vestal, ni mucho menos; pero...

—Usted es hombre — objetó la viuda — y el hombre ya es otra cosa.

El rostro de don Guido se aclaró al hablar del matrimonio de un modo notable.

Su plan consistía casarse en reserva, con todas las de la ley.

—Pa tu cumpleaños, in setiembre... Tengo arreglao el asunto: nos casamo a la mañana e después hacemos un viaquecito a la costa: a Lollole, a San Antonio ¡lindo! ¿Non te parece que e lindo?

Lindo y grotesco. Porque fijarse en una mujer corrida es absurdamente grotesco ¿verdad?

...Septiembre. El cumpleaños.

Don Guido Lambertuci pegó su etiqueta y vieron el mar; pero sin caer en ninguna de las ridiculeces que se gastan los novios cuando contemplan el vasto panorama marino, durante la luna de miel.

A ella esa boda le hacía el efecto de un desposorio mongil, de algo trágico.

Pero no dijo nada por no estropearle la ilusión al viejo, y porque a su edad — y digan si no es trágico, Señor — es imprudente andarse con regodeos.

En Santiago, don Guido tira la maleta del viaje nupcial al último rincón del patiezuelo.

—Y ahora a vivir — dice — con unos modos que a ella le resultan tremendamente dolorosos.

Y la invaden una pena, una desesperación, y se echa entre los brazos del marido y llora.

Vivir por vivir, nada más.

Don Guido cree que la poverella llora de felicidad, y la besa en la frente con un beso perfectamente casto y tranquilo.

.....

...Siempre vivir, el afán de vivir.

Un viejecito, acurrucado en un sillón de mimbre, fuma su pipa delante de la puerta de casa. A su lado, una mujer ni joven ni anciana, contempla la calle, ancha y ruidosa.

Es de noche. El corazón se repleta de recuerdos. El viejito tiene las piernas cubiertas con una manta espesa, los ojos apagados, y fuma, fuma silenciosamente.

La mujer, muy gruesa, alta, con el pelo gris, lanza unos bostezos de tarde en tarde, y suspira después, expeliendo como un fuelle el aire que ha absorbido.

—Moquer ¿qué tiene?

—El madrugón de esta mañana: sueño.

Del ventanillo de un automóvil que se desliza por la calzada a toda velocidad, se desprende un brazo fino, largo, gracioso como una garza que aletea en la sombra muelle de la noche.

Ella ha vuelto a quejarse.

—Muquer, muquer — refunfuña el viejecito mascando su pipa con ansiedad de chico goloso.

—No es nada, hombre — exclama ella, y con los ojos desvaídos sigue el raudo correr del coche hasta que la trayectoria se borra a lo lejos, silenciosamente.

Encima de la calle resplandecen las estrellas.

Pasan más coches. Coches herméticos, esquivos.

Vivir. El tremendo afán de vivir.

—Y ya es hora de que se recoja — advierte la mujer.

El viejito golpea la pipa contra el brazo del sillón, y gilimotea, alzando sus brazos implorantes de paralítico.

—Tú dirá...

Ella coge la pipa, el cubre pies; alza al viejito por los sobacos y se lo lleva lenta, cuidadosamente...

La pierna paralítica resuena al arrastrarse como un rumor de hojas secas que empuja el viento, lúgubre, monótono.

Rás...rás...Rás...ras.

La mujer, alta, gorda, deposita al viejito en la cama y lo desviste. Después mira hacia afuera, suspira y cierra el portón.

Vivir.

En la obscuridad ha ido desnudándose y se ha metido en el lecho y ha intentado dormir.

Pero los coches, tantos coches, y luego la impresión del brazo fugaz...

—¡Muquer, ta inferma? — pregunta el viejecito.

—No ¡qué esperanza! Duérmase, es hora de que se duerma — dice ella — y lo arrulla, le canta como a las criaturas indóciles:

*A la rurupata  
que viene la vaca*

Y el viejecito se sonríe plácidamente y cierra los ojos. Vivir, siempre el mezquino afán de vivir: ya ve.

## VOCABULARIO

BETARRAGA: remolacha.

BOCHE: desorden, tumulto.

BUTUTÚ: simple exclamación que se dice cuando algo nos sorprende.

CALAMBRIENTO: enclenque, enfermizo; se emplea también para significar menoscabo o escasez de medios económicos.

CALUGA: clase especial de confite.

CANACA: denominación popular del chino o del individuo que se le asemeja.

CAUSEAR: de causeo, guiso popular.

CORTERA: la mujer que ejerce la prostitución callejera.

CUARTERÍO: hacinamiento de viviendas populares.

CUCALÓN: casco que usa la policía.

CURADERA: efecto de embriagarse.

CURADOS: ebrios.

CHACOLÍ: vino muy delgado que se fabrica en Chile.

CHALALAS: abarcas.

CHASCONA: prostituta del bajo pueblo.

CHANCACA: mercocha de azúcar.

CHAUCHITA: moneda de veinte centavos.

CHIRPES: conjunto de efectos pertenecientes a la persona modesta.

CHOMBITA: blusa tejida.

CHONCHÓN: pequeña lámpara a petróleo.

- CHUICO: envase especial en que se expende, generalmente, el vino.
- CHUPALLA: sombrero campesino.
- DIUCA: especie de gorrión indígena muy cantor.
- ENCALILLA, ENCALILLARSE: acción de endeudarse.
- FEREAR: acto de generosidad; invitar a otro.
- FUTRE: persona elegante.
- GALLA: manera de llamar la atención sobre una mujer.
- GODO: llámase a los españoles.
- GUAINA: muchacho adulto.
- GUATÓN: gordo, hombre de barriga prominente.
- HUASO: hombre de campo, dicese también de la persona mal educada o apocada.
- HUINCHA: especie de cinta.
- JAIVA: cangrejo.
- LACHO: querido, amante; dicese también de los hombres afortunados con las mujeres.
- LESO: bobo, tonto.
- MARRAQUETA: forma de pan de mesa.
- MOLEDERA: expresión que demuestra fastidio, persona odiosa, intrusa.
- PACO: el policía.
- TURNIO: bizco.
- PANA: coraje.
- PANIZO: mujer fácil.
- PAYASA: especie de colchón relleno con hojas.
- PEQUENES: pequeña empanada muy del gusto del pueblo.
- PICARONES: especie de buñuelo.
- PILLO: muchacho o individuo astroso.
- QUILTRO: perro chico muy ordinario.

RONCO: hombre de voz gruesa; dicese también del hombre decidido.

RUCIA: rubia.

SANDUNGA: fiesta, farra.

SOPAIPILLAS: postre popular; esfera de masa pasada en almíbar o chancaca.

TANAS: dicese del hombre simple, bonachón.

TINCA: especie de adivinación o intuición. También, "ponerle tinca", quiere decir ponerle empeño.

TOCUYO: género ordinario.

TONGÓ: hongo.

ULERO: rodillo de madera con que se extiende la masa.

ULPO: harina tostada que se mezcla con agua para formar un líquido espeso.

VESTÓN: americana o saco.